



*...Y fui maestra
como Tú*

Violeta Balué Iserte

Versión digital
editada por:

Aula7activ@

...y fui maestra como Tú

Violeta Balué Iserte

Edita

Aula7activ@

Edición: Francisco Giménez Rubio

Diseño gráfico y maquetación: Esther Amigó Marset

Aula7activa-Aeguae

Apartado de Correos 20.145

08080 Barcelona

Tel.: 616 754 880

E-mail: info@aula7activa.org

Web: www.aula7activa.org

Todos los derechos reservados. Se permite la impresión de las publicaciones de www.aula7activa.org sólo para uso personal. No está autorizada la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento para su difusión pública, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y su difusión por Internet, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Los archivos informáticos de las publicaciones electrónicas no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

Aula7activa no se hace responsable de las opiniones expresadas en esta obra. Los textos publicados expresan exclusivamente las opiniones de sus autores.

© 2005, Violeta Balué Iserte

© 2006, Aula7activa-AEGUAE, en español para todo el mundo

Depósito Legal: B-24.239-2006

*Dedico esta obra a mis hijos
Alba, Héctor y Arturo,
a quienes amo entrañablemente.*

PRÓLOGO

...Y fui maestra como Tú es un título muy significativo para la profesora Violeta Balué Iserte. Desde una profunda admiración y respeto hacia el más grande de los Maestros, Jesús de Nazaret, la autora evoca la complicitad de esta frase identificativa para situar al lector en el escenario de toda una vida entregada a la vocación docente.

A través de su lectura descubrimos que su contenido va más allá de la simple relación de recuerdos nostálgicos o profesionales. Tiene simultáneamente toda la fuerza del testimonio y toda la frescura de los relatos atravesados por lo autobiográfico, y las experiencias cotidianas. El contexto histórico va jalonando la narración y se observan detalles de las fuentes de su inspiración y fortaleza.

Cabe destacar las fuertes convicciones, y los valores que ensancharon los límites que rodearon a la autora en su niñez y juventud. También, la capacidad de abrirse camino en un medio hostil hasta conseguir que los tres sueños de su infancia se hicieran realidad. «Tres sueños tuve en mi infancia, muy difíciles de alcanzar, por las circunstancias que me rodearon. El primero poder ser maestra, el segundo trabajar en un colegio en el que no existiera discriminación alguna y el tercero ser “maestra de maestros”. Los tres los he visto realizados. ¿Qué más puedo pedir?».

Algunas de las mejores enseñanzas de la vida se recuerdan con más facilidad mediante las historias que nos contaron durante la infancia y la juventud. La profesora Violeta Balué ha cautivado durante décadas la atención de sus alumnos y alumnas, con relatos llenos de momentos intensos y sorprendentes. Ha sembrado sus corazones de verdades universales, y de consejos sabios para recordar. Nunca se sabe cuándo las emociones, y unas pocas palabras oportunas, pueden tener influencia en una vida.

Al leer este libro se descubre con facilidad que la autora no esconde la dimensión personal de su propia experiencia, unida intrínsecamente a la vida colectiva de todas las instituciones edu-

cativas en las que ha ejercido durante 45 años como docente. Cabe destacar, con profundo agradecimiento, los 28 años de servicio al Col·legi Urgell de Barcelona del que fue su primera maestra y fundadora, juntamente con el Sr. Avel·lí Sàez, y donde se jubiló siendo «maestra de maestros».

Finalmente, le agradezco a la profesora, y excelente compañera de trabajo, Violeta Balué la oportunidad de dedicarle este prólogo. Su testimonio como profesional y su calidad humana nos estimulan a seguir educando en los valores de la educación cristiana y el escrupuloso respeto a la libertad de conciencia en nuestras escuelas. Estoy seguro que el contenido de sus relatos llenará de emoción y gratos recuerdos a todos sus ex-alumnos.

Antonio Polo i Poch
Director Col·legi Urgell

INTRODUCCIÓN

El día 31 de octubre de 2002, sonó mi despertador a la misma hora de siempre, pero mi despertar fue completamente distinto; ese día iba a ser el último de mi tarea educativa, cumplía 65 años y el término de mi vida laboral había llegado. Una extraña sensación se apoderó de mí a medida que iba cumplimentando las tareas rutinarias de cada mañana, un sentimiento de nostalgia, de tristeza invadía todo mi ser. Recordaba con nitidez aquel primer día que trabajé como maestra y en un breve balance recordé los momentos más emocionantes de mi trayectoria educativa. ¡Sí, estaba satisfecha de toda ella!. ¡Había sido muy feliz!.

Me preguntaba cómo afrontaría ese último día. Sin duda sería muy duro dejar las aulas y despedirme de mis queridos alumnos y compañeros.

Al mirar por la ventana pude comprobar que hacía una mañana soleada, un día otoñal en el que no hacía ni frío ni calor, así que decidí vestirme con un traje más bien veraniego de colores alegres que me animara, ya que mi deseo era dejar en la mente de mis niños la imagen de una maestra feliz tal como lo había sido siempre.



*31 de octubre
(8:45 h), unas
palabras de
despedida
a mis
compañeros.*



*Con una
sonrisa en mi
última clase
de Biblia.*

Me miré al espejo: ¡Estaba bien! Eché una mirada a la casa y me dispuse a salir. Todo lo que veía era igual a lo que tantos años había visto, pero durante mi trayecto hasta el autobús, las tiendas, los escaparates, el jardincillo de la esquina... Luego en el autobús rojo y blanco que me transportaba, los pasajeros... Todo me parecía diferente a los otros días, sin duda alguna a consecuencia de mi estado de ánimo que me originaba una sensación no vivida hasta el momento.

Al llegar al colegio y ya en la sala de profesores en donde cada día teníamos la sana costumbre de reunirnos antes de iniciar nuestra labor, para llevar a cabo una sencilla meditación en la Palabra de Dios y mediante una oración pedir al Señor que bendijera nuestro trabajo en ese día, compartí algunas anécdotas de mi vida y entre sonrisas y bromas traté de eludir la exteriorización de mis sentimientos al pensar que este acto de excelente camaradería y de unidad sencilla, de amor fraterno entre todos nosotros, para mí sería, a partir del día siguiente, el pasado.

A las nueve en punto el bullicio de los niños que subían por las escaleras a sus respectivas aulas nos indicó que la tarea del día debía comenzar.

Durante el transcurso de la mañana, al pasar por los diferentes cursos, pude comprobar el cariño de los niños manis-



Promoción 2002-2003, junto al Director A. Polo y el jefe de estudios M. López.



El mejor regalo, el cariño de los niños.

festado de diferentes formas. Una gratitud que me fortaleció en momentos tan especiales como aquellos.

La gran sorpresa me la ofreció el colegio por la tarde, todos los alumnos junto con sus profesores, me habían preparado una fiesta en el salón de actos, en donde me expresaron de una forma emotiva y cariñosa sus sentimientos hacia mí.



Los alumnos de 4.º de ESO se emocionan y con ellos toda la escuela.

Reconozco que me llené de emoción y lo expresé en las siguientes palabras:

«Los pequeños me habéis enternecido, los medianos me habéis emocionado y los mayores me habéis rejuvenecido. Os aseguro que no me marchó, hoy no será mi último día de clase, porque en mi mente y en mi corazón os tendré siempre presentes. Confío que Dios, que así como a mí me ayudó para que me dedicara a la enseñanza, os ayude a vosotros a conseguir todas vuestras aspiraciones.»

Una vez en mi domicilio, rodeada de tan gran cantidad de flores que expresaban tanto afecto, los múltiples obsequios, las dedicatorias, escuchando ya más serena la música y los cantos grabados en el CD, aquella soledad con tantos recuerdos, emocionada y agradecida al Señor tomé la decisión de hacer realidad lo que en tantas ocasiones me habían sugerido alum-

nos, padres, compañeros, familiares, amigos íntimos y sobre todo mis hijos: que escribiera mis memorias como maestra, plasmando en ellas las ricas experiencias en las que he visto siempre la dirección divina que me ha conducido paso a paso hasta el momento de mi jubilación.

Así pues, amigos lectores, en este libro queda reflejada mi humilde vida de estudio, de trabajo, de siembra, de dedicación a la enseñanza de niños y jóvenes que ha llenado mi vida de más satisfacciones que desagradados, con la confianza de que usted también se goce con las experiencias que relato.

CAPÍTULO I

Familia y nacimiento

En su juventud, mi padre, que se llamaba Manuel, había sido ebanista, un buen profesional de la madera, mas a la sazón era colportor, es decir vendedor de libros de la Editorial Adventista.

Como consecuencia de haber conocido la fe cristiana adventista a sus diecinueve años y también por naturaleza, pues desde niño siempre le había gustado todo lo relacionado con temas religiosos, era un hombre de condición espiritual, vehemente, de gran sensibilidad y bondad exquisita y delicada. Era una persona que disfrutaba con la lectura de las Sagradas Escrituras y cuantos libros de tipo religioso cayeran en sus manos, tratando de aplicar las enseñanzas entresacadas a su vida personal.

Tuvo el privilegio, no sin grandes esfuerzos económicos, de realizar los estudios de Teología en el Seminario de Collonges-sous-Salève de la vecina Francia, lo que hizo de él un hombre consagrado, que aprovechaba cualquier coyuntura de la vida para predicar la Palabra de Dios.

Mi madre, que se llamaba Noemi, también cristiana adventista (de tercera generación) era una mujer alta, vigorosa, de tez morena, nariz un tanto aguileña sin exageración, ojos grandes negros y expresivos, con una sonrisa agradable y caminar cadencioso.

Sus padres, Salvador y Aquilina, procedentes del pueblo de Rubielos de Mora en la provincia de Teruel, le habían dado estudios de contabilidad y piano, lo que hacía de ella toda una señorita educada y distinguida. Además, y con gran esfuerzo, habían logrado que estudiara Teología en el Seminario de Collonges-sous-Salève, en el mismo en que estudió mi papá.

Mis padres se casaron un 25 de enero de 1932 en el pueblecito de Jérica y se trasladaron a Valencia, instalándose en

una vivienda de la calle Plasencia en el barrio «La Fonteta». Once meses más tarde, en diciembre, nació mi hermana Luz, a la que todos llamamos siempre Lucecita, y dos años después mi hermana Noemi, que llamamos Mimi de forma familiar y cariñosa.

Siempre tuve entendido que papá deseaba ardientemente tener un descendiente varón, bien fuera con el ánimo de prolongar su apellido o porque estimara que un niño compensaría los sexos en la familia. Posiblemente, una o ambas intenciones determinaron que el matrimonio se atreviera a desear un nuevo hijo.

Mi nacimiento acaeció a los dieciséis meses de iniciada la contienda de la Guerra Civil española. Esa noche fue de desasosiego y verdadera angustia para mis papás, pues el ulular de las sirenas fue casi continuo, mientras el haz luminoso de los reflectores se cruzaban en el cielo por sectores, tratando de localizar a los aviones bimotores y trimotores *Junkers* de procedencia alemana. Los cañones antiaéreos mandaban sus proyectiles a lo alto, transmitiendo al explotar un ruido seco, como las carcasas de los fuegos artificiales, con gran potencia sonora.

Mi mamá le indicó a papá que yo venía de camino, y aunque atemorizado por lo que estaba sucediendo en el exterior, fue a buscar a la comadrona. Andando arrimado a las paredes de las casas y tratando de cubrirse bajo las repisas de los balcones, prosiguió su camino. La oscuridad era completa en la ciudad, sólo la luz difusa que se desprendía de los haces luminosos de los reflectores y el conocimiento de las calles por donde transitaba le permitieron, con gran sobresalto que rozaba el pánico, llegar hasta la calle del Turia, cerca de las Torres de Cuarte, donde habitaba doña Asunción, esposa del pastor adventista don Isidro Aguilar. Era esta mujer, comadrona de profesión, resuelta y hasta cierto punto osada, pues a pesar de la hora tan avanzada de la noche y del pavoroso bombardeo a que estaba sometida la ciudad, se arrebujo con su abrigo, tomó el maletín y acompañó a mi padre hasta nuestra casa.



Luz y Noemi.



*Violeta en
Valencia a los
5 años.*

Entre el zumbido de sirenas, de aviones, de las explosiones de los antiaéreos y de las bombas, que en ocasiones hacían temblar los edificios, nací yo, a la pobre iluminación de unas velas. Una niña morenita, de pelo negro, de rostro rojizo, llorando con desespero como diciendo: «¿a qué mundo me habéis traído?».

Mi papá, como ya he dicho anteriormente, esperaba un niño. En principio parecía un tanto decepcionado, pero cuando me arreglaron y vistieron, me cogió en sus brazos y según me han contado exclamó: «¡Alabado sea el Señor, porque nos ha concedido el privilegio de que nos haya nacido esta niña para nuestro gozo!»

Aún no tenía dos años cuando terminó la contienda bélica. Durante este tiempo, mis padres y mis hermanas sufrieron mucho porque escaseaban los alimentos y papá apenas ganaba lo justo, quizá mucho menos de lo justo, para poder subsistir. Algunas amistades y miembros de la comunidad adventista se habían dispersado, la mayor parte se había desplazado a pequeñas ciudades o pueblos, así que poca ayuda podíamos tener.

Jérica, un pueblecito de la provincia de Castellón, en donde vivían mis abuelos y donde tenían algunas tierras, había sido «el frente» en la guerra, estaba prácticamente destruido y los campos totalmente arrasados. No había comida por ningún sitio.

Cuando mi abuelo Salvador Iserte junto con mi tía Anita y mi papá volvieron al pueblo para hacerse cargo de sus pertenencias, pues de lo contrario se consideraban propiedad del Estado, encontraron toda la vivienda en ruinas, sólo una habitación en la entrada de la casa estaba en pie.

Los primeros días tuvieron que comer los nabos que habían quedado dentro de la tierra y que los soldados no se habían podido llevar. Todo lo demás había sido saqueado, incluso los utensilios y aperos de labranza. Esto hizo que los nabos que antes he mencionado los tuvieran que sacar con las manos, arañando la tierra con las uñas.

Una de las cosas que me han contado de estos momentos tan difíciles, y que nunca he podido olvidar, es cómo Dios les infundió ánimos y la fuerza necesaria para soportarlo todo. Tenían hambre; todo el pueblo tenía hambre. Nadie poseía comida y como era invierno no había en los campos nada para comer.

Lo insólito fue que durante esos primeros días de desconcierto general, en los que si alguien conseguía algún alimento se lo guardaba para sí o para sus familiares más allegados, pero en todo caso nunca para compartir con los que llamaban «los protestantes» en tono despectivo, de una forma milagrosa se encontraron todas las mañanas en la puerta de la habitación



Retrato de familia Balué-Iserte, Manuel, Noemi, Violeta, Luz y Luz Noemi.

que anteriormente he mencionado un pan recién hecho un poco de aceite y un puñado de lentejas que hicieron las delicias a sus hambrientos estómagos.

Más tarde, cuando el pueblo se organizó ya pudieron comer un plato caliente de legumbres cada día en el llamado «Auxilio Social», después de largas colas y cantar varias veces con el brazo en alto, el famoso «Cara al Sol» himno lema del partido político Falange. Desde este momento, los alimentos no volvieron a encontrarse en la puerta nunca más.

A pesar de todos estos acontecimientos y otros muchos más, mis padres salieron adelante, con la ayuda del Señor, con la esperanza puesta en que ocurriera lo que ocurriese podríamos en un tiempo futuro ser una familia acogida en los cielos delante de Dios.

CAPÍTULO II

Tiempos difíciles

El recuerdo que tengo de los primeros años de mi infancia es un poco el conjunto de lo que realmente fijé en la memoria y de lo que me han contado, formando una amalgama perdida entre la niebla del pasado, sin diferenciar una cosa de la otra.

Me veo en muchas ocasiones correr, jugar y esconderme entre muchas sillas amontonadas en una gran sala con una tarima de madera en el fondo y una especie de mesa estrecha y alta con un atril en el centro. Y es que cuando se inició la Guerra Civil española, mis padres se trasladaron a otra casa situada en el centro de Valencia, en calle Cirilo Amorós número 21, en donde yo nací.

Era el local que la Iglesia Adventista tenía en la ciudad para celebrar sus cultos y que, cuando empezó el conflicto bélico, fue necesario habitarla con el fin de que el Comité que dirigía los alojamientos de los refugiados no cediera el local a desconocidos y para que la vivienda no fuera utilizada por personas ajenas a la comunidad y poder guardarla de esta forma para su futura reapertura.

La casa era muy grande, con cinco balcones, pero nosotros disponíamos de muy poco espacio pues como ya he dicho la mayor parte la ocupaba el gran salón, utilizado como iglesia.

En el vestíbulo había colocada una cortina que lo dividía en dos partes, una como dormitorio de mis papás y la más cercana a la puerta de entrada se usaba como sala de estar y recibir a las amistades; en el interior, atravesando toda la sala se llegaba a la cocina de reducidas dimensiones y al fondo un comedor con unas ventanas que daban a un gran patio interior. Frente a esas cristalerías se ubicaba otra pequeña habitación, sin luz exterior, que era el dormitorio de las tres hermanas.

La situación económica, tanto durante la guerra como luego en la posguerra, fue muy penosa. Mi padre tuvo que dejar su

trabajo como vendedor de libros, pues era impensable que una población hambrienta, tuviera interés por comprar literatura.

Haciendo uso de su oficio de ebanista y con las pocas herramientas de que disponía, se lanzó a construir unas fresqueras de madera y tela metálica que las familias situaban en puntos estratégicos de mayor frescor de las viviendas para mantener los comestibles más fríos y libres de las picaduras de los insectos.

De esto si que me acuerdo, del constante repiqueteo del martillo sobre los clavos y de cómo yo me quedaba admirada de ver cómo mi padre de unos simples trozos de madera sacaba aquellas «casitas», que me hubiera gustado tener para jugar con mis muñecas.

Tengo recuerdos muy entrañables de mi infancia, tales como los de estar toda la familia reunida, a última hora de la tarde, y durante el invierno alrededor del «brasero», única calefacción que se podía tener en familias económicamente humildes como era la mía. Una manta cubría nuestras rodillas para concentrar el poco calor que aquel cuenco lleno de «piñol encendido» pudiera dar; pero eso sí, que nos tenía a todos más unidos y que en ocasiones compartíamos con las personas que nos venían a visitar.

¡Cuántas historias comentábamos en aquellos momentos! Mientras las mujeres hacíamos punto, ganchillo, remendábamos sábanas o zurcíamos los calcetines y otras labores que mi mamá nos enseñaba, papá leía libros religiosos o la Biblia, ocasión que aprovechábamos para aprender versículos de memoria, que tantas veces me han ayudado en momentos difíciles de la vida.

Hacía frío en la casa, pero en el corazón de cada uno ardía la llama del cariño y de la verdadera comunicación, palabra que está muy de moda en nuestros tiempos pero que, en realidad, es la «gran ausente» en los hogares.

Otros recuerdos hermosos que tengo en mi memoria es la ilusión de los regalos que teníamos en ocasión de Reyes. No sé cómo lo hacían mis padres, pero nunca nos faltaron algu-

nos juguetes, sencillos, pero para nosotras maravillosos. Muchos de ellos los hacía mi papá de madera y luego los pintaba, pues tenía mucha traza para ello.

También guardo recuerdos desagradables, que incluso sólo con pensarlos me hacen estremecer aún ahora, tales como la visita en varias ocasiones de cuatro o cinco policías vestidos con sus gabardinas grises y sus amplios sombreros, que irrumpían en el domicilio sin previo aviso y que nada más abrir la puerta se repartían por toda la casa. Lo registraban todo, hasta debajo de los colchones, y lo ponían como se suele decir «patas arriba». Sobre todo registraban el material que había en el gran salón, las Biblias, himnarios, revistas y demás pertenencias de la iglesia. También registraban minuciosamente todos los libros de la biblioteca de mi padre, supongo que buscaban propaganda subversiva o algo relacionado con política, que nunca encontraron porque no la había, pero que tanto a mi madre como a mis hermanas y a mí nos hacían pasar un mal rato.

La Iglesia Católica española, muchos de cuyos sacerdotes fueron muertos y sus iglesias y de templos cerrados, respaldó el Alzamiento llevado a cabo contra el Gobierno de la República. Sujetos a una persecución masiva, sus teólogos elaboraron una defensa de la insurgencia como guerra justa y sus obispos lo consagraron como una Cruzada, o sea, una expedición militar contra los infieles.

La Iglesia Católica recuperó su influencia, los jesuitas fueron readmitidos en 1938 y, sobre todo, acogieron con gran reconocimiento su control de la educación y del pensamiento. Se prestó una gran atención a la intensa *recatolización* de España, iniciada ya en la zona nacionalista durante la guerra. La Iglesia Católica volvió a ocupar una posición predominante con una censura amplia, dedicada a combatir el sexo, el marxismo comunista y el liberalismo disolvente, así como todo cuanto hacía mención al cristianismo protestante.

Esta posición de la Iglesia Católica, que asumía las directrices de la enseñanza en todos sus grados, afectó a mi educa-

ción, por cuanto mis papás, los abuelos y los bisabuelos, provenían todos del sector evangélico y aunque éramos cristianos practicantes, cuando las personas se enteraban que no íbamos a la Iglesia Católica y no participábamos de sus dogmas, nos llamaban despectivamente «protestantes», mirándonos como si del mismo diablo se tratara.

Tenía seis años, cuando fui por primera vez al colegio. La verdad es que no guardo buen recuerdo de mi maestra.

Tengo en la memoria a Doña Conchita, con porte señorial y peinado recogido en un moño como era entonces propio de las señoras de su edad, que le daba un aire de superioridad. Era severa, injusta, desabrida y disciplente, y hacía que me sintiera atemorizada de forma constante, escondida en mi pequeño pupitre. Era una persona preocupada más por su salario que por la enseñanza. Cuando se acercaba finales de mes, le preguntaba constantemente a su compañera, la profesora de la clase contigua: «¿Cuándo cobramos Julita?», frase que quedó tan grabada en mi mente y en la de mis hermanas que aún hoy la repetimos en tono de mofa.

Recuerdo con dolor el día que me quitó una pelotita de goma maciza que me había comprado con mucho esfuerzo, ahorrando céntimo a céntimo lo que una vecina llamada Doña Lola me daba por hacerle algunos recados, como ir a comprar el pan, el periódico, el café, etc.

Era mi primera pelota y tenía tanta ilusión que llevándola en la cartera, no pude resistir la tentación de tocarla y retenerla un poco en mi mano, como acariciando aquel preciado tesoro que había conseguido. En esos momentos y con la excusa de que yo estaba jugando en clase, cosa que no era cierto, me la arrebató, para nunca más devolvérmela.

Transcurrieron unos pocos años y mis papás me llevaron a otro colegio. La experiencia fue peor que en el primero. Tuve un profesor más severo, injusto e intransigente que la profesora anteriormente citada.

Tal es la amargura de mi recuerdo que hasta el nombre se me ha olvidado.

Íbamos a la misma clase mi hermana Noemi y yo; supongo que, aunque el colegio era graduado, en algunas clases habían cursos juntos. Nosotros le llamábamos «Don Oso» seguramente porque su actitud y su aplastante intolerancia nos recordaba a este animal.

El colegio era del Ayuntamiento y estaba cerca de nuestro domicilio. Como he dicho, vivíamos en lo que era la Iglesia Adventista, que en aquel tiempo ya había iniciado de nuevo su actividad y podía celebrar los cultos, eso sí con mucho control y vigilancia por parte de la policía. Por esta razón, todo el barrio sabía que nosotros éramos «protestantes» y esto hacía que nuestras compañeras de colegio no quisieran ser nuestras amigas ni jugar con nosotras. Muchas veces nos encontrábamos las tres hermanas en el patio, aisladas, rechazadas y ridiculizadas por tal hecho, cosa que como es comprensible, dañaba nuestra infantil sensibilidad y nos hacía muy desgraciadas.

Todos los días salíamos de casa con el temor al castigo, no porque nuestro comportamiento fuera malo y merecedor de él, sino porque el profesor se burlaba abiertamente de nosotras, nos pegaba sin razón alguna y nos humillaba, pues era conocedor de nuestra religión. Entonces había colegio los sábados por la mañana y nosotras faltábamos a clase, pues como cristianas adventistas guardábamos el sábado como día de reposo dedicado al Señor, tal y como está escrito en el cuarto mandamiento de su Ley, y ese día asistíamos al culto en la Iglesia.

Los lunes era el día que más temíamos que llegara, ya que su crueldad era todavía mayor. Nada más entrar en la clase, entre burlas y chanzas tuyas y de las compañeras, nos obligaba a ponernos de rodillas, cara la pared, en algunas ocasiones hasta dos horas.

Sólo tenía nueve años, pero esta injusticia caló hondo en mi vida. En esos momentos, con las rodillas hincadas en aquel frío y duro suelo, con la cara pegada a aquella mugrienta y ennegrecida pared que de tan sucia no recuerdo ni el color que tenía, me sentí tan desgraciada y tan indignamente tratada que decidí ser maestra para poder enseñar con cariño y tratar a los

niños con bondad. Una maestra buena, a la que quisieran sus alumnos y siempre la recordaran con dulzura y amor. También pensé en lo hermoso que sería poder tener un colegio en el que no se hiciera distinción alguna entre religión, raza, situación social o económica. Dos sueños maravillosos, pero impensables de que se pudieran hacer realidad en mi vida, dadas las circunstancias políticorreligiosas que había en aquel momento.

Esta vocación que surgió en mí, desde mi más tierna infancia, hizo que todos mis juegos infantiles tuvieran relación con ella. Recuerdo que, en mis ratos libres, me subía en la tarima que había en el gran salón de mi casa y, sentando en las sillas las muñecas que tenía, hiciera de maestra explicando y hablando con ellas como si de una clase se tratara. Así pasaba muchas horas y el tiempo, en aquellos momentos, era como si no contara para mí.

Como en varias ocasiones había manifestado el deseo de ser maestra, cuando llegué a los diez años, mis papás me matricularon en una academia para empezar a estudiar el Bachillerato.

Esta vez tuve la suerte de tener tres maestras maravillosas, verdaderamente vocacionales, que me trataron con mucho cariño, afianzando mi vocación y despertando en mí nuevas ilusiones.

Recuerdo que las clases se impartían en su propio domicilio, alrededor de una larga mesa en el comedor.



Era una habitación que daba a un patio interior pequeño y por lo tanto bastante oscura, pero mi estancia en ella era placentera, estudiando latín, matemáticas, castellano, etc. ¡Por primera vez me trataban sin discriminación alguna, por lo que yo era y no por lo que creyese!

Valencia 1947, ingreso al Bachillerato.

Se notaban que eran unas personas que habían sufrido mucho por causa de sus convicciones políticas. La mayor de las tres era licenciada en ciencias y había sido catedrática de la Universidad en Valencia pero, destituida de su cargo por el nuevo régimen político, había tenido que establecer junto con sus dos hijas, que eran maestras, una pequeña academia para poder subsistir.

Siempre recordaré con gratitud el detalle que tuvieron con mis padres, al rebajarles la cuota mensual de mi enseñanza a la mitad de precio, a pesar de que ellas también lo necesitaban. Seguramente se dieron cuenta de mi gran interés por el estudio y de la precaria economía de mi familia. ¡Sí, eran muy humanas, yo lo sentía y me hicieron mucho bien!

Con ellas aprendí a tratar con amor y dulzura a los alumnos, métodos maravillosos de enseñanza que nunca fallan. ¡Me llené de su sabiduría y de su bondad! Y deseé con fuerza y como nunca ser maestra como ellas.

Desde estas líneas rindo un verdadero homenaje a esas tres mujeres, que supieron dar a mi vida el impulso que yo necesitaba para seguir con firmeza mi inclinación innata hacia esta hermosa vocación.

Cuando terminé el tercer curso de Bachillerato, mis padres se trasladaron a Barcelona, a la calle Consejo de Ciento número 370 principal, y de esta forma tuve que terminar el Bachillerato en esta ciudad.

De mis años vividos en la calle anteriormente citada, mientras cursaba los estudios, recuerdo algo que me impresionó, ya que afianzó en gran manera mi confianza en el Dios todopoderoso que guarda nuestras vidas, si es que verdaderamente las ponemos en sus manos.

El hecho ocurrió una tarde en que mi hermana Luz y mi mamá estaban cosiendo, pues trabajaban de modistas. Yo me encontraba con ellas haciendo algunos deberes escolares y estudiando, cuando llamaron a la puerta y un hombre de unos treinta y cinco años irrumpió en nuestro hogar hasta el lugar donde estábamos trabajando haciendo algunas preguntas relacionadas con el trabajo y, sobre todo, de las

Taller de costura.



Ilustración del colportor con el ángel de la guarda.

personas que en aquellos momentos se encontraban en la casa.

Rápidamente nos dimos cuenta de cuáles eran sus intenciones y de lo poco prudentes que habíamos sido al dejarle entrar, ya que nos encontrábamos solas e indefensas.

De pronto el hombre levantó la vista y se fijó en un cuadro que teníamos en la pared que representaba a un hombre colportor, es decir vendedor de libros, tal como era mi padre, con un ángel que tenía los brazos abiertos como protegiéndolo. Al momento su rostro cambió de expresión y levantándose dijo:

– No puedo llevar a cabo el propósito que tenía.

Nosotras no comprendíamos bien lo que quería decir pero él prosiguió.

– Este cuadro me ha recordado mi infancia y las historias que mi abuela me contaba de la Biblia y que yo había olvidado por completo. Perdonen y adiós.

Después de estas palabras se levantó y marchó.

Nosotras, todavía profundamente impresionadas por los acontecimientos, dimos gracias a Dios por la protección que nos había dado a través de un sencillo cuadro y que tal vez, al mismo tiempo, había hecho recapacitar a aquel hombre y posiblemente moverle a cambiar la vida que llevaba.

CAPÍTULO III

Superando obstáculos

Concluidos los estudios oficiales de Bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza Maragall, me desplazé a la Escuela de Magisterio para tener un conocimiento de los estudios a realizar para ser maestra y de los trámites previos necesarios para la matriculación, muy especialmente el coste de la matrícula. Todo esto estaba dentro de los cálculos que habíamos hecho en casa, con lo que no contábamos era con el requisito que se exigía: la presentación de un certificado del párroco de la parroquia que ejercía su jurisdicción espiritual en el territorio o distrito de la ciudad en el que estaba enclavado mi domicilio.

En esta época –año 1953– la preeminencia de la Iglesia Católica se hacía sentir en todos o casi todos los ámbitos sociales. Habían acaparado el poder, obraban con las exigencias propias del dueño absoluto de todo cuanto se relacionaba con el aspecto espiritual y educativo. Eran el filtro que debía dejar pasar «lo bueno» y separar «lo malo» según sus propios conceptos de la vida y de la conciencia humana.

Cualquier persona que optara a la obtención de un empleo o los estudiantes que se matriculasen en alguna Facultad, debían aportar una certificación en la que constara su adscripción a una determinada parroquia.

En el caso de Magisterio todavía eran mayores las exigencias, pues se tenía que acreditar ser persona de buena conducta y, sobre todo, afín a las enseñanzas de la Iglesia, por tratarse de una profesión en la que se supone que el maestro transmite muchos valores a sus alumnos, con los que comparte la mayor parte de su tiempo. Sin este requisito, no era admitida el resto de la documentación.

Habían sacerdotes que demoraban la expedición del certificado durante unos días para informarse, por medio de otros feligreses, si la persona que había solicitado el certificado y a la

que no conocían de forma personal por no ser asiduo a las ceremonias religiosas, se merecía la documentación solicitada. Había, sin embargo, algún que otro párroco, que más liberal o quizás comprendiendo las situaciones especiales de los demandantes, extendían los certificados sin preguntar más que el nombre y la dirección del que solicitaba el documento.

Las dudas surgieron en mi pensamiento. Las deliberaciones con mis papás duraron varios días. Yo pensaba: «Ya no podré ser maestra» y razonaba con mi madre:

– ¿Cómo van a extenderme un certificado en la parroquia si todo el vecindario sabe que somos adventistas?

Pues también en esta ocasión vivíamos en lo que había sido la iglesia en Barcelona, trasladada después a la calle Urgel. Todavía se celebraban cultos los viernes por la noche.

La intranquilidad y el desasosiego invadieron de tristeza mi alma, mis esperanzas e ilusiones se derrumbaban por momentos.

Una mañana, mi madre me dijo:

– Ven hija, no debes entristecerte tanto. En esta vida tenemos que ser fieles y luchar como lo hicieron otros jóvenes cuyos relatos están en la Biblia: Josué, José, Daniel, la reina Ester... Ven, vamos a arrodillarnos y pedir a Dios que abra el camino para que si es su voluntad, tú puedas ser maestra.

A continuación, arrodillándonos, mi madre elevó al Altísimo una sentida plegaria que confortó mi alma. Luego al levantarnos me dijo:

– Ahora te vas a la parroquia y solicitas al cura el certificado, el «No» ya lo tienes pero vas a por el «Sí» –frase que en muchas ocasiones era muy propia de ella.

El trayecto desde mi casa a la parroquia fue un verdadero suplicio: dos ideas contradictorias surgían en mi pensamiento; por un lado, la idea de solicitar el papel sin decir nada y pasar como católica, pero por otro lado mi conciencia, sensibilizada por la oración, me impedía admitir un silencio o una mentira con la que obtener mi propósito. ¿Qué haré cuando esté delante del cura?.

Mi pensamiento se debatía entre estas dos ideas antagónicas. Tomando aliento y con esfuerzo –que no era simplemente físico sino mental– entré en el templo y busqué la sacristía.

– Buenos días, señor cura, venía a...

El sacerdote me había visto entrar y continuó la frase por mí.

– Sí, por un certificado para la Escuela de Magisterio. Un momento que enseguida te lo extiende.

El párroco era un hombre de unos sesenta años, alto y de complexión bastante fuerte. A la escasa luz del recinto pude apreciar sus facciones, un rostro de tono saludable, de pelo rubio entre cano, nariz recta, pómulos sonrosados, sonrisa agradable. Por la falta de luz solar no podía ver bien la tonalidad del color que predominaba en sus ojos, pero por sus movimientos al guardar los documentos en los cajones de su escritorio y al archivar los libros que había sobre la mesa, aprecié a un hombre diligente y enérgico de tipo ascético, sin embargo conmigo estuvo muy amable. Sentándose en el sillón que tenía ante la mesa dijo:

– Bueno, así que quieres ser maestra ¿eh! Bonita profesión. Bien, ahora enseguida te hago el certificado. Vienen muchos estudiantes para solicitar lo mismo.

El sacerdote sacó unas hojas del cajón de la escribanía, iniciando su cumplimiento y preguntando:

– ¿Cuál es tu nombre?

Entonces le dije:

– Señor cura, yo le quiero decir que no soy católica.

El sacerdote levantó su rostro y se quedó observándome durante unos momentos; dichos segundos me parecieron muy largos, tan largos que me dio tiempo de pensar que en ese momento se acababa mi ilusión de ser maestra. Al fin dijo:

– ¿Sabes que has sido muy valiente? Te lo podías haber callado ya que no conozco a todos mis feligreses y prácticamente ya tenía el certificado hecho. ¿Por qué me lo has dicho?

Con mucho aplomo y pensando que ya estaba todo perdido, como si la oración que había realizado mi madre me hubiera dado una fuerza interior que yo desconocía, de los pensamientos antagónicos que me habían torturado durante el camino has-

ta allí había desaparecido el primero y contesté de la siguiente manera –con voz clara, armoniosa, como si me encontrara ante un gran auditorio– «porque al igual que en la historia de Daniel y sus tres compañeros –que usted sin duda conoce– hay un Dios en los cielos y Él conoce todas las cosas, y si Él me quiere maestra yo lo seré.»

El sacerdote reflexionó durante algunos segundos sin dejar de observar mi rostro y mi delgado cuerpo. Ignoro qué conclusiones debió sacar de la atenta observación de mi insignificante persona, pero inquirió:

– ¿Eres buena persona? ¿Has matado a alguien o robado...?

Verdaderamente eran preguntas extrañas para mí. ¿Cómo podía pensar el cura que una joven de dieciséis años como yo hubiera realizado acciones de tal magnitud? Respondí claramente:

– No, señor, no he robado ni matado a nadie y pienso que soy buena persona.

– Tú, ¿quieres ser maestra? –demandó.

– Sí, señor, es mi vocación desde niña.

De nuevo, la penetrante mirada del sacerdote me observó durante unos segundos y añadió:

– Pues lo vas a ser. No te voy a poner en el certificado que eres católica, porque no voy a mentir, pero voy a indicar que eres una persona de valores morales muy elevados. Te servirá lo mismo.

El sacerdote extendió el certificado de buena conducta y al entregármelo aún añadió:

– Espero que seas una buena maestra.

Me despedí agradeciéndole su bondad y al regresar a casa se reflejaba en mi rostro el gozo por haber obtenido el papel con el cual ya podía matricularme en la Escuela de Magisterio.

Mi madre, al verme entrar, dijo:

– ¿Te das cuenta cómo te ha ayudado el Señor? Así será siempre, si confiamos nuestras vidas a Él.

Cuando al anochecer regresó mi papá y le di la noticia de que ya tenía toda la documentación para matricularme dijo:



Promoción de Magisterio 1953-1956, Barcelona.

– Alabado sea el Señor.

De esta forma y una vez iniciado el curso es como pude realizar mi primera ilusión de la infancia, estudiar para ser maestra.

Año tras año, con mucho tesón por mi parte y sacrificio económico de mis papás, pude ver cumplidos mis sueños, cosa que me parecía casi imposible, dadas las circunstancias anteriormente citadas.

El edificio en donde estudié era un antiguo y viejo caserón que en la actualidad ya no existe, situado al final de la Rambla de Cataluña, cerca ya de la Diagonal. Tenía amplias aulas, muchos pasillos interiores y un gran patio en la parte trasera, en donde hacíamos las clases de gimnasia. Los despachos de la Directora y secretaría estaban en el primer piso.

No fue nada fácil permanecer en el anonimato en lo referente a mis creencias religiosas, que de ser descubiertas hubieran terminado con la posibilidad de ser maestra. Eso sí, procuré no mentir ni rebajar mis principios; por eso trataba siempre de sortear como buenamente podía los obstáculos que frecuente-

mente se presentaban, como los exámenes en sábado –que hablando con los profesores conseguía cambiar–, la asistencia a las misas que en ciertas festividades se celebraban en el centro, el mes de María en mayo, etc.

El estar siempre como se dice con la espada de Damocles sobre la cabeza me resultó mucho más gravoso que los estudios en sí, en los que me deleitaba y dedicaba a fondo.

Teníamos muchas asignaturas para estudiar, pues parece ser que una maestra lo tiene que saber todo.

Recuerdo que estudié hasta Agricultura, por aquello de que al principio las plazas que se concedían era en los pueblecitos. Me gustaba mucho esta materia, pues desde niña pasaba todos los veranos en el pueblecito de Jérica y acompañaba a los campos a mi tío Gabriel, que era agricultor, y él me explicaba todo lo relacionado con los cultivos.

Seguramente es por esto que recuerdo perfectamente al profesor que impartía esta asignatura. Un señor que había rebasado con creces los cincuenta años, era de mediana estatura y en extremo delgado. La nariz recta bajo una frente despejada, el cabello un tanto grisáceo escaso, las manos un poco rústicas pero cuidadas transmitían un aire de serena dignidad. Explicaba la materia con mucha vehemencia, como si formara parte de su vida. Ahora diríamos que era un buen ecologista amante de la naturaleza. Al final del curso me dio un sobresaliente que me hizo mucha ilusión.

Labores era otra de las asignaturas más fuertes de estudiar, que me hizo sufrir mucho. En poco tiempo se tenía que aprender a hacer toda clase de bordados, puntos, labores típicas de España, etc. Son muchas y es verdad que muy bonitas, pero también complicadas como los «bolillos», que más de una vez me hicieron llorar delante de aquellos endiablados palillos que con tanta frecuencia se enredaban unos con otros como queriéndose burlar de mi falta de habilidad, y no digamos las «mallas», como para hacer redes, que casi sin darte cuenta multiplicaban los nudos de tal manera que te obligaban a empezar la labor de nuevo.



Violeta con sus cuatro mejores compañeras de estudio.

Recuerdo también el famoso «filitré», «bordado granadino», el «lagarterano» y una lista interminable que pasaron por mis manos a la vez del estudio de las otras asignaturas. Fue tanto mi desasosiego con esta materia que mis pesadillas de alguna noche en la actualidad se remiten a ese tiempo, teniendo que entregar un trabajo y no habiendo hecho nada de él.

Otra asignatura en la que se trabajaba mucho era Cocina. Aprendí a confeccionar casi todos los platos típicos de cada una de las regiones de España. Esta materia me resultó fácil y agradable.

No faltaba tampoco el estudio de Política, asignatura obligatoria en aquellos tiempos. Consistía en aprender todo lo concerniente a los postulados de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. El Estado se cuidaba de la formación de la juventud por medio de estos postulados del Movimiento Nacional que los alumnos debíamos conocer.

El conocimiento de todas estas normas y organizaciones eran para algunos profesores primordial, aunque en realidad

a mí no me sirvieron absolutamente para nada, pero había que estudiarlo y conocerlo para obtener el aprobado del curso.

Doña A. Roig era la profesora de Geografía e Historia, seria, rígida, pero muy sabia. Sabía cómo llevar una clase y cómo interesar a sus alumnas en la materia que impartía. Era toda una señora, elegante, justa e imparcial. Yo diría enamorada de su profesión, que también contribuyó mucho en mi formación como maestra.

Las clases de Dibujo me resultaron un tanto aburridas, pero era debido, lo tengo que reconocer, a mi falta de habilidad para reproducir aquellos complicados croquis en el dibujo técnico o plasmar en mis láminas los hermosos paisajes que el profesor nos entregaba en dibujo artístico. Para mí, hubiera sido todo un suplicio esta asignatura a no ser por la ayuda que mi papá me proporcionaba retocando, con su mano maestra –pues él sí que estaba dotado para ello– las múltiples imperfecciones que yo cometía.

La Religión Católica me resultó muy interesante estudiarla y, como es de suponer, tanto en mis preguntas en clase como en las respuestas de mis exámenes, dejaba entrever mi condición de «protestante», pero que nunca fueron causa de problemas.

En múltiples ocasiones puse en «aprietos» al pedir explicaciones sobre ciertos puntos, que el bueno de don Jaime trataba de explicarme saliéndose por la tangente, como se suele decir, lo que me hacía afianzarme más y más en mis creencias y en la maravilla del Evangelio puro y sencillo, tal y como nos lo ofrecen las Sagradas Escrituras.

Aunque me consta que mis profesores sabían que yo no era católica, pues seguía faltando los sábados a clase, nunca me pusieron impedimentos. En este mundo siempre hay personas comprensivas, abiertas y tolerantes, algunas de las cuales Dios puso en mi camino, cosa que agradecí y agradezco mucho.

CAPÍTULO IV

Indecisión

Durante unos años llevé a cabo los estudios de Magisterio, que el programa del Ministerio de Enseñanza tenía previsto.

El último curso fue emocionante, puesto que deseaba ardentemente concluir el año escolar con buenas notas y, además, por estar rozando la cumbre de mis ilusiones y de mi vocación: ¡ser maestra!

No fue necesario repetir ninguna asignatura, tampoco que pasara el verano estudiando alguna materia suspendida. Todo el curso lo llevé muy bien, la verdad es que me había esforzado en estudiar de tal modo que no tuviera ningún fallo. Mi expediente era excelente, por lo que al concluir el curso, con todas las papeletas de las diversas asignaturas en mi mano, fui a casa llena de gozo para transmitir la noticia a mi familia.

Después les dije que para obtener el título y ejercer, según informe de la Secretaría de la Escuela, debía realizar, durante un mes, el Servicio Social, sin cuya acreditación no me extenderían la titulación.



Mi pequeño rincón de estudio.

*Al finalizar
Magisterio en
1956.*



En España, el Servicio Social de la mujer, era una prestación impuesta por Decreto de octubre de 1937 y declarada deber nacional de todas las españolas comprendidas en edad de diecisiete a treinta y cinco años. Consistía en el desempeño de varias funciones mecánicas, administrativas o técnicas precisas para el funcionamiento y progresivo desarrollo de las instituciones sociales establecidas por la Delegación Nacional de Auxilio Social de la Falange Española o articulados en ella.

Me inscribí, para realizar este último requisito, en el albergue de la Sección Femenina de Vallvidrera. El día que debía presentarme fui con mi papá, ya que, de acuerdo con las instrucciones que nos habían dado, teníamos el privilegio de poder estar un día de fin de semana con la familia, con la obligación de regresar al albergue por la tarde.

Mi papá habló con la Directora y solicitó que me dejaran libre desde el viernes tarde hasta el sábado tarde que regresaría de nuevo. La Directora accedió, tomó nota en la ficha del expediente y de esta forma quedó el asunto solucionado. Durante las cuatro o cinco semanas que duró el cursillo, los sábados estaba en mi casa y de esta forma pude asistir a los servicios de culto en la Iglesia.

En este sentido no tuve ningún contratiempo. Desde el primer día y durante toda mi estancia traté de comportarme bien, de aplicarme en el estudio y en todo lo que tenía que aprender y realizar. Mi expediente tenía buenas notas.

Las semanas transcurrieron normalmente y pasaron con relativa rapidez, entre risas y bromas propias de la edad.

El penúltimo día de mi estancia fue sábado y lo había pasado con mi familia. Al atardecer, regresé al albergue y la compañera que hacía de responsable aquella noche en el dormitorio, nada más verme me dijo que me presentara ante la «jefa», lo cual hice con premura.

En su despacho se encontraban dos compañeras más. Solicitando el permiso para entrar, la Directora me indicó que esperase junto a las otras dos jóvenes que en un momento nos atendería.

Durante los minutos de espera, por mi cabeza se deslizaron entre brumas pensamientos de desasosiego: pensé en el porqué de aquella llamada y en qué podría haber fallado. ¿Se habrían enterado de algo? Pero, en tal caso, ¿qué hacían aquellas compañeras esperando también? Una y otra vez miré con nerviosismo a aquella señora uniformada con la camisa azul, con un bolsillo en donde estaban bordadas en rojo «el yugo y las flechas». Me preguntaba si el esfuerzo económico de mis padres, y los míos en el estudio, no iban a servir para nada, si aquella señora me comunicaba que no era merecedora del tan deseado certificado.

En breves momentos mi pensamiento se desbordaba. Claro, –me decía–, eso es que se han informado de mis ausencias en sábado y mi relación con la Iglesia Adventista. Ya no podré ser maestra como es mi vocación.

Aquellos breves momentos de espera junto a las otras chicas, fueron verdaderamente angustiosos. Al fin la Directora se dirigió a nosotras. Pude observar que entre sus manos sostenía los expedientes de cada una de nosotras, nos miró atentamente y dijo:

– Vosotras sois las que habéis obtenido las mejores notas entre todas las alumnas del cursillo. Por lo tanto, os hemos escogido porque mañana domingo, en la clausura, se llevará a cabo un acto especial, misa incluida y a cuyo acto asistirán altas autoridades de Barcelona y Vallvidrera, jefes de la Falange y otras personalidades. Deseo que vosotras, como las mejores alumnas del curso, participéis en el acto ayudando al sacerdote a celebrar dicha misa. Mañana a primera hora os daré las instrucciones pertinentes.

La noche fue terrible para mí; mientras mis compañeras se hacían bromas mutuamente como era costumbre, ya que era la última noche en el albergue, mis pensamientos estaban centrados en otro asunto. ¿Cuál sería mi actitud en los acontecimientos del día siguiente? La tarea que se me encomendaba no formaba parte de los principios que yo creía, pero si me daba a conocer sería el final de mi carrera.

Fue una terrible lucha en el fondo de mi alma. Recordé la lucha de Jacob con el ángel, que tantas veces había leído en la Biblia, y decidí dormir todo lo tranquila que pudiera, poniendo todo el asunto en manos de Dios.

Efectivamente, el domingo por la mañana, después del desayuno, nos hicieron formar a todas en el patio. Una de las instructoras nos llamó a las tres y nos situaron en primera fila.

A la hora convenida según el programa de actos para clausurar el cursillo, fuimos en formación hasta una ermita situada aproximadamente a un kilómetro del albergue.

Era un día soleado, luminoso, y aunque no caminábamos muy deprisa, la mayoría de las jóvenes sudábamos bastante, más aún las instructoras y las jefes de sección que iban uniformadas con vestidos de gala.

Reconozco que iba muy asustada, al contrario que mis dos compañeras que iban contentas por tal alta distinción.

Las piernas me temblaban a medida que nos íbamos acercando y parecía que quisieran caminar hacia atrás en lugar de hacia delante, al igual que cuando pequeña me llevaba mi mamá al médico, al dentista o para hacerme un análisis de sangre.

La ermita se divisó desde el camino, ya estábamos a poca distancia observando el campanario, que parecía de estilo románico y sobresalía desde el lateral en el cuerpo del edificio. Era una torre robusta, cuadrada, con tres series superpuestas de aberturas en pequeños arcos, que le daban un aspecto como de una obra de arquitectura militar. Los muros de la capilla debían tener mucho espesor pues las ventanas eran muy reducidas de tamaño. Era una curiosa iglesia, posiblemente del siglo XII o XIII, en la que probablemente no se fijaba nadie de los asistentes al acto que se iba a celebrar.

En la explanada frente a la iglesia y en los laterales pudimos observar, al acercarnos, que estaban aparcados varios coches que nos parecieron de lujo, casi todos de color negro y alguno de ellos portador de un pequeño estandarte fijado al guardabarros del vehículo.

Los mandos del Servicio Social nos detuvieron en la puerta y nos hicieron entrar en fila de a cuatro.

Al entrar pude observar que algunas personas ya habían tomado asiento en los vetustos bancos a partir de la cuarta fila. En las primeras se aposentarían las autoridades, luego todas las señoritas que clausuraban el curso.

En el lugar que ocupaba la mesa o altar en donde se llevaría a cabo la ceremonia religiosa, a su derecha, se habían situado tres sillas tapizadas de un damasquino rojo oscuro. Destacaban tanto por su forma como por su colorido austero y elegante, que contrastaba con el resto del mobiliario de la pequeña capilla.

Estábamos las jóvenes estudiantes aposentándonos cuando se presentó la Directora con su uniforme de la Falange, que a no ser por el escudo que llevaba en el bolsillo superior izquierda hubiese pensado que era de un comandante de aviación.

Se acercó hasta nosotras dándonos las pertinentes instrucciones. A cada una nos entregó una cuartilla con un escrito que debíamos recitar en el momento que se nos indicara. Al leer el que me había correspondido me alegré pues era la lectura del Salmo 23. Luego nos mandó ocupar aquellos sillones que estaban en el lugar más visible.

Cuando nos sentamos, observé que todos los bancos estaban ocupados. No sabía qué hacer, dudaba si quedarme allí sentada o levantarme y marchar, mas no podía arruinar mi carrera. En esos momentos de duda me acordé de la historia de los tres compañeros de Daniel. No era la primera vez que venían a mi memoria estos hechos. Ellos no se arrodillaron ante la imagen o estatua que mandó adorar el rey, permaneciendo de pie en medio de toda la multitud. Lo de ellos era más difícil que lo mío, pues el castigo era el horno de fuego ardiendo.

Se inició el acto y me correspondió ser la primera en recitar el Salmo 23. Puse mucho el énfasis que pude y declamé completamente de memoria, pues me lo conocía desde niña.

El silencio era total y mi sonora voz, elevada convenientemente a un tono adecuado, se oía perfectamente desde todo el ámbito, debido a las buenas condiciones acústicas de aquella iglesia.

Empecé diciendo: «El Señor es mi Pastor, nada me faltará». Estas palabras ya me impresionaron, es como si me lo estuviera diciendo a mí misma. Mi propia voz resonaba en el interior de mi pensamiento diciendo: – ¿Te das cuenta Violeta, Dios es como un cariñoso pastor que hará que no te falte nada?

Continué con los otros párrafos del Salmo, pero cuando llegué al que dice: «... aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, pues Tú estarás conmigo...» Todo mi ser se estremeció como si una corriente eléctrica lo hubiera recorrido. Yo estaba en ese valle de muerte, pues cuando la conciencia tiene que lidiar semejante batalla, bien cierto que uno se encuentra en esa situación. Yo quería ser maestra, lo había deseado desde aquellos terribles días de mi infancia, pero... ¿qué precio estaba dispuesta a pagar? Ese «Tú estarás conmigo» me infundió el ánimo que estaba necesitando y continué recitando hasta el final.

Luego, las otras dos compañeras leyeron sus correspondientes notas que les había proporcionado, en las que se exaltaban los valores morales en una y los espirituales en la otra, así como la formación cívica y patriótica que se había impartido en el albergue durante el Servicio Social.

La verdad que esta primera parte no me preocupaba en absoluto. El objeto de mi intranquilidad estaba en la segunda parte, que era la celebración de la misa.

Como cristiana adventista conocía bien los Mandamientos de la Ley de Dios que encontramos en Éxodo capítulo 20. En el segundo Mandamiento, dice bien claro: «No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las honrarás, porque yo soy Tu Dios». Yo conocía y creía en esto. ¿Cuál sería mi respuesta? Si era fiel

a mis principios, demostraría públicamente mi condición de «no católica» y si prescindía de ellos, mi conciencia me lo reprocharía.

El acto de la ceremonia religiosa siguió su curso, dividida en cuatro partes. Durante las dos primeras todos estábamos sentados, pero en el momento de la Consagración todos se pusieron de pie, yo también, pero inmediatamente, cuando el sacerdote elevó la Forma, los feligreses se arrodillaron, también por supuesto todas las autoridades que ocupaban la primera fila y mis compañeras que estaban a mi lado.

En esos momentos, mis piernas se pusieron a temblar. Estaba allí delante, bien visible, de buena estatura, al lado del sacerdote y al fin y al cabo nadie de mi iglesia ni de mi familia estaba presenciando aquella situación. Sería fácil hacer lo que todos hacían, con eso me evitaría muchos problemas, conseguiría el certificado y con él la expedición del tan deseado título de maestra. Luego todo se olvidaría y asunto concluido.

Reconozco que sí que fueron estos pensamientos los que tuve durante unos breves segundos pero luego vinieron a mi mente las palabras: «pero hay un Dios en los cielos, que sí lo está presenciando» y entonces supliqué:

—¡Señor, Dios mío, dame fuerzas para mantenerme de pie, que mi actitud sea igual a la de los compañeros de Daniel y que pase lo que deba pasar! Si no soy maestra, tendré otra profesión, pero no quiero pagar este precio.

Me mantuve de pie, con los ojos cerrados, intuyendo todo lo que los demás estarían pensando.

Concluida la ceremonia, yo esperaba las primeras reacciones y con ellas las consabidas preguntas, pero nadie me dijo nada. Ni las altas autoridades, ni mis profesoras, ni tan siquiera mis compañeras que estaban a mi lado.

Ignoro si alguien me vio de pie o si fue Dios quien ocultó de la vista de los demás mi actitud, la realidad fue que yo estaba muy contenta y agradecida al Señor que me había permitido mantenerme fiel a sus principios como la brújula es fiel al Norte

y ponerme de parte de sus Mandatos aunque los cielos se desplomaran.

El mismo día, después de la comida, nos extendieron los certificados y marchamos cada una a nuestros hogares.

Esta experiencia, ahora con el transcurso de los años la relato probablemente con cierta naturalidad pero, en el momento de suceder estos hechos, la persona pasa por una combinación de lucha y tensión interna, una sensación de inquietud y desasosiego a la espera de sucesos que pueden ser dolorosos; una aflicción y un desmayo que, en ocasiones, nos parecen ser cruciales en nuestra vida y que también pueden desanimar a la juventud que no tenga una firme convicción en que Dios puede ayudarles si saben tomar la decisión correcta: «Obedecer a Dios antes que a los hombres».

CAPÍTULO V

¡Al fin maestra!

Una vez concluidos mis estudios en la Escuela de Magisterio de Barcelona se me presentaron dos oportunidades para ejercer: una, la de una amiga y compañera que me propuso que trabajara en la escuela de su futuro esposo y la otra fue la de entrar a formar parte del cuerpo docente en la escuela que don Isidro Aguilar –maestro también y teólogo de la Iglesia Adventista– dirigía en Madrid.

En el edificio de la calle Alenza número 6 se había organizado una especie de academia o colegio para la preparación de los jóvenes que por vocación deseaban entrar en el ministerio pastoral y que necesitaban los estudios previos de Bachillerato, para luego ingresar en el Seminario Adventista de Collonges-sous-Salève (Francia).

Estaba claro que no podía rechazar esta segunda invitación porque era la enseñanza que deseaba hacer ardientemente dentro del ambiente adventista. Así que preparé una pequeña maleta de cartón, forrada de una especie de lámina de papel encerado y unas bisagras y cierre metálicos cromados, y me desplazé a Madrid, después de varias conversaciones y correspondencia mantenidas con el Director.

La academia se llamaba «Excelsior». Era todo un edificio de cuatro plantas y la iglesia se encontraba en los bajos. En la primera planta se encontraban las clases de música; en la segunda la biblioteca, la cocina, el comedor y el despacho del Director; en la tercera las aulas, y en la última planta el internado de las chicas y las dependencias y despacho de la preceptora doña Purificación Bellido.

Me instalé en una habitación junto con las alumnas, pues éramos todas de la misma edad, alrededor de los diecinueve o veinte años, y preferí tener la compañía de ellas más que estar aislada en otras dependencias. Por cierto, que guardo muy

buenos recuerdos de todas y en especial de Rosa Mari Salvador con la que compartía la habitación.

La primera semana de trabajo estuve bastante ocupada. Era la primera vez que me encontraba viviendo fuera del hogar paterno y en una ciudad desconocida para mí. Una cosa sí que la tenía clara y era la de dar de mi persona como muestra todo lo que me fuera posible y el de impartir una enseñanza llena de ética y moral cristiana.

Recuerdo que apenas llevaba unos diez días en la escuela, cuando recibí una llamada telefónica de mi mamá interesándose por mi salud, preguntando por el trabajo y todas esas cosas que las madres suelen preguntar. Luego me comunicó que habían recibido una carta de la Escuela de Magisterio en la que me convocaban para optar a un concurso-oposición, dotado con dos premios sustanciosos en metálico, indicando la fecha y hora en el que se iba a celebrar.

Mis papás, que conocían perfectamente el aprovechamiento que había realizado durante mis estudios y las excelentes notas que había obtenido, me instaron y animaron a que me presentase. Si ganaba uno de los premios en metálico, supondría un alivio económico que paliaría un poco los dispendios que mis padres habían realizado durante tantos años con mis estudios. No estaba del todo segura en llevar a cabo el desplazamiento de Madrid a Barcelona otra vez, pues pensaba que si no obtenía ninguno de los dos premios, cosa que era casi segura, habría hecho un gasto inútil y me habría ausentado unos días lectivos de mi trabajo. Sin embargo lo consulté con Purita, que así llamábamos a la preceptora y profesora anteriormente mencionada, y ella me animó mucho para llevar a cabo dicho examen.

Apoyada por todos, realicé el desplazamiento en un tren expreso nocturno que salía de Madrid-Atocha a las diez y llegaba a Barcelona entre las siete o las ocho de la mañana.

Apenas dormí aquella noche entre el traqueteo del tren y la atmósfera cargada en el compartimento con diez personas sentadas en los bancos, con iluminación exigua; algunos char-

lando y relatando sus pequeños problemas de trabajo o familiares, otros silenciosos, con la mirada perdida en el infinito y otros con los ojos cerrados como si durmieran, pero con a saber qué pensamientos bullendo en su interior.

Yo estaba sumergida en el problema que me había inducido al viaje. Quizás mis padres tuvieran razón. Podría ser un examen que fuera fácil para mí. ¿Cuántos alumnos se presentarían? Quizá habrían alumnos que dispusieran de alguna influencia con algún miembro de los examinadores. Tenía miedo y pensaba en lo inútil de aquel viaje.

A veces, las luces de alguna estación alumbraban el departamento ráudamente y la corta contemplación de los rostros adormilados de los viajeros que tenía en frente me distraían de mis íntimos pensamientos. Otras veces era una parada breve en alguna estación del trayecto, pero luego, al momento, regresaba a mis disquisiciones sobre lo que podía suceder si lograba una de las dos sustanciosas cantidades que conformaban el premio.

Al día siguiente, según la convocatoria, me presenté al examen. En el pasillo, ante el aula en donde se iba a realizar la prueba sólo estábamos dos compañeras –a las que saludé con afecto– y yo. Apenas si tuvimos tiempo para preguntarnos alguna cosa, cuando el bedel nos indicó que podíamos pasar dejando la puerta abierta. Entramos y me di cuenta de que el Tribunal, todos sentados en sus respectivos sillones situados en una sola hilera, estaba formado por diez personas. En el centro de la fila estaba la Directora de la escuela, doña Adela, y a su derecha la secretaria, doña Mercedes, que nos dio la bienvenida y nos asignó el pupitre donde debíamos sentarnos para desarrollar los temas que nos entregarían a continuación.

El examen estaba dividido en tres partes y cada una tenía un tiempo predeterminado.

Recuerdo que cuando leí la primera parte, el tema era bastante conocido para mí, cosa que me animó mucho. Comencé a escribir desarrollando de forma ordenada la introducción, el cuerpo y el epílogo del tema. Estaba concentrada, cuartilla so-

bre cuartilla y me fue tan bien que dejé mi manuscrito antes del tiempo convenido.

El segundo tema a desarrollar me recordó inmediatamente lo que habíamos estudiado en el último curso, así que lo tenía fresco en mi memoria. Lo desarrollé con firmeza y sabiendo bien lo que escribía. Tan entusiasmada estaba que llegué justo al final cuando sonaba precisamente el toque del timbre el cual indicaba el fin del tiempo para la prueba.

Por último, el tercer tema era algo más complicado que los anteriores, pero yo había hecho una investigación especial durante mis estudios de esta materia y me acordaba con claridad. Escribí página tras página, sin levantar la cabeza ni dejar un solo momento de trasladar al papel la coordinación y desarrollo del tema. El final del tiempo se acercó inexorable, firmé el examen y lo entregué al igual que mis dos compañeras, que también habían estado muy concentradas durante la prueba.

Al salir nos indicaron que, el día siguiente, los resultados estarían expuestos en el tablón de anuncios.

Cuando regresé a mi casa, me encontraba serena y bastante satisfecha del examen que había realizado. Lo expliqué a mi familia y todos me animaron, seguros de que me sería entregado el premio. Cenamos algo y me acosté, pero no podía dormir. Fui repasando mentalmente los tres temas por si había fallado en alguna cosa pero en realidad consideraba que me había expresado bien y me dije: «Quizá uno de los premios sea para ti.» Y con esta sensación me quedé dormida.

La mañana estaba templada, no hacía frío aunque un sol casi invernal —era el mes de octubre— apenas transmitía su calor, pero el aire soplaba del sur. Las calles de la ciudad estaban ya en plena actividad cuando salí de mi domicilio para dirigirme a la Escuela de Magisterio.

No tenía prisa, andaba lentamente como queriendo inmortalizar aquellos momentos. Cuando estuve delante del edificio subí los primeros escalones y fue entonces cuando mi corazón se puso a latir con fuerza. Inspiré profundamente, hice un pequeño mohín en mi cabeza apartando una mecha de pelo que

se había caído sobre mi cara y terminé de subir la escalera que me conducía a la primera planta donde estaba el tablón de anuncios y, sin duda alguna, la decisión del jurado sobre la prueba del día anterior.

Me detuve delante de un montón de papeles expuestos y efectivamente allí estaba, sujeto por cuatro chinchetas, el impreso en el que notificaba la calificación. Mi nombre no estaba. No me habían concedido premio alguno. Me quedé unos momentos perpleja y sin saber cómo reaccionar.

Ignoro si fue casualidad o si el bedel tenía orden de avisar a la Directora, pero lo cierto es que ésta salió de su despacho cercano a donde yo estaba y me saludó, a lo cual correspondí atentamente. Tomándome por el hombro, me dijo:

– Ven, entra un momento que quiero mantener unas palabras contigo.

El despacho formaba parte del vetusto caserón que lo contenía. Era amplio, quizá demasiado grande y frío para que una persona como doña Adela trabajara a gusto, mas al parecer ella estaba bien, rodeada de dos grandes armarios con finas tallas escultóricas características de una combinación del período Renacentista y del arte Barroco.

Sobre una amplia mesa, grupos de expedientes, carpetas de archivos y algunos libros. Doña Adela se sentó en el amplio sillón y me invitó a sentarme enfrente. Era una señora de unos sesenta años, con pelo cano muy bien recogido en el moño que era propio de las señoras de su edad, porte señorial y elegante con una delicadeza extrema y remarcada.

Estuvo muy agradable y comunicativa, hablando de diferentes temas, mientras yo no acertaba a entender bien el porqué de la conversación. Finalmente me dijo:

– Quiero decirte, para tu completa satisfacción, que desarrollaste un examen excelente. Yo sabía que podrías ser una de las acreedoras de uno de los premios y no me defraudaste. He de decirte que tanto el desarrollo de tu prueba como el de las otras compañeras fueron excelentes. El jurado estuvo dudando mucho antes de decidir. Para ello hubo que examinar los

tres expedientes académicos y claro, tu faltaste muchos días, precisamente los sábados y sabes bien porqué. Esto influyó mucho en el ánimo del jurado. No obstante, voy a realizar las gestiones oportunas para que, como una compensación moral, en el título que te expida el Ministerio de Educación y Cultura figure la nota de «Sobresaliente» en lugar de «Apto» que suele llevar.

– ¿Ya tienes trabajo? –me preguntó.

– Sí, estoy trabajando en una escuela en Madrid.

– Espero que tengas éxito en tu vida, te lo mereces.

Me despedí amablemente, salí de la Escuela y caminé lentamente en dirección a mi casa.

Meditaba en las palabras que me había dicho. Sí, ellos sabían que yo no era católica y la preferencia del jurado se inclinó por las estudiantes que se habían formado anteriormente en colegios religiosos católicos. No cabe duda, mi examen había sido bueno pero... habían motivos religiosos muy poderosos. Esto era una expresión discriminatoria del trato distinto que en la España de aquellos tiempos, donde convivíamos católicos y evangélicos, donde los primeros ocupaban una posición predominante, se había establecido en contra de los segundos. Sin embargo el detalle de tener un sobresaliente en el título me satisfizo y me compensó, porque era una distinción que quedaba para el resto de mi vida.

Mientras caminaba pensé que todo esto pudiera significar una aplicación de restricciones que afectaran a los cristianos adventistas, en lo que respecta al pleno ejercicio de sus derechos civiles. Pero yo me propuse trabajar intensamente en la formación de niños y jóvenes que el día de mañana, tanto si empeoraran las cosas como si mejoraran, desde un punto de vista religioso, supieran mantener firmes sus convicciones y sus ideales.

Como era lógico, regresé a Madrid para impartir mis clases. Trabajé durante tres cursos enseñando las materias de Matemáticas, Ciencias Naturales y Física y Química.

En los tiempos libres que tenía, según el programa, estudiaba Teología, Historia de la Salvación, Evangelios, Daniel y



Paseo al parque del Retiro con los alumnos de la Academia «Excelsior», 1957.

Apocalipsis y alguna otra materia sobre moral cristiana, todo lo cual me proporcionaba una gran satisfacción ya que tanto don Isidro como la profesora doña Purificación eran considerados de gran competencia en estas materias. Estos estudios que llevé a cabo fueron una ampliación complementaria de las enseñanzas que había recibido en mi hogar y en mi iglesia.

Me encontraba en Madrid a mis diecinueve años como profesora de alumnos que eran de la misma edad e incluso mayores, pero esto no me arredraba; al contrario, me fue simpático y agradable, ya que fue causa de algunas anécdotas de tipo sentimental que alegraron unas veces y entristecieron otras mi estancia allí.

Durante las horas lectivas la consideración y atención que se imponía en las clases permitían mantener el respeto adecuado a la profesora a pesar de mi juventud. No obstante, como residía en el mismo internado de las señoritas en habitaciones que se habían habilitado en la planta superior

del edificio, me daba la impresión que era una alumna más, y la buena amistad y camaradería existente nos permitía mantener una gozosa vivencia, pasando momentos felices al compartir conversaciones, bromas y travesuras propias de la edad.

Los alumnos que no eran de Madrid estaban alojados en pensiones o en casa particulares cercanas al colegio, pero la mayor parte del tiempo lo pasaban en la escuela.

El proceso didáctico de don Isidro incluía entre los estudios teóricos de las diversas materias, la realización de excursiones y visitas culturales tanto en el propio Madrid como en los alrededores: Toledo, Ávila, Segovia, Aranjuez, El Escorial y otros, guardando en mi memoria agradables recuerdos tanto por las enseñanzas culturales, históricas y artísticas como por el compañerismo entre profesores y alumnos.

Al finalizar el segundo curso de mi estancia, las autoridades cerraron el colegio, posiblemente por su cariz religioso o por no reunir todas las exigencias establecidas, así que en mi tercer año no tuvimos acceso a las instalaciones habilitadas, tanto para las aulas como para el internado de señoritas. Dejaron de funcionar la cocina y el comedor, y tuvimos que dispersarnos en domicilios particulares.

Me recomendaron alojarme en la vivienda de una ancianita miembro de la iglesia de Alenza y allá que fui, con mis maletas y pertenencias.

Me sorprendió mucho el alojamiento, no tanto por la señora de más de ochenta años, si no por el estado de la vivienda en general y de la habitación que debía ocupar. La señora Victoria –así se llamaba la anciana– no quería que se limpiara, ni se modificara la posición de ningún mueble, silla o cualquier objeto que tenía, ya que decía:

– Así estaban las cosas cuando vivía mi esposo y deben quedar así.

No obstante solicité la ayuda de algunos jóvenes estudiantes que amablemente me ayudaron a limpiar mi habitación de las telarañas que colgaban en gran cantidad del techo así como el balcón, con la persiana que tenía para evitar que el sol

entrara durante el caluroso verano, con lo cual me pareció un poco más agradable.

La precariedad de aquella casa era tal, que faltaba el agua caliente, no tenía baño ni calefacción; además carecía de gas, lo que hacía que cada vez que tenía que prepararme la comida, tuviera que encender el hornillo con carbón vegetal y avivarlo con el típico «soplillo», cosa que me hacía perder mucho tiempo. Para calentarme encendía cada día un brasero con cisco, que situaba debajo de una mesa camilla que tenía en mi habitación, en la que preparaba mis clases y corregía los ejercicios.

En general la suciedad reinaba por todas partes, pero la señora no me dejaba limpiar salvo en mi habitación.

Los alumnos venían cada día y hacíamos las clases en el comedor. Sólo tenía a los alumnos que estudiaban el curso superior de Bachillerato por lo que les enseñaba las materias pertinentes.

Las clases de Teología se impartían en el domicilio de don Isidro; así que una vez concluidas las clases en mi casa, íbamos todos juntos a seguir estudiando.

Dadas las circunstancias, tenía mucho trabajo y poco tiempo para ocuparme de mis asuntos personales, en especial de hacerme las comidas y de comprar los alimentos.

Esta situación duró todo el curso.

Mis papás, a quienes relataba algo de mi situación, me aconsejaron que para el próximo curso dejara mi residencia en Madrid y solicitara una plaza de profesora en el colegio adventista de Collonges-sous-Salève, donde ellos habían estudiado antaño.

Siguiendo el consejo, cosa que me hacía mucha ilusión pues desde muy niña había oído hablar de dicho colegio, contando anécdotas e historias y diciendo que era un lugar maravilloso en donde habían sido inmensamente felices, remití una solicitud acompañada de mi currículo. Pocos días después, terminado el curso en Madrid, encontrándome ya en el domicilio familiar, recibí la respuesta a mi demanda: aceptaban mi peti-

ción y me contrataban como profesora de español. Me alegré mucho, así como mi familia.

Como he dicho anteriormente, el colegio de Collonges-sous-Salève había formado parte de mi infancia. Mis papás relataban muy frecuentemente muchas incidencias hablando de los profesores que habían tenido, de las excursiones que habían realizado, así como de los estudios. También de los trabajos manuales, mamá como ayudante de cocina en donde había aprendido a cocinar muchos platos franceses y suizos, y papá como carpintero, trabajo que llevaba a cabo para compensar económicamente los gastos de su estancia en el internado. Realmente estaba convencida, quería ir al colegio y tener una nueva experiencia en mi vida.

CAPÍTULO VI

Un insólito suceso

En el mes de octubre tuve que ir al colegio de Collonges para ocupar la plaza como profesora de español.

Durante unos días fui aprovisionando ropa especialmente de abrigo, aconsejada por mi mamá, así que iba llenando una gran maleta con todo lo que creíamos necesario e imprescindible para paliar el frío y las nevadas que, durante el invierno, se prodigaban en aquel lugar.

Llegó la fecha de mi partida. Además de la maleta con mi ropa y efectos personales, llevaba una gran bolsa repleta también con pertenencias necesarias, el bolso con la documentación y una bolsa con bocadillos para el viaje. Además de todo esto, mi hermana Luz y su esposo Miguel, que eran modistos peleteros, me habían confeccionado un chaquetón de piel de moutón, que no tenía cabida en ningún sitio por su volumen y debía llevar colgado en el brazo.

Mi padre me acompañó a la estación de Francia, por lo que en un principio gracias a la ayuda prestada me dio la impresión que cuanto llevaba conmigo no era ni tan pesado ni dificultoso de transportar. Me aposentó en el vagón, una vez llegados a la estación, y me colocó todo el equipaje en los soportes que para ello había en el departamento.

Viajaba en lo que se llamaba tercera clase, cuyos asientos eran de madera forrados de gutapercha o algo similar. Me había aleccionado mi papá sobre el itinerario que debía recorrer y proporcionado por escrito los transbordos que debía llevar a cabo: en la frontera de Port-Bou, primero la española, luego la francesa, tomar el tren con dirección a *Genève* (Ginebra) y luego bajar en *Belgarde* para tomar el tren que me dejaría en la estación del pueblecito de *Collonges*, allí tendría que llamar por teléfono a las oficinas del colegio y el preceptor o la preceptora bajarían con la furgoneta a recogerme.

Todo estaba controlado y bien memorizado, a pesar de que como he dicho anteriormente lo llevaba por escrito, pues mi padre era un hombre meticoloso y bastante detallista.

El silbato de la máquina de vapor y la señal del jefe de estación dieron a conocer la inminente partida del tren que, tras un pequeño empujón, se fue deslizando lentamente.

A través del cristal de la ventanilla, entre dos personas más que se despedían de sus familiares, observé a mi papá en el andén y le hice un gesto de despedida con mi mano al cual él también correspondió.

El tren aumentó su velocidad y en pocos segundos se había alejado del andén. Entré en el compartimento y me senté.

Aunque estaba ocupado por otras personas, me entró un sentimiento de soledad al alejarme de mi hogar y de los míos por vez primera a un país extranjero, pues en aquellos tiempos no se tenía tanto dinero, por lo menos en mi familia, como para que los hijos viajaran de un lugar a otro con la facilidad como se hace hoy en día.

Un matrimonio, a quienes mi papá les había recomendado que tuvieran a bien ayudarme con el equipaje en la frontera para el cambio de andén, me habló y su conversación me distrajo un poco de la nostalgia que sentía y de la opresión que tenía en mi pecho al alejarme de Barcelona.

No habían transcurrido todavía dos horas de trayecto, cuando notamos que se inició una fuerte lluvia, pues aunque ya era casi de noche y no podíamos ver muy bien el exterior, el agua que caía sobre la techumbre del vagón semejando un tamborileo permanente y bastante sonoro nos lo indicaba.

A medida que el tren avanzaba, la lluvia era más abundante y el eco dentro del vagón era más sonoro e intenso.

En esos momentos, los viajeros tomamos de nuestras bolsas los respectivos bocadillos, que más o menos discretamente fuimos comiendo.

La lluvia no cesaba, los cristales de la ventanilla estaban empapados, no se veía absolutamente nada del exterior y la escasa iluminación que prodigaba la lámpara del compartimen-

to tampoco hacía muy visibles las cosas y personas que compartíamos el viaje.

Hubo una estación donde el tren se detuvo más tiempo; miraba por la ventana pero no observé nada, posiblemente fuera la estación de Gerona, pero yo, obsesionada con mis pensamientos, repasando las instrucciones de mi viaje, estaba despreocupada de lo que pudiera ocurrir en el exterior.

El convoy prosiguió la marcha, al fin, después de esta larga parada y sobre las diez de la noche llegábamos a la frontera.

Las personas se fueron levantando de sus asientos, tomaron sus bártulos y yo juntamente con ellos nos afanamos por salir al pasillo para descender del tren. Los señores que iban a mi lado me ayudaron con las maletas y todos descendimos.

En el andén reinaba un desorden y confusión indescriptible, por la cantidad de personas que trasegaban sus maletas y porque no cesaba de llover torrencialmente. Debíamos pasar por la aduana y llegar hasta la estación francesa donde estaba situado el tren que iba a Ginebra.

El matrimonio que me acompañaba dijo:

– Espérate aquí, iré con mi señora hasta el otro tren, dejaré mis maletas con ella y volveré para ayudarte con el equipaje.

En cuanto se separaron un poco de donde yo estaba, las gentes que llevaban la misma dirección y se arremolinaban para mantenerse unidos a sus familiares, separaron al matrimonio, quizá a ellos también uno por cada lado desapareciendo de mi visión y dejándome en el andén a la espera.

Pasó el tiempo y como no regresaba, como pude, pues el tiempo pasaba y el horario previsto para que saliera el tren se acercaba, arrastrando la pesada maleta con el pie y llevando los otros bultos en las manos, me fui acercando al puesto de control francés, donde presenté el pasaporte que sellaron de inmediato y me hicieron pasar. Con mucha dificultad y gran esfuerzo por mi parte, llegué hasta el convoy que indicaba *Genève*.

Estaba completamente lleno de viajeros amontonados hasta en las plataformas de entrada, pues al parecer y debido a las inundaciones producidas por las fuertes lluvias varios trenes

anteriores no habían podido realizar sus trayectos y toda la gente estaba allí acumulada.

Un señor me ayudó a subir la maleta y los bolsos procurando un hueco entre las personas allí establecidas; yo me situé como pude apretujada contra todos los demás. Poco antes de la salida del tren, un interventor de la compañía ferroviaria, con uniforme azul, abrochado con botones dorados, gorra de copa con una cinta roja y visera negra, nos increpó en su idioma que yo no entendí muy bien, pero otras personas dijeron que no podíamos viajar así. Nadie parecía responder a las indicaciones de aquel hombre y menos yo, que asustada quedé junto a mi equipaje esperando pasar inadvertida; pero de pronto el interventor empezó a empujarnos a todos y tomando las maletas, incluso las mías, las fue tirando al andén.

El tren empezó a moverse, pues el jefe de estación ya había dado la salida, así que no tuve más remedio que descender del único tren que podía llevarme a mi destino.

El andén estaba casi a oscuras, la lluvia no cesaba y la maleta más grande con el golpe se abrió y algunas prendas se mojaron con el agua de los charcos que había en el suelo.

Rodeada de otras gentes que trataban de solucionar sus problemas y por lo tanto no estaban para solucionar los míos, vi como el tren se alejaba y el farolillo rojo del último vagón desaparecía en la lontananza entre la lluvia. La maleta sin cerrar, yo sin saber qué hacer y sin dinero —o muy poquito puesto que no se esperaba tales acontecimientos—, pues llevaba mi pasaje y se suponía que era suficiente.

Para comprender mejor la situación angustiosa en la que me encontraba, diré que eran otros tiempos muy diferentes a los actuales en los que ya desde niños se viaja mucho, en el propio país y por otros más lejanos. No habían los teléfonos móviles tan útiles que ahora poseemos y que de tantos apuros nos sacan. Tampoco mis padres tenían teléfono para poder comunicar mi situación. Era la primera vez que viajaba al extranjero, pues los viajes que había hecho con mis padres se habían limitado a Barcelona y a Jérica a donde íbamos en verano a pa-

sar las vacaciones. A todo esto se tenía que añadir el concepto de temor que los padres inculcaban a los hijos en relación con las personas extrañas, y sobre todo siendo una mujer en relación a los hombres, a los cuales se les veía como pequeños o grandes monstruos dispuestos a devorarte a la primera ocasión.

Todo era descorazonador. Por otra parte, la lluvia me había empapado los cabellos, las gotas de agua junto con las de sudor resbalaban por mi frente, por el rostro, por el cuello, la blusa estaba húmeda, toda yo parecía un pollito mojado.

No tuve más remedio que procurar cerrar la maleta, pero mis fuerzas no alcanzaban. Al momento observé, a través de la lluvia, que muy cerca de mí se detenían unas botas altas, levanté el rostro y vi a un gendarme francés que me observaba. Con frases en español, en catalán y en francés le expliqué lo que me ocurría y el gendarme se inclinó, apretó la tapa de la maleta y entre los dos la cerramos; luego me dijo que había una solución para el problema de mi desplazamiento a Ginebra:

– Mire, aquel tren, saldrá en breve. Se dirige a Roma, pero dentro de dos horas, justo en dos horas –me repitió– llegará a Narbona, y allí enlaza con otro que se dirige a Ginebra. No hay otra solución posible.

De momento, no me agradó mucho la idea, pues me preguntaba cómo podía saber exactamente cuándo llegaba el tren a dicha estación. Pero el tiempo apremiaba, pues el tren también estaba anunciando su salida y el señor me insistía en que tenía que subir.

Me acompañó hasta el tren y me ayudó a situarme en la plataforma, pues también estaba completamente lleno de viajeros. Se despidió diciendo de nuevo que no me olvidara que tenía que descender dentro de dos horas.

Estaba preocupada –mejor dicho atemorizada–, pues prácticamente no podía pasar hacia el interior del tren y la lluvia cada vez se estaba haciendo más intensa.

Dejando todo el equipaje en la plataforma, intenté llegar hasta el pasillo, en el cual había mucha gente, unos de pie, otros

sentados y hasta gente tumbada que parecía dormir. El tren se puso en marcha y me dije:

—Quizá encuentre un lugar en algún compartimento donde poder sentarme o bien alguien que hable español, y que le haya pasado lo mismo y me pueda ayudar. Así que, como pude, saltando por encima del cuerpo de las personas que dormitaban en el suelo, abrí la primera puerta, el compartimento estaba completo. Pregunté si alguien sabía español, pero no recibí respuesta alguna, cosa que ya me había figurado al ver el rostro y las vestimentas de los viajeros, que más bien parecían árabes o indios; cerré y proseguí, con cuidado de no tropezar ni pisar a nadie del pasillo, para ver en el segundo que también estaba completo y donde nadie me dio respuesta. Estaba desolada, pues el tren continuaba su camino y paraba en estaciones que yo no sabía cuáles eran pues a causa de la lluvia y de las inundaciones estaban completamente a oscuras. Por si esto fuera poco, los cristales estaban empañados y para colmo de mis males estaba en uno de los últimos vagones de aquel larguísimo tren, pues habían añadido más para poder hacer frente a la avalancha de pasajeros que tenían en las estaciones, y dicho vagón paraba fuera del andén.

¿Cómo me iba a enterar de cuál era la estación de Narbona en donde tenía que hacer trasbordo, según me había indicado aquel amable gendarme?.

La angustia llegó hasta mi garganta que quedó seca, casi sin poder pronunciar palabra. El sudor cubría todo mi cuerpo y completamente impotente, levanté mis ojos al cielo y en una oración silenciosa pedí a Dios que me ayudara a encontrar a alguien con quién comunicarme y que me pudiera ayudar a saber el momento en que tenía que descender, pues de lo contrario llegaría hasta Roma sola y sin dinero.

Proseguí por el pasillo cada vez más lleno, lo que me indicaba que los compartimentos también lo estaban. Cuál sería mi sorpresa al comprobar que uno de ellos estaba vacío; bueno, no del todo, en el último asiento, junto a la ventanilla, había sentado un joven de unos treinta y cinco años que rápidamente

te comprendí que era sacerdote español por los hábitos que llevaba y que me proporcionó confianza al pensar que era una persona religiosa.

– Buenas noches –le dije.

– Buenas noches –me contestó en un perfecto castellano–, siéntese y tranquilícese, ¿dónde ha dejado las maletas?

– Como hay tanta gente en el pasillo no las he podido trasladar y las he dejado en la plataforma.

– No se preocupe, yo iré a buscarlas.

– Muchas gracias, es usted muy amable.

Al momento regresó con todo mi equipaje y lo colocó en el lugar correspondiente. Luego, de una especie de pequeña bolsa de lona, que al parecer era el único equipaje que llevaba, sacó una toalla y una botella de agua y me indicó:

– Tome, séquese el rostro que lo tiene inundado de sudor y beba un poco de agua fresquita, pues la veo muy angustiada.

– Sí, es cierto –le respondí– muchas gracias, verdaderamente estoy muerta de sed.

Entonces le conté lo que me había ocurrido en la estación de la frontera y que tenía que bajar en Narbona para enlazar con el tren de Ginebra, pero que no tenía ni idea de cómo ni cuándo y que además continuaba lloviendo y las estaciones estaban sin luz y completamente inundadas.

Todo esto se lo debí contar con tanta precipitación que el joven, dándose cuenta de mi angustiada situación me dijo:

– Tranquilízate que a mí me ha pasado lo mismo. No te preocupes que yo tengo que hacer el mismo traspaso y conozco perfectamente cual es la estación.

Realmente estas palabras me dieron el consuelo que yo había pedido a Dios; ya no tenía ningún temor. Al poco llegó el revisor pidiendo el billete y el sacerdote le habló en un correcto francés que me dejó admirada. Continuamos el viaje, la lluvia se incrementaba, todo estaba inundado, los cristales empañados no dejaban ver nada, pero el sacerdote no se preocupaba de mirar por la ventanilla para saber el lugar en donde nos encontrábamos y yo impaciente le pregunté:

– ¿No nos pasaremos de estación?

El contestó con seguridad diciéndome que no me preocupara, que conocía perfectamente el lugar en donde teníamos que apearnos.

La conversación que mantuvimos durante el trayecto fue amena y cordial. Le hablé que iba como profesora de español al colegio adventista de Collonges-sous-Salève, el cual dijo que conocía y él me habló del Seminario católico de Ginebra en donde estaba estudiando.

Se comportó de una forma correctísima, educada, pacífica, tranquilizadora, toda su persona emanaba una dulzura y una bondad difícil de explicar.

Llegó un momento que me dijo que la próxima estación era Narbona. Él tomó lo más pesado de mi equipaje y yo llevé su bolsa y lo que del mío quedaba.

Al parar el tren, quisimos salir, pero no se veía absolutamente nada, pues nuestro vagón había parado fuera del andén entre vías.

El sacerdote al ver la inundación se levantó la sotana que llevaba sobrepuesta sobre su traje y me ayudó a bajar, cosa que fue difícil por los muchos bultos y la cantidad de agua que había, que casi nos llegaba a las rodillas. Miró hacia la derecha y dijo que el tren que teníamos que tomar ya estaba a punto de salir con lo que no nos daba tiempo de llegar hasta la estación y pasar por los pasos subterráneos que había para tal efecto. Teníamos que ir entre las vías y con prisa, así que me indicó que le siguiera. Yo obedecí y entre grandes charcos, piedras y casi sin ver por donde andábamos, me condujo hasta el otro tren. También estaban ocupados todos los espacios, pero él me encontró un lugar en donde colocó mis pertenencias, me invitó a sentarme y me dijo:

– Yo iré en el pasillo.

Le vi sentarse en el suelo frente a la puerta del compartimento con su bolso entre los brazos. Traté de calmarme un poco y de secar mis cabellos mojados y mis piernas, aunque los zapatos estaban completamente empapados.

El convoy arrancó y entonces pensé en la maravillosa ayuda que había recibido de aquel sacerdote, pues me hubiera sido del todo imposible realizar todo aquello yo sola.

Desde Narbona hasta Belgarde había una distancia considerable, por lo que me permití adormecerme a intervalos. Las estaciones se sucedían aunque apenas me daba cuenta.

Cuando había pasado un tiempo me levanté y salí al pasillo con la intención de ofrecerle mi asiento, para que descansara un poco más cómodo, pero él no estaba en el pasillo, ni sentado ni de pie. Entonces pregunté a unos señores que estaban allí si habían visto salir al cura, ellos me contestaron:

– Aquí no ha entrado ni salido ningún cura señorita.

– ¿Cómo? Si me ayudó a traer mi equipaje y se sentó aquí frente a la puerta.

Pensé que aquellas personas no se habían fijado bien. Un señor mayor, bien vestido con una pelliza se dirigió a mí y me habló en español:

– Señorita, por este pasillo no ha entrado ni salido ningún sacerdote y yo no me he movido en todo el rato de aquí. ¿Era algún familiar que viajaba con usted?.

Me quedé atónita, sin saber qué decir y le contesté que no. Así quedó el asunto, pero estaba asombrada. Me resultaba incomprendible, por más que pensaba no tenía explicación posible que me indujera a entender lo que me había pasado.

A lo largo de mi vida he meditado mucho acerca de este incidente. Es cierto que en aquel momento, cuando estaba ocurriendo todo, no me di cuenta de que era bien extraño que en un tren tan lleno, hubiera todo un compartimento vacío y que en las sucesivas estaciones que por supuesto estarían repletas de gentes tampoco entrara ningún viajero. Sólo buscaba ayuda y la encontré de la forma que la necesitaba. Esto fue suficiente como para tranquilizarme y no pensar en nada más. Después he llegado a la conclusión de que Dios me ayudó de la forma que creyó más conveniente, para que yo tuviera confianza en aquel hombre y pudiera llegar bien a mi destino. No encuentro otro razonamiento más convincente. Las enseñan-

zas cristianas aprendidas en el hogar, la fe de mis padres en Dios al que clamaban en los momentos difíciles, los eventos que me habían sucedido desde niña en las escuelas, las dificultades por las que tuve que pasar para al fin obtener el preciado título de maestra, se han agolpado en mi mente y he entendido el propósito divino de que yo cumplimentara mi vocación con una nueva experiencia en un colegio de la categoría al que iba.

Bajé en la estación de Bellegarde; amanecía y una tenue claridad se expandía por el ámbito celeste y llegaba hasta la superficie de la tierra. A pesar de mis dificultades con el equipaje, me fijé que en una de las montañas se destacaba un castillo.

Subí al siguiente tren que me llevaría al pueblo de Collonges, final de mi trayecto. Estaba cansada, pero contenta pensando en mi nueva experiencia.

Aquel castillo que vi desde la estación de Bellegarde me recuerdan las significativas palabras del hermoso himno: «Castillo fuerte es nuestro Dios, refugio y buen escudo».

CAPÍTULO VII

Le Salève

Colonges-sous-Salève es un pueblo de Francia situado en el departamento de la Alta Saboya, cantón de Sant Julián Genevois, a un kilómetro de Archamps-Colloges donde se encuentra su estación.

El colegio adventista, situado a las afueras del pueblo al pie de la montaña de Le Salève, era y ahora lo es todavía más, una gran institución educativa por la que pasaban muchos jóvenes estudiantes de todas las nacionalidades.

Me apeé en la pequeña estación que para mí tenía un especial significado. ¡Había oído hablar tanto y tan bien de aquellos parajes! Y ahora era yo la que me encontraba allí, esperando la furgoneta del colegio con la que concluiría mi viaje.

Experimenté un sentimiento mezcla de alegría o satisfacción y gratitud a Dios, que me permitía conocer y permanecer como profesora y estudiante en aquel centro tan querido por mi familia.

Durante el corto recorrido observé con atención el paisaje, tan distinto a lo que conocía en España. Los bosques de abetos llamaron mi atención, así como los olmos de hojas color rojo-anaranjado, los verdes prados y de tanto en tanto grupos de vacas de color rojizo o canela con manchas blancas interrumpiendo el color de su piel, que más tarde supe que eran de la raza «pía-roja» o sea «berrendo en colorado».

El paisaje me impresionó, iba absorta contemplando un panorama totalmente nuevo para mí.

A la llegada al colegio me instalaron en el edificio para señoritas denominado «Le Parc», donde me atendió la preceptora.

El edificio era antiguo, su aspecto exterior de estilo neoclásico, en su interior la mayor parte de su construcción había sido realizado en madera y como los suelos, accesos y escaleras estaban encerados, se percibía, además de un am-

biente cálido, el aroma de la cera con la que pulían los suelos.

La habitación que me asignaron ya estaba ocupada por otra compañera belga, con la que debía compartir alojamiento. Hilda, que así se llamaba la joven, era alta como yo, pero de aspecto más atlético, de ojos eminentemente azules, tez blanca y cabellos rubios, un tanto seca y poco amable.

La habitación era pequeña, tenía tres camas y una mesa junto a un pequeño ventanal. Una vez ordenadas mis pertenencias, le indiqué a Hilda que como no había descansado del todo bien durante el viaje preferiría dormir un poco hasta la hora de la comida y que por favor ella me avisara.

Al despertar observé que había otra compañera en la habitación; era Fiorella, una chica italiana, pequeñita y vivaracha, muy simpática y habladora, claro está en italiano al saber que yo era española, con la que hice rápidamente una buena amistad.

El comedor era una gran sala anexa al edificio dormitorio, al cual se accedía por un pasillo que nos evitaba tener que salir al exterior, cosa que se agradecía mucho durante el crudo invierno con sus fuertes nevadas.

Estaba el comedor dotado de mesas cuadradas para cuatro personas. Fue una novedad para mí, que me llamó la atención, el ver la comida expuesta en un mostrador, que ellos le llamaban *contoir* y que a medida que pasábamos habiendo recogido primero una bandeja tomaba cada uno los alimentos que más le apetecía —a España todavía no había llegado, o bien yo no había tenido ocasión de verlos, los *self-service* tan comunes—. Al final se encontraban una señorita con la relación de todos los comensales y un joven que al observar la comida que llevábamos en la bandeja, realizaba mentalmente —pues no existían las actuales calculadoras— el cálculo del importe notificándolo a la joven, quien lo anotaba en la casilla correspondiente. El joven que calculaba lo realizaba con tan extraordinaria rapidez que parecía una calculadora viviente, cosa que evitaba que se acumularan los alumnos que iban pasando.



Edificio central del colegio adventista de Collonges-sous-Salève, Francia.

Ya en el comedor tuve la oportunidad de saludar al grupo de estudiantes españoles, algunos de los cuales habían sido mis alumnos durante el período que estuve en el colegio de Madrid.

Entre ellos se encontraba un joven a quien hasta ese momento no conocía, a quien fui presentada por los otros compañeros. Él mismo me informó que había llegado directamente desde Tánger pero que había nacido en España. Este joven me ayudó en algunos aspectos de la vida escolar, intimamos, fuimos buenos amigos y años más tarde fue mi esposo. Llegué a pensar que se repetía en mi persona parte de la historia acaecida años antes con mis padres que, aunque ya se conocían, se hicieron novios en este colegio.

En general, teniendo el apoyo moral de aquel joven, la agradable ilusión de verme estimada por otra persona de aquella manera, esperando siempre el momento de vernos en el comedor o en los pasillos entre las clases, los sábados en la iglesia y acompañada durante los paseos y horas de asueto, la estancia en Collonges fue muy agradable.

También contribuyó en gran medida a esta felicidad la compañía del grupo de españoles que allí nos encontrábamos, pues todo lo compartíamos como buenos hermanos. Recuerdo en especial a las hermanas Elena y Charo Gascón, con las que compartí tantas tardes en el cuartito de la costura, en donde ellas trabajaban cosiendo cortinas y manteles para pagarse algo del escolaje y yo estudiaba o corregía los ejercicios de mis alumnos. Tardes inolvidables que permanecerán en el recuerdo mientras vivamos.

Otro de los edificios que había en el colegio era el denominado «Les Sources», en donde se alojaban los chicos. Se llegaba a través de una carretera rodeada de árboles de distintas especies, plantas que a pesar de transcurrir de manera avanzada el tiempo otoñal, mantenían sus flores de colores vivos, esplendidos mostrando sus finos y aterciopelados pétalos. Una fuente con sus surtidores de agua, cuyo murmullo semejaba un bisbiseo de enamorados y cuyos surtidores, tiempo después, debido a las bajas temperaturas invernales, se helaban originando un efecto mágico que a la luz del sol —si es que lo había— semejaban gemas o brillantes engarzados, quedando estática la curvatura del chorro, como si alguien poderoso, enigmático e incomprensiblemente fascinante, hubiera convertido el agua en puros cristales de genuina transparencia y brillantez.

La nieve, que todo lo circundaba, mantenía ese ambiente asombroso, fascinante, generoso y hasta sentimental, un tanto romántico a pesar del frío aterrador.

Este edificio «Les Sources» no presentaba un estilo como el de las chicas. No era tan armonioso ni tan clásico; creo que debió ser construido posteriormente.

En la planta baja estaban ubicadas la lavandería, la panadería —en donde trabajaba el joven anteriormente citado— la carpintería en compartimentos separados. Al observar, desde la puerta la carpintería, una emoción de enternecimiento llenó mi pecho, pues era el lugar donde durante varios años había trabajado mi papá como carpintero, con el objetivo de obtener los medios económicos para sufragar sus gastos de estancia y es-

tudio. Ahora yo podía apreciar de manera real aquel lugar que, durante algún tiempo, había sido escenario de tantas de las historias que me habían relatado.

Había muy cerca del edificio «Le Parc» una huerta que denominaban «Le jardin potager», donde se cultivaban verduras para el colegio. Me llamaron la atención los invernaderos que protegían a las plantas, en especial a las flores, de las bajas temperaturas invernales.

Bien ubicado en el centro del campus y subiendo unas escaleras, estaba el edificio «Central», de estilo neoclásico, donde estaban instaladas las oficinas, despachos de profesores, aulas, biblioteca e iglesia. Las clases de música y canto estaban ubicadas en el sótano.

Desde la parte superior de la escalinata de este edificio se apreciaba un espléndido panorama. El colegio estaba enclavado de tal manera que, tanto en los elementos cercanos como en la lejana perspectiva, resultaba agradable, hermoso, favorable para el desarrollo de la mente y del espíritu.

Fui asignada como profesora de español para el curso de Bachillerato que tenía programado el idioma como segunda lengua. También impartía clases a los extranjeros que deseaban aprender esta lengua: italianos, griegos, japoneses, americanos y otras nacionalidades.

Estas clases de docencia sólo me ocupaban una parte de mi tiempo, por lo que decidí ampliar mis conocimientos estudiando Teología y el idioma francés para perfeccionarlo, pues aunque ya lo había estudiado en España, en la práctica cotidiana notaba ciertas dificultades de expresión.

Este primer curso transcurrido en el colegio me ayudó mucho, tanto moral como espiritualmente. Desde el hermoso y a la vez monótono paisaje invernal, el paulatino reverdecer primaveral y la eclosión de la naturaleza durante el verano, el ambiente espiritual, las prácticas devocionales matutinas entre profesores y alumnos, los cultos sabáticos a cargo de pastores o catedráticos en Teología, de los cuales aprendías a reflexionar y tratar de mantener una vida ética y espiritual as-

cedente, todo, en general, ejerció una gran influencia en mi persona. Por una parte, fijaron conceptos aprendidos en la infancia en mi hogar; por otra, modificaron algunos otros, opiniones que coadyudaron para mejorar mi carácter y mis convicciones.

Fue aleccionador, hermoso, trataba de mantener una estricta observación de las personas y de las cosas, así como del panorámico paisaje que me rodeaba y todo ello, conjuntamente, me proporcionaba un silente bienestar, una rica armonía dentro de mi ser.

Fue allí y por todas estas razones que he mencionado que escribí la siguiente poesía que me gustaría dejar escrita en este libro como testimonio de mis sentimientos:

Invierno y primavera

Invierno:

*Silencio y calma por doquier existe
la elegante golondrina se marchó,
el campo de tristezas ya se viste
la tierra sin alegría y vida ya quedó.
Ya no se oye el murmullo de la fuente
ya no se oye el canto del hermoso ruiseñor
y el ser humano, con su finita mente
duda en el poder del Creador.*

*¿Es posible que a esto siga
un hermoso despertar,
que la vida en cada rama
de nuevo vuelva a brotar?*

Primavera:

*Hoy la tierra se llena de alegría
hoy los campos se visten de colores
hoy la atmósfera se satura
del delicioso perfume de las flores.*

*Ya dejaron los campos olvidados
su frío y gran letargo,
ya cambiaron en hermosa melodía
su triste y largo canto,
y los árboles adornan y cubren
las desnudas ramas, con sus verdes mantos.*

*Los campos se tiñeron de esmeralda
el arco iris se extendió en el suelo
la tierra muestra su gentil guirnalda
de amor, de vida y de ensueño.*

*Por doquier está la vida
por doquier se oyen cantos
y los cielos enjugaron
sus blancos copos de llanto.*

*¡Qué hermoso es el crecer, dicen las flores!
¡Qué hermoso es el cantar, dicen los pájaros!
¡Qué hermoso es el vivir, dicen los hombres!
Y en medio de este coro de alabanzas
pienso mi Dios en tu gran sabiduría
tanto al crear el inmenso firmamento
como en la perfección de una humilde florecilla.*

*«Señor, yo te conozco,
el frío y duro invierno
me dice desde lejos
tu Dios se esconde aquí,
pero la naturaleza
cubierta de hermosura
me dice más pujante
tu Dios se acerca a ti.»*

*El invierno del pecado
cubre la faz de la Tierra,*

*y de nuevo el ser humano
duda con gran impaciencia.
¿Es posible que a esto siga
un hermoso despertar,
que la vida en cada hombre
de nuevo vuelva a brotar?*

*La naturaleza habla:
«Es preciso este invierno
para volver a nacer.»
Y la Biblia nos declara:
«Después de este largo sueño
vendrá el bello amanecer.»*

*De este mundo tan lleno de pecado
vivamos con paciencia el largo invierno
esperando gozar en las praderas
de esta tierra, un día no lejano
la vida de una «ETERNA PRIMAVERA».*

Durante la época invernal, en determinados días de asueto escolar, se programaban excursiones a Le Salève, un macizo calcáreo de 1.379 metros de elevación que nos proporcionaba el placer de atravesar las nubes que hacía invisible al sol desde el colegio, pero que desde su cumbre se podía disfrutar.

Desde donde nosotros partíamos existía un largo tramo de carretera que, por esas fechas la nieve se había convertido en hielo y estaba resbaladiza, lo que aprovechábamos para subir con trineos y, durante el descenso, deslizarnos por aquel tramo de carretera.

Entre la juventud de diferentes nacionalidades, las chicas españolas estábamos en franca desventaja y teníamos fama de ser temerosas, cosa lógica pues en aquella época y en nues-



Dando clase de español en el colegio de Collonges-sous-Salève, durante el curso 1959-1960.

tras habituales residencias en España no era común la práctica de estos deportes.

Cierto día que íbamos de excursión, mi compañera de habitación Hilda me invitó a formar parte de un grupo que harían el descenso formando una serpiente de trineos.

Yo, por no quedar como miedosa y experimentar algo totalmente desconocido hasta el momento me apunté. Se hacía el descenso por el tramo de carretera cuya nieve estaba convertida en hielo y se unían una serie de trineos formando una cadena cuyos eslabones de unión eran los jóvenes: el primer joven del trineo delantero colocaba los pies en las barras del segundo estando acostado sobre los travesaños de su propio trineo, el segundo con el joven acostado, se sujetaba con las manos a su deslizador y con los pies al tercero, así sucesivamente. Las chicas y otros jóvenes montaba en los lugares libres de las troikas. Una vez estaba la cadena completada, se iniciaba el descenso a «tumba abierta».

Al principio fue sensacional, la impresión física era emocionante; yo observaba el deslizamiento de los trineos que unían entre sí los cuerpos de aquellos muchachos y me parecía asombroso, un hecho insólito, algo nuevo que no había experimentado nunca. Cada vez la troika se deslizaba a mayor velocidad, bien fuera por la pendiente, bien por el peso de los trineos que formaban la serpiente.

Supongo, un poco a ojo, que debió alcanzar una velocidad de diez a quince kilómetros hora. Lo sorprendente fue que, al llegar a una curva de la carretera, el pie de un joven se resbaló y se separó del trineo que lo seguía, por lo que perdido el equilibrio general del conjunto, todos fuimos de un bandazo fuera de la carretera: trineos, personas, nieve... éramos un verdadero amasijo. No hubo heridos, sólo magulladuras, alguna torcedura de tobillo o de muñecas.

Debido a este desgraciado incidente, no volví a subir en un trineo pues el sobresalto fue tal que se me quitaron de golpe las ganas de repetir semejante experiencia. Luego me enteré de que la dirección del colegio tenía totalmente prohibido esta clase de deporte o juego.

Cerca del colegio, andando hacia la villa, en casitas familiares que poseían su área de campiña y su jardín, habitaban familias extranjeras, posiblemente emigrantes que además de su empleo trabajaban su huerta.

En una de estas viviendas habitaba un matrimonio portugués y la señora se enteró que yo era la profesora de español y me solicitó que le diera clases para aprender el idioma.

Parte de las tardes las tenía libres y acordamos que de tres a cinco le podía dar dichas clases. Por mi parte no había inconveniente alguno, pues ello me permitía obtener unos francos que mejoraban un poco mi escasa economía.

Como quiera que esto surgió de una manera particular y amistosa con aquella familia, no creí oportuno comunicar a la dirección del colegio que iba a salir cada tarde a dar esta clase.

El domicilio de esta familia apenas estaba a cinco minutos del colegio. Salía por una puerta trasera y por un sendero llegaba a un campo que tenía que atravesar por un pequeño camino que ya era propiedad de los portugueses y por el que sólo transitaban ellos. Nunca me crucé con nadie por esta senda. Las semanas transcurrieron, y la costumbre diaria del paseo y de las clases se fue afianzando.



*Profesores y personal del colegio de Collonges-sous-Salève
(curso 1959-1960).*

Una noche y durante la mañana, había nevado abundantemente, fue una nevada impresionante, imponente, suma blanca por todo el ámbito, casi no se distinguían ni tan siquiera los árboles que estaban completamente con sus ramas cubiertas de nieve. El cielo era de un gris plomizo que semejaba estar unido a la nieve.

Al determinarme a salir del colegio para cumplir mi compromiso, no se apreciaba muy bien el camino y había un silencio tan sepulcral que me sobrecogió y estuve tentada de volver atrás y refugiarme en mi habitación, donde la calefacción nos permitía una agradable estancia. Por otro lado, pensé en mi responsabilidad y la necesidad económica que tenía. Me arriesgué a caminar por la nieve, puesto que cada tarde había realizado el mismo recorrido y creí que no me sería dificultoso llegar hasta la casita.

La temperatura ambiente era muy baja, unos quince grados bajo cero, y la primera parte del camino estaba con una

costra de hielo que dificultaba mis pasos. Luego, cuando tuve que derivar por el pequeño sendero, había tal acumulación de nieve que no se apreciaba la senda; sólo veía la casita allí, enfrente de mí; el silencio, la quietud de la atmósfera, la sensación desoladora del panorama, me condujeron a dirigirme a mayor velocidad hacia la casa, que ya no distaba más de doscientos metros.

Me fui adentrando en el campo siguiendo la línea recta desde mi observación. Cada paso que daba, mis piernas se hundían en la nieve casi hasta la rodilla. Avanzaba lentamente, pero al cabo de un cierto tiempo me encontraba ya apenas a cien metros de la casa y yo me animaba diciendo: «Paso a paso, venga que ya queda menos, ya estás muy cerca», apreciando que la distancia a recorrer era menor, pero a la vez reprochándome la insensatez de haber salido con semejante temporal. Otro paso más y la pierna derecha se hundió de una forma que al intentar sacarla para avanzar otro paso no me fue posible. Me esforcé todo lo que pude, pero cuanto mayor era mi esfuerzo apoyándome con la otra pierna, la derecha se hundía un poco más; no comprendía el fenómeno, pues había recorrido más de cien metros en esta situación y ahora... me era imposible sacar el pie de aquel hoyo.

En esta situación comprendí mi imprudencia y, ante la soledad, primero tuve un síntoma de alarma, luego el recelo del daño que podría originarme estar allí, inmóvil a temperatura tan baja.

La casita estaba tan cerca que grité, grité con todas mis fuerzas llamando a la señora, pero la previsión de la familia de mantener puertas y ventanas totalmente cerradas debido a la tormenta de nieve acaecida, no les permitieron oír mis gritos de socorro. Aquellas personas pensaron que debido a la gran nevada ese día no me presentaría para dar la clase.

Estaba espantada y le pedí a Dios que me sacara de aquella apurada situación. Al pronto observé que un perro grande, de pelaje blanco, se acercaba hacia mí mirándome de una forma especial, como entendiendo la situación en que me encontraba. Como con cierta dignidad, husmeó cerca de mí, dan-

do tres vueltas a mi alrededor; el perro, sin duda comprendió que a pesar de su tamaño y fuerza no podía hacer nada para sacarme y se encaminó rápidamente hacia la casa y comenzó a ladrar desesperadamente.

Yo, que estaba observando, vi que no salía nadie de la casa y el animalito regresó donde yo estaba, volvió a dar varias vueltas a mi alrededor, como queriendo darme ánimos y volvió de nuevo a la casa, ladrando vigorosamente con más persistencia que en la vez anterior. Tampoco esta vez hubo resultado. Regresó de nuevo donde yo estaba, su mirada parecía decirme que lo iba a intentar de nuevo y por tercera vez se allegó a la casa y ladró, ladró de tal forma que en esta ocasión el dueño de la casa apareció en la puerta, salió al exterior y debió comprender por los movimientos del perro que algo pasaba y le siguió hasta donde yo estaba atascada en la nieve.

El marido de la señora me dijo:

– No se preocupe ahora la sacaré, voy a por una pala.

Me extrajo del hoyo y me condujo a su hogar, me reconfortaron con un vaso de leche caliente y me situaron cerca del calor del fuego que tenían encendido.

Mantuvimos una conversación. Ellos me dijeron que cómo se me había ocurrido ir con aquella nieve y que pensaron que yo no iría a dar la clase esa tarde, y que por lo tanto no estaban pendientes de lo que pasaba fuera.

Les dije que gracias a su perro me había salvado de morir helada, que tenían un perro precioso y muy inteligente, pues por tres veces había intentado darse a conocer para indicar el peligro en que me encontraba. Se quedaron sorprendidos y contestaron:

– No tenemos ningún perro, puede ser que sea de alguna otra casa más lejana, pues nunca lo habíamos visto por aquí.

Como es lógico pensar para una persona creyente, entendí que Dios una vez más, obró por medio de un animalito para salvar mi vida de una congelación segura. El Señor dio respuesta inmediata a mi súplica en este trance dificultoso y tremen-

damente alarmante para mí; eso sí, en esta ocasión a pesar de mi torpe imprudencia.

El curso transcurrió muy agradable, no tuve ningún problema con los alumnos extranjeros que tenía en la clase, pues eran jóvenes con ganas de aprender y aprovechar el tiempo, ya que tenían interés por conocer la lengua castellana y la habían escogido voluntariamente.

Era agradable ver como día tras día iban progresando. Recuerdo en especial a tres jóvenes: Marcel Fernández de nacionalidad francesa, Claudio que era italiano y una jovencita que no recuerdo su nombre, pero que era de Filipinas, que me miraban con mucha simpatía cuando yo entraba en clase hablando en español, pues decían que les recordaba su infancia cuando iban a casa de sus abuelos que eran españoles, y por lo tanto muchas palabras que yo pronunciaba les eran totalmente familiares.

El último día de clase hicimos una pequeña fiesta y les llevé tortilla de patatas que hice en casa de un español que me dejó su cocina. Fue algo extraordinario y muy entrañable.

No fue lo mismo con las clases que impartí a los jovencitos adolescentes que cursaban el Bachillerato, ya que era una obligación para ellos estudiar este idioma como segunda lengua. Las muchas ganas de jugar y de pasarlo bien que tenían, me hicieron sufrir bastante para conseguir atención y silencio en el aula y en algunas ocasiones soportar ciertas bromas un tanto pesadas. No progresaban tanto y algunas veces hacían mofa de mi «mal francés», ya que como no me entendían en español, les tenía que hablar en su idioma, el cual, claro está, dominaban mucho mejor que yo.

No obstante fue una buena experiencia, que me formó como profesora y que no dudaría en repetir de nuevo.

Con la llegada de la primavera, cambió todo el paisaje. El campo, que hasta entonces había permanecido bajo la fría capa de nieve, se mostraba de un verde intenso, fresco, salpicado de

un sinfín de florecillas silvestres de diferentes colores, tal como lo reflejo en la poesía que anteriormente he reproducido, pareciendo como si el arco iris hubiera bajado a la tierra. Los cerezos, que durante el invierno habían estado cubiertos de nieve, ahora se presentaban de nuevo blancos, pero esta vez eran flores las que cubrían sus ramas.

En varias ocasiones salía al campo, para corregir los ejercicios de mis alumnos y preparar mis clases, y quedaba embesada contemplando aquel cielo intensamente azul, moteado por verdaderas bolas de algodón. ¡Qué gratificante me resultaba contemplar el movimiento lento de las nubes que, arrastradas por el viento, iban formando diferentes figuras!; ayudadas por mi imaginación parecían seres mitológicos que hacían volar mi fantasía, proporcionándome momentos que para mí serán inolvidables.

Sí, verdaderamente estoy contenta de haber podido realizar esta experiencia en el colegio de Collonges-sous-Salève, en donde mi fe quedó altamente afianzada, mis conocimientos teológicos ampliados, el bagaje de mis recuerdos enriquecido y mi vocación por la enseñanza confirmada.

CAPÍTULO VIII

Un sueño realizado

En el año 1960, concluido el curso en el colegio de Collonges, regresé al domicilio de mis padres en Barcelona. Desde luego, el viaje de retorno no tuvo incidencias como el de ida, fue una vuelta al hogar con sumo gozo, sin percances ni contratiempos.

La situación política en nuestra patria no era la más deseable desde el punto de vista religioso, pues en febrero de 1957 Franco había formado su sexto gobierno, incluyendo en él a los tecnócratas del Opus Dei. El apoyo desde el gobierno de una institución tradicional como la Iglesia Católica legitimaba más plenamente la soberanía de Franco. El rasgo más sobresaliente de la España de esa época fue lo que cierto escritor llamó «el retorno de los curas» y la recatolización del sistema educativo.

Por esas fechas, quizá incluso un poco antes, se presentaban las misiones peregrinas dirigidas a reconvertir a la nación a una severa rama del catolicismo tridentino, llamada del «Nacional-Catolicismo», que en realidad era la versión moderna de la antigua alianza del trono y el altar.

No sólo la Iglesia era parte integrante del sistema político —había obispos que ya se sentaban en las Cortes—, sino que dos de sus organizaciones estaban interesadas en penetrar en el gobierno e influir en él.

Todo este hecho histórico influía poderosamente en el sistema educativo, duro, con una filosofía impuesta, que no dejaba la posibilidad de pensar y obrar de forma diferente.

Entre muchas de las familias que componían la Iglesia Adventista en Barcelona y que tenían niños en edad escolar, y que por lo tanto sufrían en su carne este sistema dictatorial inaceptable, surgió la idea de tener una escuela propia cuya enseñanza fuera acorde con sus creencias.

Habían muchos inconvenientes, pues no se disponía de un local adecuado, tampoco se tenían los recursos económicos requeridos y, sobre todo, se tendría que tropezar con serias dificultades a la hora de obtener los permisos gubernativos para su apertura, dadas las características religiosas de la escuela que se quería organizar.

Las familias oraban en sus hogares para que esas dificultades fueran resueltas con la ayuda divina.

En el mes de junio de ese mismo año recibimos en nuestra casa la visita inesperada del pastor Presidente de la Iglesia Adventista Española, el señor David Rose. Después de los saludos preliminares, indicó que venía especialmente para hablar conmigo. Me quedé un poco sorprendida, pues como había pasado todo el curso en el colegio de Collonges, desconocía por completo las inquietudes y los propósitos de los padres de formar una escuela de iglesia. Me habló entonces de este deseo y de que se había pensado en mí para que llevara las gestiones oportunas y que, por lo tanto, fuera la maestra que se ocupara de esta escuelita.

Yo creo que mi cara se tuvo que iluminar de una forma especial, ya que mi gozo era extraordinario.

Desde niña había tenido ese maravilloso sueño y ahora parecía que podía hacerse realidad. Acepté con prontitud semejante reto, llena de ilusión pero pronto me llegaron las dudas que reconozco me hicieron vacilar. ¿Cómo lo podremos hacer? ¿Cómo lograré la obtención de los permisos necesarios para su apertura?.

Fueron momentos fugaces –propios, posiblemente de mi juventud e inexperiencia–, que hacían que extendiera la mirada hacia una montaña de circunstancias más elevada de lo que en realidad podía ser.

No obstante, mi ilusión, mi entusiasmo y la fe en que Dios proveería superaron estas dudas y me puse a pensar en positivo.

La empresa no era fácil, más bien arriesgada diría yo, debido a las circunstancias sociales y políticas que vivíamos, y ade-

más porque el ejercicio de la profesión pedagógica sólo podía realizarse mayoritariamente bajo una enseñanza religiosa netamente católica. Incluso mi título de maestra, ese título que tanto deseé y que por tantas dificultades había pasado, también estaba de nuevo en peligro.

Existía un gran inconveniente: si los padres no matriculaban a sus hijos en las escuelas a donde habían asistido hasta el momento, para que asistieran a la futura escuela adventista, cabía la posibilidad de que si no nos concedían los permisos de apertura o la clausuraran posteriormente, sus hijos quedarían sin escolaridad.

Se planteaba un verdadero dilema, un problema que compartí con la comisión de padres y que se debatió en el Consejo de Iglesia. Se tomó la decisión de seguir adelante con el plan y confiar en que el Señor ayudaría a resolver los problemas o cuestiones que pudieran presentarse.

Me lancé a gestionar la documentación pertinente, según me indicaron en los distintos estamentos gubernamentales, con la máxima reserva sobre la dependencia del colegio a la Iglesia Cristiana Adventista.

Cuando fui a presentarlos, el secretario me dijo que estaban correctos pero que faltaban algunos detalles: no podía llevarse a cabo la coeducación, por lo tanto los niños debían estar en una clase y las niñas en otra, cosa que hacía necesario contratar a un profesor; por otro lado, me faltaba el nombre que le quería dar al colegio. De momento no supe qué responder, pues no habíamos pensado en ese detalle. Me hubiera gustado que tuviera un nombre más relacionado con nuestros ideales, pero ello era impensable y además lo debía decidir en el momento.

Se me ocurrió que, como estaba ubicado en la calle Urgel, el colegio se llamaría de esta forma, nombre que ha permanecido hasta este momento y supongo que así seguirá.

Admitió a trámite la documentación, indicando que tenía que añadir el certificado del cura de la parroquia de los dos profesores que íbamos a hacernos cargo de la escuela, en el

que constara que éramos católicos y además «buenos católicos».

Tomé buena nota de todo lo que el funcionario me exponía y al presentarlo ante el consejo de iglesia se tomó la decisión de solicitar los servicios pedagógicos del señor Avelino Sáez, con lo que se cumplimentaba la orden de un profesor para niños y de una profesora para las niñas.

El señor Avelino desde ese momento pasó a ser el Director del colegio y lo ha estado hasta su jubilación, manifestando completa dedicación a la tarea docente, ampliamente reconocida por todas las generaciones de alumnos que han pasado por sus aulas.

En cuanto a lo del certificado, nos lo extendió el pastor de nuestra iglesia y en él se hacía constar que los dos éramos cristianos y aptos para educar dentro de la moral cristiana.

A partir de este momento, trabajamos juntos Avelino y yo, para cumplimentar el mayor número de requisitos que se exigían. Luego, todo el expediente fue expedido a la Administración Central de Madrid que no dijo nada. La norma era que si la Administración Provincial lo aceptaba, la escuela podía funcionar provisionalmente hasta que el Inspector de zona diera su visto bueno.

Tratamos de acondicionar lo mejor posible la sala de jóvenes, que era la primera y única planta que tenía el edificio.

El aula de las niñas sería la habitación que daba a la calle Urgel y la sala de actos de los jóvenes –con escenario incluido– se dividió en dos, mediante una cortina. La parte que daba al patio trasero serviría de clase para los niños y la restante mediante unos caballetes que soportaban sus respectivos tableros se haría servir para comedor. En esta segunda clase, como quedaba a un nivel más bajo que el pequeño patio exterior, se instaló una escalerilla de madera apoyada a la ventana, por la que tanto las niñas como los niños tenían que pasar para poder tener su rato de recreo.

Compramos pupitres, mesas de profesores, pizarras, mapas, material escolar y todo cuanto pensábamos que íbamos a ne-



Aprendiendo a hacer labores.

La clase de las niñas y de los más pequeñitos.



cesitar. ¡Con cuánto gozo el señor Avelino con su vespa y yo sentada en la parte posterior de ella, recorríamos uno tras otro los establecimientos de material escolar, para encontrar todo lo «bueno, bonito y barato» sobre todo esto último, pues los recursos económicos eran muy escasos!

Verdaderamente estábamos entusiasmados con el proyecto. ¿Sería verdad, que pudiéramos tener una escuela, tal como la habíamos soñado?

Un tiempo después de la presentación de la documentación, recibimos el comunicado de la fecha en que se llevaría a cabo la visita del Inspector de Enseñanza, que comprobaría si la escuela reunía los requisitos adecuados.

Fueron días de preocupación y de oración como os lo podéis figurar. Lo que íbamos a presentar tenía poco de escuela, bueno sí, tenía lo más importante, que era la ilusión y el deseo de trabajar firme, pero esas cosas según en qué circunstancias, cuentan para poco. Todo lo poníamos en manos de Dios.

Llegó el día señalado en el que se presentó el Inspector y os puedo asegurar que nuestras piernas temblaban y nuestros rostros estaban pálidos como la cera. De lo que él dijera, dependía todo.

Le fuimos enseñando lo poco que teníamos y el señor iba atendiendo nuestras sucintas explicaciones, llenas de palabras como las de «procuraremos completar los detalles en cuanto podamos», «esta cortina la cambiaremos por un tabique en cuanto nos sea posible», etc. El Inspector, a medida que iba viendo y oyendo nuestras palabras, iba realizando gestos con su cabeza, de arriba abajo como diciendo que entendía y de izquierda a derecha como desaprobando cuanto veía, y de vez en cuando esbozaba una sonrisa que nos parecía de cierta indulgencia y clemencia no exenta de misericordia.

Tanto Avelino como yo misma estábamos confusos, apocados, con gran temor interno y en oración silente rogando al señor que tocase las fibras sensibles de aquel hombre. Quizá el desconcierto y la confusión se reflejara en la perplejidad de nuestros rostros, al mostrar nuestras carencias, y escasez de medios.

El Inspector debió comprender que todo ello era el comienzo de un par de maestros con deseos de trabajar y superar los inconvenientes de una gran aventura, y nos dijo que faltaban cosas y que procuráramos cumplimentarlas lo antes posible. Nos comentó que teníamos que poner el crucifijo y la fotografía del Jefe del Estado en cada clase, y que la bandera española ya la había visto en la ventana.

Al final de la visita nos dijo que daría curso a nuestra solicitud y que podíamos empezar. Le agradecemos su benevolencia y nos despedimos cordialmente.

Avelino y yo nos quedamos mirándonos uno al otro, casi sin poder hablar, pues sentíamos que Dios había dado respuesta a nuestras plegarias y a la de los padres y otras personas que habían apostado, con fe, por este colegio.

El día 4 de octubre de 1960 dio comienzo el primer curso escolar, con una asistencia de treinta alumnos que representan la primera promoción histórica del Colegio Urgel, que con el transcurso de los años matricularon a sus hijos y éstos a los nietos de los primeros.

Deseo hacer una mención especial a la señora Josefina Gry, a la que todos llamamos «mama Fina», mujer que demostró su gran amor por los niños dedicándose primero a calentar las fiambreras que los alumnos traían con su comida, luego preparando un plato de ensalada y finalmente a cocinar el menú completo.

Desde el primer momento formó equipo con nosotros, ayudando en todo lo que se le pedía con una dedicación llevada hasta el límite. ¡Gracias mama Fina, nunca olvidaremos las sabrosas comidas que con tan pocos medios nos hacías pero sobre todo tu espíritu de sacrificio y colaboración que tanto bien nos hizo!

En mi memoria queda ese primer día de clase como algo sensacional. La emoción llenaba nuestros corazones, apenas podía creer que ya teníamos una escuela adventista, donde los alumnos recibieran la educación cristiana coherente con las enseñanzas que sus padres les daban en el hogar, en la que no recibieran insultos ni burlas por sus creencias ni castigos tan crueles como los había tenido yo en mi niñez.

Tanto nosotros como los padres que asistieron a la inauguración estábamos en un estado inexplicable de enternecimiento, conmovidos y agradecidos.

El pastor de la iglesia don Antonio Bueno, que también nos acompañaba, dirigió unas palabras y elevó al cielo una sentida oración.

Recuerdo que cada día preparaba mi clase con esmero y dedicación, sin olvidar ningún detalle, para que los niños aprendieran y pudieran tener el nivel requerido pero, sobre todo, para que fueran felices.

En este primer año, además de las niñas, tuve a los pequeñitos de cinco a seis años, pues los niños eran más numerosos y de esta forma repartíamos más o menos por igual el número de alumnos entre las dos clases.

Un canto y una oración, con los ojos cerrados y las manos juntas, daban comienzo cada día a la jornada escolar.

La enseñanza era la llamada «enseñanza unitaria». Todos los cursos juntos en la misma aula desde los cinco a los catorce años.

El profesor se tenía que organizar muy bien y programar sus clases para explicar a diferentes niveles. En ocasiones, las niñas de mayor edad me ayudaban con las más pequeñitas haciéndoles leer y éstas, a su vez, aprendían escuchando a las de más edad recitar sus lecciones.

La verdad es que no tuve ningún problema, pues los alumnos mostraban un gran respeto y admiración por mi persona. Era la época en que al entrar por las mañanas en la clase, los niños saludaban con una pequeña inclinación de cabeza y las niñas cogiendo con su mano el final de su vestido o falda, hacían como una ligera reverencia, dando a la profesora los buenos días, luego en silencio y con exquisita educación se sentaban en sus respectivos lugares esperando empezar la clase.

Si alguna vez sus voces se escuchaban un poco más fuerte que de costumbre, bastaba una sola mirada para que volviera todo al silencio de nuevo. ¡Verdaderamente tenían ganas de aprender, pero sobre todo de conservar su nuevo y flamante colegio!

No sé muy bien cómo me las arreglaba, pero teníamos tiempo para muchas cosas. Estudiábamos todas las materias que el programa de Enseñanza Primaria nos indicaba y que era obligatorio impartir, teníamos nuestra clase diaria de Biblia, en la que todos disfrutábamos de una manera especial, y también la ya y por desgracia asignatura extinguida de urbanidad, que pro-

curaba hacer de una forma práctica escribiendo en la pizarra cada día una frase o un pensamiento ético y moral. Las niñas mayores escribían en cartulinas a modo de fichas y las pequeñas reseguían los trazos que previamente yo había escrito en ellas. A finales del curso se juntaron todas estas fichas en un álbum que llevaron a casa y que todavía algunos de ellos guardan como un verdadero tesoro de su infancia.

También enseñaba francés y música y todavía nos quedaba tiempo de hacer clase de «labor», en la que aprendían a coser, bordar, confeccionar lindos delantales o mantelitos de ganchillo o punto de cruz con diferentes motivos y variados colores, que sé que guardan también con sumo cariño. ¡Qué tardes tan apacibles y esperadas por todas! En cuanto tenían un problema, bien un maléfico nudo en el hilo que impedía proseguir su tarea o un punto que se había escapado de sus agujas llenándolas de consternación, se ponían en fila y esperaban pacientemente a que la señorita les resolviera el tan grave problema, cosa que hacía con sumo placer.

A final de curso se hacían unas exposiciones con estas labores, junto con los trabajos que los niños habían hecho con el señor Avelino.

La verdad es que recuerdo aquellos principios con verdadera nostalgia, por lo entrañable y familiar que resultaba todo lo que en la escuela se realizaba.

Al finalizar el primer curso nuestro gozo era por partida doble. La satisfacción de todos porque la escuela no se había clausurado y porque el organismo oficial de la enseñanza nos había facilitado los libros de escolaridad para cada uno de los alumnos, donde se podía certificar los estudios realizados.

Después de las vacaciones de verano, empezamos nuestro segundo curso. Los alumnos habían aumentado y el gozo reinaba entre nosotros.

El día 30 de octubre, como cualquier otro día, llegué al colegio, reuní a los alumnos e iniciamos la clase como teníamos por costumbre con una plegaria. Todas las niñas estaban un

tanto inquietas y comprendí el motivo cuando al concluir la oración inmediatamente después del «Amén» final, iniciaron todas a una, un canto que no esperaba y además me llegó a emocionar: «el cumpleaños feliz». Ignoro cómo se enterarían de que ese día era mi aniversario, por lo que me quedé altamente sorprendida y un tanto halagada, pues una alumna del grupo de las mayores, adelantándose, me entregó una caja que contenía una bonita mantelería.

Asombrada por la iniciativa de los alumnos, me di cuenta inmediata de que no tenía nada con que corresponderles por tan grato aprecio. Algo debía improvisar para aquellos encantadores alumnos, que de manera tan secreta, reservada y personal me habían proporcionado aquellos momentos de alegría que ellos también compartían.

Salí del aula un momento y hablé con el señor Avelino, indicándole lo que había pasado y que se me había ocurrido llevar a toda la clase a un parque en donde pudieran jugar esa mañana, haciendo de esta forma algo especial.

En formación de dos en dos, las mayorcitas llevando de la mano a otras de menor edad, salimos del colegio hacia la Gran Vía y de aquí hacia la Plaza de España, subiendo luego por la Avenida de María Cristina y pasando por delante de la fachada de El Pueblo Español para llegar a un parque infantil, que todavía estaba en construcción.

Como era lunes y a una hora temprana de la mañana, por esa zona había muy poca circulación. El día salió soleado y con una buena temperatura cosa que permitió a los niños despojarse de sus prendas de abrigo. Al tener todo el parque para ellos, como mariposas que se posan aquí y allá, iban de un columpio a un tobogán o a otros lugares, jugando alegres y divertidos. Desde un banco situado en el centro más o menos, vigilaba todos sus movimientos y, a la vez, disfrutaba de mis pensamientos, dando gracias a Dios por el nuevo año que me había permitido vivir.

Me di cuenta que ni en la zona en donde estábamos ubicados ni en los jardines de los alrededores, ni por la avenida



Clausura del curso 1960-1961, con la colaboración del pastor Antonio Bueno.

por donde habíamos subido, había tránsito de vehículos o de personas. Aquella mañana semejaba que hasta el personal de jardinería, de limpieza o cualquier otro oficio, habían sido destinados a otros lugares. Por una parte, me sentía bien, confiada, contenta; por otra, un cierto temor, un vago recelo se suscitaba en mí. Quizá la soledad y el estar bastante alejada del núcleo urbano me produjo esta sensación de malestar.

Transcurría la mañana plácidamente, se estaba bien en aquel lugar tan soleado, los veía a todos tan gozosos, pues he de comentar que era uno de los primeros parques con juegos infantiles, tan corrientes en la actualidad, que se instalaban en Barcelona, que hasta entonces no tenía ninguno, cosa que hacía que aquello fuera una verdadera fiesta y un gran premio para ellos.

De pronto, dos o tres niñas que estaban en el extremo del parque vinieron hacia mí asustadas, con sus rostros atemoridos.

zados. Observé que en el lugar de donde venían se había formado un pequeño grupo con otras niñas, pero no podía apreciar lo acontecido.

Cuando las que se acercaron corriendo llegaron hasta mí, gritaron más que hablaron:

– Señorita, señorita, venga deprisa que a María Rosa le han dado un golpe en plena cara con un columpio y está llena de sangre.

Me levanté inmediatamente, pero sólo con oír la palabra sangre un estremecimiento sobrecogió mi organismo, pues en aquel entonces me bastaba mirar una gota de sangre o escuchar algo sobre accidentes, para perder el conocimiento y caer desmayada al suelo, cosa que me había sucedido en varias ocasiones.

Andaba, pero mis piernas se aflojaban por momentos y mi mente empezaba a nublarse. Me di cuenta de lo que me iba a suceder y supliqué a Dios que, por amor a aquellos niños, me diera fuerzas y pudiera solucionar aquel trance. Por otro lado, ¿cómo llevaría a María Rosa a algún dispensario si por la zona no pasaba ningún vehículo? Estaba a punto de desfallecer a medida que me acercaba al grupo de alumnas que rodeaban a la niña cuando pregunté:

– ¿Qué ha pasado?

Una de las niñas mayores trataba de explicar que otra estaba columpiándose y María Rosa pasó tan cerca que el canto del asiento del columpio le había dado en el rostro y que sangraba mucho.

En ese momento, penoso para mí, pues por segundos me sentía peor, dos señoras llamaron mi atención con un toque sobre mi hombro diciendo:

– ¿Qué ocurre, señorita?

– Se me ha herido una niña en el columpio –contesté.

– No se preocupe, nosotras somos enfermeras y tenemos en este botiquín lo necesario para curar a la pequeña.

Apartando el pequeño corro que se había formado a su alrededor, las señoras se acercaron a María Rosa y mientras la



Primera promoción de alumnos, fotografiados con el Director Sr. Avelino, la profesora Violeta y «mama Fina».

curaban organicé de nuevo a las otras formando fila de dos en dos. Estaban todas quietecitas, compungidas por lo sucedido y obedecieron rápidamente.

Habiendo concluido la cura, las señoras me la trajeron indicando que la llevara tan pronto como me fuera posible a un dispensario, para que le pusieran la vacuna antitetánica, ya que la herida había sido profunda y bastante complicada.

Mientras indicaba al grupo que empezáramos a caminar, me volví dos pasos para agradecer a las señoras la ayuda prestada, pero no las vi por ningún sitio; era insólito, sorprendente, que hubieran desaparecido en tan sólo unos pocos segundos.

Como tenía la urgencia de acercarme hasta el dispensario ordené a los alumnos que nos fuéramos. Todos, como yo misma, habíamos observado y pasado una experiencia nada usual ni normal, por lo que caminábamos silenciosas, serias, un poco sobrecogidas, pensando en quién podrían ser aquellas señoras que tan oportunamente habían llegado.

Al llegar a la Plaza de España, la llevé al dispensario y expliqué al doctor el accidente que había sufrido y la primera cura que le habían hecho. La hizo pasar al interior donde la reconocieron y al cabo de un momento me la entregaron diciéndome que sólo le habían puesto la inyección contra el tétanos, ya que la cura la habían dejado tal cual pues estaba suturada perfectamente.

Tuve motivos para pensar en lo excepcional de este acontecimiento pues de no haber recibido esta ayuda probablemente me hubiera desmayado, las niñas no hubieran sabido qué hacer, María Rosa hubiera perdido mucha sangre y quizá el percance hubiera tenido una gravedad mayor.

Siempre he pensado que fue una ayuda divina la que recibí en esa ocasión, y tanto los niños y niñas que presenciaron el hecho como la misma accidentada, ahora que ya son mayores, piensan lo mismo y lo recuerdan con un especial respeto.

Durante los cursos siguientes fue aumentando el número de alumnos, lo que hizo necesario realizar mejoras estructurales y suficientes divisiones de aulas para separar a los alumnos en diferentes cursos según las edades.

He de realzar que el éxito y continuidad de los cursos en el Colegio Urgel, no se debió única y exclusivamente a la dirección y profesores, sino también, en gran medida, a la confianza y apoyo moral, además de económico, de las familias adventistas y no adventistas que matricularon a sus hijos, así como también a otras personas que aun sin tener colaboraron e impulsaron el proyecto. De entre ellos cabe destacar al señor Josep Jané que apostó desde el primer momento por una educación de esta categoría.

CAPÍTULO IX

Nuevas experiencias

Como consecuencia de las actividades profesionales de mi esposo, tuve que desplazarme a la ciudad de Zaragoza.

Un tiempo antes las familias adventistas de esta localidad, habían tenido las mismas inquietudes que las de Barcelona, es decir, tener un colegio propio coherente con sus creencias religiosas.

El profesor Manuel Adán ya había hecho las gestiones oportunas y habilitado una bonita planta baja, con un espacioso patio para que sirviera de recreo a los niños. En esta ocasión la respuesta de las autoridades fue negativa y el desánimo cundió entre la congregación, que pensó que era una empresa difícil de conseguir.

Cuando llegué a la ciudad, el pastor Presidente de nuestra Iglesia me dijo que hiciera todo lo posible para animar a los padres y convencerles de nuevo de la importancia de tener este colegio.

Para tal fin, convoqué una reunión en la que traté de explicar el gozo que ésto había representado en Barcelona. Les relaté las duras experiencias que había tenido en mi infancia y que no deseaba para ninguno de sus hijos.

Creo que Dios puso en mi boca palabras que supieron transmitir todo el calor que sentía en mi corazón, hasta tal punto que los hermanos salieron emocionados, entusiasmados y de nuevo decididos a seguir con el proyecto. En esta ocasión reunirían los fondos necesarios para construir en el propio edificio de la iglesia, sita en la calle Alicante en el barrio de Torrero, al menos dos aulas, un comedor, un despacho y una cocina.

Esta reforma llevaría algún tiempo, pero ese año el curso debía comenzar. Para ello se llevó un plan, mediante el cual se distribuyeron los alumnos en tres grupos por zonas, siendo escolarizados en domicilios particulares: uno en el hogar del pas-

tor Félix Pagés con la maestra Carela Gullón, el segundo en la Iglesia Adventista de la calle de San Agustín a cargo del profesor Manuel Adán y el tercero en mi propia casa.

Las mesas, sillas y demás mobiliario escolar fue trasladado a estos lugares desde el colegio, que permanecía clausurado por las autoridades.

Constituyó una experiencia extraordinaria, especialmente para mí. Dediqué dos habitaciones, una como aula y otra como recreo, para que los niños pudieran tomar su bocadillo en un lugar diferente al de la clase, aunque debían estar tranquilos y sin hacer ni el mínimo ruido. Tomé el trabajo de docencia con empeño y a conciencia, pues aunque estaba en mi casa me dediqué plenamente a ellos tal como lo hubiera hecho en un colegio, respetando los horarios de trabajo con plena integridad.

Al iniciar las clases, los niños estaban muy contentos. Empezábamos con un himno y una oración, todo en un tono discreto para que los vecinos del edificio no se enterasen. Se acostumbraron a subir por la escalera –pues no había ascensor– uno tras otro con minutos de diferencia y yo dejaba mi puerta semiabierta para que no sonara el timbre. Al entrar en mi casa, los niños se quitaban los zapatos y se ponían unas zapatillas, que para tal fin habían comprado sus papás, con el propósito de que sus pasitos por la estancia pudieran pasar inadvertidos y no molestar al vecino de la planta inferior.

Tenía alumnos en edades comprendidas entre los cinco y catorce años, niños y niñas juntos, cosa que todavía no estaba permitido.

Su comportamiento fue ejemplar y eso que estaban bastante apretados en la habitación y el espacio de trabajo era muy reducido ya que la mesa que era individual la tenían que compartir dos alumnos uno en cada cabecera. No podían arrastrar las sillas ni mover las mesas. El recreo consistía en pasar a la otra habitación, tomar el bocadillo y llevar a cabo juegos adecuados que les permitiera cambiar un poco de ambiente y actividad, pero eso sí, con el máximo silencio. ¡Una verdadera proeza sabiendo como son los niños! Pero es que la ilusión

que tenían por su escuela era tanta, que todo sacrificio les parecía poco.

Al escribir estas líneas y recordar estos hechos, todavía percibo el olor de la madera que se desprende de los lápices y colores cuando los niños le sacan punta, y que tan característico es en los colegios, que impregnaba toda mi casa. Cierro los ojos y me veo trasladada allí, sentada en un rincón de la habitación, con una pequeña mesa delante y una lamparita que me alumbraba en los días más nublados, y no puedo evitar que la emoción embargue todo mi ser y me repita una vez más: ¡qué hermoso es ser maestra!

Aprendieron mucho, estudiaron sus lecciones, completamos todo el programa oficial que entonces se exigía, disfrutamos todos del estudio de la Palabra de Dios, al cual dedicaba un buen tiempo cada día, y todavía tuvimos tiempo de hacer las niñas unas bonitas labores y los niños unos trabajos manuales que luego expusimos al final del curso y que los padres contemplaron llenos de gozo y satisfacción.

En la actualidad, aquellos niños que fueron los protagonistas de esta bella experiencia, al igual que sus padres, lo recuerdan con cariño y lo que es más hermoso, me lo han agradecido cuando en determinados lugares hemos tenido ocasión de encontrarnos.

Al curso siguiente, ya no hubo necesidad de seguir con estos grupos, pues las obras del nuevo colegio ya estaban casi terminadas y nos trasladamos todos a las nuevas instalaciones.

Mi esposo se ocupó de la clase de los niños y yo de las niñas, pues todavía no se permitía la coeducación.

La señora Primi se responsabilizó de la cocina. Por cierto que trabajó con mucha dedicación y cariño, haciéndonos unos deliciosos menús, y eso que se tenía que mover en la pequeñísima cocina que pudimos habilitar para tal efecto.

Estos primeros años, trabajando con esmero y plena dedicación en lo que ahora es el Colegio Rigel, me traen a mi me-

moria recuerdos entrañables de familias que apostaron con firmeza y fe por una educación adventista, a pesar de los tiempos difíciles en los que vivíamos. A ellos dedico a través de estas líneas un homenaje especial.

También quiero dejar constancia que fue en este segundo curso que tuve el inmenso privilegio de ser mamá de una hermosa niña, a la que llamamos Alba y que fue la alegría de nuestro hogar y también la de los niños que jugaban con ella, pues me la llevaba todos los días al colegio, claro está, ayudada de una señora llamada Adelina que me la cuidaba mientras daba mis clases.

Había transcurrido un cierto tiempo después de la apertura del curso, cuando me encontré en la escalera a la vecina que ocupaba la vivienda inferior de mi casa y me preguntó:

– ¿Ya no suben este año los niños a su casa? ¿Ha dejado de dar clases?

Quedé sorprendida, reflejándose en mi rostro cierto asombro, porque yo creía que los vecinos, al no protestar, no se habían enterado de mis actividades.

La señora prosiguió relatándome que, efectivamente, se habían dado cuenta y que a instancia de otros vecinos habían convocado una reunión en la que se pretendió cursar una denuncia, pero el resto de vecinos abogaron por dejar las cosas como estaban, esperando que se tratara de una cosa pasajera y sobre todo por estar asombrados del orden, respeto y rectitud de los niños, que no originaban molestia alguno y eso que eran unos dieciocho o diecinueve. Es por lo que me preguntó:

– ¿Cómo lo conseguía?

Señora, le dije, seguramente teníamos la ayuda de Dios y la protección de los ángeles.

Marchó asombrada y perpleja por mi respuesta y no sé si pensando que tenía una vecina un tanto «mal de la cabeza».

CAPÍTULO X

Añoranza

De nuevo, debido a la profesión de mi esposo tuvimos que trasladarnos a la ciudad de Gijón. Allí no tuve el privilegio de organizar otra escuela adventista pero, eso sí, debido a mi vocación siempre llené la casa de niños, a los cuales les daba clases particulares para ayudarles en sus tareas escolares.

Allí, fui madre por segunda vez; nos nació un hermoso hijo al cual le pusimos el nombre de Héctor, que constituyó también un juguete junto con su hermana para los niños y niñas un poco mayores que había en nuestra iglesia.

Al cabo de un tiempo tuvimos que ir a la ciudad de Vigo. Era la primera vez que estaba en esta ciudad. Me deslumbró su bahía: un espléndido brazo de mar que se interna de veinticinco a veintisiete kilómetros, se ensancha en la ensenada de San Simón y tiene su mayor angostura en el estrecho de Rande. A lo largo de esta bahía hay multitud de poblaciones, algunas de cierta importancia como Cangas o Bouzas, así como muchas casitas esparcidas por las dos vertientes que descienden hasta el mar. Algún día, en tiempo claro, se observan las islas Cíes, de notable altura.

El puerto de Vigo está entre las puntas de La Laje y de La Guía, que forma la ensenada bordeada por la playa de Samil.

La ciudad en sí se alza en la costa meridional de la ría, extendiéndose en anfiteatro junto al mar y por las vertientes de unas colinas dominadas por los castillos de San Sebastián y el Castro, desde donde se puede gozar de un bellissimo panorama.

Es una ciudad muy comercial y aunque la parte antigua tiene calles en rápido declive, estrechas y empedradas con grandes losas de granito, la zona moderna es una obra dispendiosa con jardines públicos, con vías magníficas por su amplitud

y por la belleza y suntuosidad de los edificios. Me agradó mucho la ciudad que, aunque no era muy grande, tenía un aspecto señorial y elegante.

En un principio me dediqué a mis tareas en el hogar, ya que me nació mi tercer hijo, al cual le pusimos el nombre de Arturo, y con los tres niños tenía trabajo suficiente para ocupar todas las horas del día.

No obstante, mi vocación de trabajar como maestra repiqueteaba constantemente en mi ser. A esto se añadía que, cerca de mi casa, había un pequeño colegio por cuya puerta pasaba todos los días para ir a comprar al mercado. Algunas de sus aulas daban a la calle y a través de las cristalerías podía observar al maestro que impartía las clases. Un día y otro, y otro... observando el aula, al profesor y a los niños sentados en sus pupitres, llegó a entristecerme y a llenarme de añoranza por la docencia.

Sentía en mi pecho como una pena originada por la falta del ejercicio de mi profesión, a la que había dedicado ya varios años y que amaba tanto.

Un día, fue tal el deseo de volver a las aulas que tomé el listín telefónico y me puse a leer los anuncios de diversos colegios y academias. Entre ellos, aprecié uno que por su tamaño y publicidad destacaba entre los otros. Telefoneé al colegio demandando si disponían de una plaza para una maestra. La secretaria que me atendió comunicó que sería probable y que pasara por el centro para entrevistarme con el Director.

Al día siguiente, a la hora convenida, me personé en el colegio y después de una larga espera, pues habían más personas para la entrevista, la secretaria me hizo pasar al despacho.

Don Fernando, el Director, era un hombre alto de tipo atlético, de unos treinta y cinco años de edad aunque no los aparentaba, mirada escrutadora, incisivo, conciso, resolutivo y serio que confieso me inspiró bastante temor. Me hizo sentar frente a él y me indicó que necesitaba una maestra para los niños de cuatro años, preguntando qué novedades podría aportar para la enseñanza de niños de tan corta edad.

Le hablé de la peculiar enseñanza con el «franelógrafo», técnica desconocida por él ya que rápidamente me preguntó:

– Oiga señora Balué, ¿qué es eso del franelógrafo que usted ha citado?

Le expliqué que consistía en una pizarra forrada con tela de franela y unas figuras relacionadas con el tema que se quería explicar, también recortadas en franela, que se iban adhiriendo a la pizarra, a medida que se iban utilizando como si estuvieran pegadas, cosa que gustaba a los alumnos. Hay que decir que los niños en aquella época no tenían a su alcance los medios audiovisuales de que disponemos hoy en día, cosa que hacía que todo eso los maravillara.

Don Fernando tomaba algunas notas rápidas, a medida que yo hablaba, y me dijo que ya recibiría alguna noticia.

Al día siguiente, me telefonearon para comunicarme que la plaza era mía y que podía pasar a formalizar el contrato.

Estaba gozosa de poder volver a trabajar, de volver a ejercer de maestra.

Empecé mi trabajo y realmente los niños estaban encantados cada vez que veían las diferentes figurillas.

Además, procuraba enseñarles cánticos sencillos que hablaban de Dios nuestro creador y de Jesús nuestro mejor amigo, ayudándoles a medida que cantaban a realizar determinados gestos figurando el cielo, la lluvia, el viento, etc. El hijo del Director estaba en mi clase y, al parecer, el niño le explicaba y exponía a su madre las cosas que la profesora Violeta le enseñaba.

En ocasiones observaba, a través de las cristaleras que había en todas las clases en lugar de paredes, que el señor Director al hacer su ronda de inspección por los pasillos, cosa que realizaba varias veces al día para controlar que todo funcionara bien, retenía más de lo normal el paso y se quedaba mirando lo que yo estaba explicando, haciendo o cantando dentro del aula.

Transcurrieron los días y las semanas. Durante dos meses, traté de aplicar los mejores métodos de enseñanza que yo conocía y que había practicado en las anteriores experiencias

docentes, que creo fueron del agrado de los padres, ya que así me lo manifestaban cuando venían a recoger a sus hijos.

Cierto día se personó la secretaria en mi aula rogándome que fuera al despacho del Director; mientras ella se haría cargo de los alumnos. En mi interior pensé en qué cosa podría ser tan importante para que tuviera que dejar la clase y un tanto preocupada salí del aula.

Al llegar al despacho, casi comprendí lo que pasaba, pues el Director estaba acompañado por el sacerdote, que era el que se ocupaba de toda la parte religiosa y el dirigente espiritual del centro, cosa que daba un alto prestigio al colegio.

Tengo que añadir que, sin saberlo ni pretenderlo, estaba trabajando en uno de los colegios más importantes de la ciudad, con más de mil alumnos de primaria y secundaria; era de carácter privado y los padres pagaban una alta mensualidad con tal de que sus hijos pudieran ser educados allí. El colegio gozaba de un buen prestigio ya que sus instalaciones eran modernas y sus profesores especialistas en las materias que impartían, cosa que no era todavía obligatoria en aquel tiempo. Maestros nativos daban las clases de inglés y francés, aumentando la categoría del centro. Todos sus alumnos iban uniformados y llevaban el escudo con un bien logrado logotipo. Todo ello exigía, como es de suponer, que el personal docente fuera minuciosamente escogido y que tuviera una exquisita reputación en todos los aspectos pero, como no, especialmente en el aspecto religioso.

Al entrar en el despacho me senté en la silla que estaba frente a ellos y el Director me dijo:

– Sra. Balué, el señor cura aquí presente me ha comentado que ha llegado a sus oídos que usted no es católica, que es protestante. ¿Por qué no me lo dijo cuando la entrevisté?

Reaccioné rápidamente y sin alterarme y con bastante aplomo, respondí:

– Perdone, pero es que usted no me lo preguntó.

– Tiene razón –respondió prosiguiendo–, es que el padre espiritual manifiesta una seria preocupación por este hecho,

pues si los padres se enteran afirma que dejarán de traer a sus hijos.

El sacerdote intervino, diciendo:

– Estoy convencido que esto sería un gran desprestigio para un colegio de esta categoría y he recomendado que se prescindiera de sus servicios para evitar tales males. Además, –añadió– estoy convencido que usted puede influir negativamente sobre las mentes de estos tiernos niños e inculcarles su religión.

Después de estas palabras, el silencio se hizo tenso. Se notaba en el ambiente que fuerzas antagónicas pugnaban por aparecer. Miré al Director, ignoro si con una mirada de súplica o si él fue capaz de adivinar o comprender el momento tan difícil por el que estaba pasando, o si pudo leer en mi silencio el grave malestar que las palabras del sacerdote originaron en mi alma.

Procuré contenerme, apenas respiraba, no hablé para defenderme ni para contradecir lo expuesto por aquel hombre. Mi silencio era una manifestación de un trabajo interior que al inhibirse de lo que sucedía en el exterior tenía la tendencia natural a expresar mi pensamiento elevando una oración a Dios.

Fue el Director que dirigiéndose al sacerdote, a quien seguramente por amistad y buena relación tuteaba, le dijo:

– Comprendo tu posición porque estás aquí para velar por la parte religiosa del alumnado, pero yo soy el Director pedagógico y me interesa mucho la calidad de enseñanza que podemos impartir. Esta señora sólo lleva aquí dos meses, pero han sido suficientes para que me dé cuenta de cuál es su educación y cultura, del arte con que enseña a los niños, entre ellos a mi hijo, que cada día llega entusiasmado explicándonos todo lo que dice y hace su profesora. Francamente estoy totalmente satisfecho con su actuación y sus métodos de enseñanza; no sólo yo, sino que he tenido notificaciones de los padres de los niños que asisten a su clase de que están muy contentos con la nueva profesora. Como éstos testimonios me resultan más propicios en esta ocasión, voy a prescindir de tus consejos y permitir que esta maestra continúe en mi cuerpo docente;

no sólo esto, sino que por su dedicación y el gran interés que manifiesta en la docencia, a partir de ahora, además de la nómina que le corresponde, tendrá una bonificación o sobresueldo mensual, del cual ya hablaremos particularmente.

El sacerdote, exasperado, con una manifestación clara de disgusto y enojo se levantó del sillón bruscamente y dirigiéndose al Director dijo:

– Puedes hacer lo que tu quieras, para eso eres el dueño, pero piensa que en cuanto se enteren los padres, éste colegio se te vendrá abajo.

Salió enfadado, pronunciando en voz baja unas palabras de despedida que casi no entendí.

El señor Director se dirigió a mí diciendo:

– Ya ve usted señora Balué lo que me juego al tomar esta decisión. Sólo le ruego que no me defraude y sobre todo que no haga proselitismo entre los niños.

Yo le contesté muy emocionada:

– No ha sido nunca esa mi intención, ni mi sistema. Lo que no le puedo prometer es que mi forma interior de sentir, pensar y creer, aún sin querer, se transmita a través de las largas horas que tengo que permanecer junto a ellos, pero yo le aseguro que no será nada malo para los niños.

– Esto no me preocupa –respondió él– pues he podido observar y oír (esto último debido a un sistema de micrófonos que tenía instalado en cada clase, para que desde su despacho pudiera escuchar siempre que lo deseara el desarrollo de los temas y las actuaciones de cada profesor) la forma en que usted desarrolla sus clases.

Después de agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí, regresé a la clase contenta de cómo se habían desarrollado los acontecimientos.

Mantuve la plaza de maestra y eso que el Director era tan exigente, que muchos de los maestros no duraban ni un año.

Quiero también mencionar que hizo conmigo otra concesión. En este tiempo ya no habían clases los sábados, pero era obli-

gatorio que los maestros acudieran los sábados por la mañana para hacer con los niños las llamadas «clases extraescolares» que eran deportes o diferentes talleres. De todo esto quedaba yo exenta pero, en compensación, daba de lunes a jueves una hora más de clase por las tardes con los niños de repaso y, después, también di una clase particular de lenguaje a su hijo, con lo que quedaba cumplimentado el total de horas obligatorias de trabajo.

Después tuve la oportunidad de trabajar con niños de cinco años. El Director me dio carta blanca –como se suele decir–, para comprar todo el material que necesitara. Experimenté con ellos el entonces innovador método de los llamados «rincones pedagógicos» para lo que hice que me fabricaran un mobiliario especial, diferente al que hasta entonces habían tenido en esa clase.

Tenía cuarenta niños a los que dividí en grupos de cinco, a los que agrupé según sus aptitudes y capacidades, para que dichos grupos fueran lo más homogéneos posible. La clase era muy amplia y la dividí en ocho ambientes diferentes, en cada uno de los cuales coloqué el mobiliario pertinente con todo el material que se iba a necesitar para desarrollar la actividad. Estaba por ejemplo «el rincón de la lectura», que era una biblioteca en miniatura con estanterías llenas de libros propios para la edad, y sus mesitas con lamparitas al igual que en cualquier biblioteca. Los niños cogían el libro que querían y lo hojeaban, colocándolo en su sitio cuando lo habían terminado. Otro era el de los «trabajos manuales». Éste era un taller totalmente adaptado a su estatura, con sus casilleros y sus sencillas herramientas. Cuando lo vieron los padres, en el día de «puertas abiertas» quedaron impresionados al ver los tableros, los taburetes y todos los materiales: pinturas, sierras, paños para limpiarse las manos, tijeras, etc.

Otro de los rincones era el de «escritura», en el cual tenían sus cuadernos y aprendían a escribir.

Por supuesto, no faltaba el rincón de «aprendo a leer», en el que tal como indica su nombre les enseñaba la lectura.

No podía faltar el rincón de los «juegos» con toda clase de juguetes, donde descansaban un poco de las actividades anteriores; lo esperaban con ansiedad pues les gustaba mucho.

En el rincón de «música y cuentos» podían escuchar canciones, cuentos y demás discos infantiles.

Así, sucesivamente, hasta completar ocho actividades diferentes que, aunque lúdicas, tenían un fondo pedagógico que hacían que el niño aprendiera casi sin darse cuenta, pensando que estaba jugando.

Cada cierto tiempo, les anunciaba que debían cambiar de rincón. De esta forma no se les hacía pesado y pasaban durante el día por cada una de las ocho actividades programadas.

Este proyecto me satisfizo plenamente al igual que a los padres, que me felicitaron. El Director, aunque económicamente le había hecho gastar más de lo que se había calculado en el presupuesto, también me felicitó al ver los resultados, tan positivos e innovadores para su centro.

Durante mucho tiempo estuve intrigada, pues ignoraba totalmente cómo podría haberse informado el sacerdote acerca de mi condición religiosa de cristiana adventista.

Transcurrieron cuatro años de trabajo constante, de enseñanza y ningún padre dejó de matricular a sus hijos. Me esforcé en la enseñanza aplicando los mejores métodos, demostrando a los niños que los amaba y que ellos también tenían que manifestar su amor hacia los amiguitos, papás, hermanos y otras personas. Les expliqué muchas historias de la Biblia, con sus correspondientes aplicaciones personales. Fue una época que recuerdo con cariño y emoción.

Llegó el momento en que tuve que trasladarme de nuevo a la ciudad de Barcelona y cuando se lo expuse al Director me dijo:

– Lo siento mucho, señora Balué, como creo que lo sentirán los niños al igual que sus padres, éstos mucho más; pero, si alguna vez vuelve a Vigo, siempre tendrá una plaza en este colegio y un buen amigo para lo que necesite.



Una de las clases en el colegio de Vigo, en el año 1975.

La despedida de los niños y de sus respectivos padres fue emocionante; los niños preguntaban si volvería y las madres me dedicaron palabras de elogio y regalos que todavía conservo con cariño.

Poco después me despedía de los compañeros de trabajo, quedando sorprendida cuando una compañera que vivía en mi misma calle, frente a mi casa, me llamó aparte y me dijo:

– No quiero que te vayas sin que te cuente algo que pesa sobre mi conciencia.

En un principio no entendía, no llegaba a captar lo que deseaba decirme. Prosiguió, después de una breve pausa:

– Quiero que me perdones por mi mala actuación, pues fui yo quien le dije al sacerdote del colegio que tú no eras católica. Me enteré porque te veía salir con tu esposo e hijos todos los sábados por la mañana y en la calle las vecinas comentaban que érais de otra religión. Lo hice por envidia, pues me daba cuenta de que te estabas ganando la confianza de los niños, de los padres y, sobre todo, del Director. De nuevo te ruego

que me perdones y que puedas ver en mí una compañera y amiga que te aprecia.

Nos dimos un abrazo emotivo, las lágrimas resbalaron por nuestras mejillas y nos despedimos, sin saber si alguna vez nos volveríamos a encontrar.

CAPÍTULO XI

¡De nuevo en casa!

El regreso a Barcelona fue gozoso para mí. Era como volver a mi antigua casa y a mi querido colegio.

Cuál no sería mi sorpresa cuando en lugar de aquella pequeña escuela y aquel edificio, que sólo tenía una planta, me encontré con un colegio moderno, bien acondicionado, aulas espaciosas bien iluminadas, un hermoso comedor con una amplia cocina, biblioteca, laboratorio y tantas y tantas cosas más, con un total de seis plantas.

Todo aquello me fascinó, mejor dicho me emocionó. Aquella escuelita que, en un principio, había nacido como un niño indefenso y a la que algunos no le veían posibilidades de supervivencia, había crecido y tomado cuerpo.

A quien encontré igual fue al señor Avelino, al pie del cañón, como se suele decir, luchando sin desfallecer; él me puso al corriente de todo y me explicó los pormenores relacionados con aquella extraordinaria transformación.

Parece ser que, cuando un grupo de padres y otras personas voluntarias estaban limpiando el tejado de aquella primera planta que yo conocí, uno de ellos se dio cuenta de que las bigas que formaban el techo eran de madera y que los apoyos de éstas sobre los muros estaban corroídos. Como es natural, pensaron que eso era un serio peligro y consultaron a un técnico, el cual les indicó que efectivamente aquéllo no podía seguir así.

Reunidos de nuevo la dirección del colegio con los padres y miembros del Consejo de la Iglesia, se tomó la decisión de ampliar el número de plantas del edificio, adaptándolo a las necesidades de los alumnos, cuyo número había crecido considerablemente.

No escasearon los problemas, pues el proyecto era demasiado ambicioso para los escasos recursos económicos de que dis-

ponía el centro. Pero si el proyecto era ambicioso, el apoyo de las familias, de la iglesia y otras personas, lo eran mucho más.

El colegio se tuvo que trasladar a otro lugar para que las obras pudieran efectuarse. Para ello se habilitó, de la mejor manera que fue posible, un cine que no se estaba utilizando y que se nos cedió para tal fin.

Las dificultades fueron muchas, pero los padres no desfallecieron y, a pesar de todos estos inconvenientes, permanecieron firmes en sus propósitos, apostando siempre por la educación adventista con ilusión y compromiso, tal como lo habían hecho desde un principio.

Así es como me encontré de nuevo con mi amado colegio. Me puse a trabajar con ahínco y entusiasmo. Estuve en un principio con los alumnos de 4.º y 5.º curso y, luego, en los siguientes años impartí clase a los párvulos, es decir, a los niños de cinco años.

¡Qué maravillosa experiencia! Esas criaturitas, cual esponjas, absorben todo lo que ven y oyen, que luego formará parte de los cimientos de su carácter y educación.

¡Qué gran responsabilidad la mía! Con cuanta delicadeza y cuidado hay que tratarlos.

Recuerdo que les gustaba mucho que les ilustrara con historias los conceptos que trataba de enseñarles y ciertamente que lo hice con abundancia; pues, si algo me ha caracterizado a lo largo de mi experiencia como docente, ha sido precisamente eso, las ilustraciones, ya que ellas son capaces de fijar de una forma práctica, y sobre todo agradable, verdades, conceptos y principios que pueden ser un poco abstractos y que de esta forma están al alcance de sus infantiles mentes.

Una de las historias que más les gustaba, y que por ello quisiera dejar constancia de ella en este libro, era «La luciérnaga».

En cierta ocasión todos los animales del bosque se reunieron para escoger entre ellos al que pudiera ser el rey.

Salió el gallo y dijo:



Colegio Urgel en 1960.



El colegio en la actualidad.

– Yo, puedo ser el rey, pues con mi cresta roja ya parece que llevo la corona puesta.

– ¡No!, ¡no! –dijeron los animales–. Con tu kikiriki, nos despertarías cada día demasiado pronto.

La gallina dijo:

– Yo no os despertaré, porque no grito como el gallo. Yo puedo ser la reina.

– ¡No!, ¡no! –volvieron a decir los animales–. Con tu cocoroco no harías nada en todo el día.

Detrás de todos se escuchó una voz que decía:

– ¡Podría ser yo!

Todos los animales se giraron para ver de quién era aquella vocecita, y se quedaron muy asombrados al ver que era de una luciérnaga negra y fea.

¡Tú! –preguntaron extrañados los animales–. ¿Tan negra y tan fea...? ¡Fuera, fuera de aquí!

La luciérnaga se calló y los animales continuaron pensando.

Entonces dijo la mariposa:

– Yo podría ser, porque con mis alas de varios colores ya parezco una reina.

– ¡No!, ¡no! –dijeron los otros animales–. Eres demasiado presumida.

Luego salió la rana:

– ¿No os gusto yo para reina? Salto muy bien y puedo estar tanto en el agua como en la tierra.

– ¡No!, ¡no! –dijeron todos–. No tienes cara de reina y cantas muy mal.

Se escuchó de nuevo una vocecita que decía:

– ¡Podría ser yo!

Todos se volvieron y se dieron cuenta de que era de nuevo la luciérnaga.

– ¿Tú, otra vez? ¿Tan negra y tan fea y quieres ser reina?

– ¡Fuera, fuera de aquí!

Y continuaron pensando.

Salió el ratoncito y dijo:

– Yo, que soy muy listo y mi cara es fina como la de un rey.

– ¡No!, no! –respondieron de nuevo los animales–. Nunca sabríamos en dónde estás, porque todo el día vas corriendo y no te puedes quedar quieto.

– ¿Y yo? –dijo la tortuga.

– ¡No! ¡No! Tú vas tan despacio que nunca llegarías a la hora cuando te necesitamos.

– ¿Por qué no puedo ser yo? –oyeron que decía una vocecita.

Se volvieron y se dieron cuenta de que de nuevo era la luciérnaga.

– ¡Mira que eres pesada! ¿Cómo quieres ser nuestra reina, tú tan negra y fea?

Y volvieron a pensar y pensar, y fue pasando el tiempo hasta que se hizo oscuro.

Entonces los animales, levantaron las cabezas y vieron las estrellas que brillaban y dijeron todos en coro:

– Qué lástima que las estrellas no estén en la Tierra, pues son tan bonitas que ellas sí que podrían ser nuestras reinas.

Pensando en estas cosas se pusieron a dormir todos, menos la luciérnaga, que se fue a pasear por el bosque con su luz encendida.

El gallo, que es muy madrugador, se despertó y empezó a llamar muy contento:

– ¡Kikirikí! ¡Despertad que ya tenemos rey! ¡Mirad, ha caído una estrella del cielo! ¡Ella será nuestra reina!

Todos, muy contentos, se pusieron alrededor de la luz que brillaba en tierra mientras le preguntaban:

– ¿Quieres ser nuestra reina?

– Sí –dijo una voz muy fina.

Todos empezaron a aplaudir a su reina, tanto rato, tanto rato que empezó a hacerse de día... y entonces se dieron cuenta de que su reina era:

LA LUCIÉRNAGA.

Con esta historia les quería enseñar que, aunque pequeños, pueden llegar a ser importantes si saben desarrollar las cualidades que llevan dentro, al igual que la luciérnaga con su luz.

Más adelante pasé a los cursos superiores de sexto, séptimo y octavo de E.G.B. (Educación General Básica), con lo que se terminaba la estancia en los colegios para pasar a los institutos y estudiar el B.U.P., es decir el Bachillerato, o la F.P., es decir la Formación Profesional.

En estos cursos estuve impartiendo las materias de Ciencias Naturales, Matemáticas, como tutora de uno de los grupos, la asignatura religiosa de Biblia.

Matemáticas ha sido siempre una asignatura que los alumnos han tildado de «rollo», «tostón», difícil e incomprensible por lo que yo siempre traté de hacerla todo lo amena y atractiva posible, contagiando mi entusiasmo por ella con diferentes métodos, incluso llegando a intercalar historias, fábu-

las y otras ilustraciones que fueran bien con el tema que explicaba.

Recuerdo que, para que llegaran a entender la importancia de colocar las cifras a la derecha o a la izquierda de un número, les recitaba la famosa fábula de Cayetano Fernández «El uno y el dos», que dice así:

*Graves autores contaron,
que en el país de los ceros
el uno y el dos entraron
y desde luego trataron
de medrar y hacer dineros.*

*Pronto el uno hizo cosecha
pues a los ceros honraba
con amistad muy estrecha
y dándoles la derecha
así el valor aumentaba.*

*Pero el dos tiene otra cuerda
¡todo es orgullo maldito!
y con táctica tan lerda
los ceros pone a la izquierda
y así no medraba un pito.
En suma, el humilde uno
llegó a hacerse millonario
mientras el dos importuno
por su orgullo cual ninguno
no pasó de un perdulario.*

*Luego ved con maravilla
en esta fábula ascética
que el que se baja, más brilla
y el que se exalta, se humilla
hasta en la misma aritmética.*



Primero y segundo curso de E.G.B.

Esta fábula me servía por supuesto para ilustrar el sabio consejo que encontramos en las Sagradas Escrituras que dice: «El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado». Aprendiendo, o mejor dicho tratando de enseñar, dos cosas a la vez: la sabiduría matemática y la sabiduría divina.

Con la asignatura de Ciencias Naturales también he disfrutado mucho, haciendo que mis alumnos vieran al Creador en cada uno de los temas que tenían que estudiar, tanto en la grandeza de los mundos como en la perfección de una humilde florecilla.

No obstante, con la materia que más he disfrutado ha sido con las clases de Biblia.

Todas las mañanas dedicábamos un tiempo a su estudio, un tiempo, puedo asegurar, que era el mejor de todo el día. Los niños procuraban no llegar tarde para no perderse nada, absolutamente nada de lo que en ella hacíamos (historias, cantos, ilustraciones, comentarios, dibujos, lecturas de los pasajes bí-

blicos), para luego poder contestar a las preguntas que el tema del libro proponía. Hemos hechos hasta coros a varias voces, que al entonar con tanto entusiasmo casi no dejábamos a las otras clases realizar sus tareas. Esos himnos cantados con la ilusión que, cuando quieren, saben poner los alumnos, quedaban marcados en sus mentes hasta tal punto que años más tarde, cuando me he encontrado con alguno de ellos hechos unos hombres e incluso padres de familia, me han saludado con cariño pero de inmediato me han comentado: «Aún recuerdo sus canciones y sus ilustraciones y le aseguro que tal como usted nos decía más de una vez me han servido de mucho.»

He tratado de hacer por todos los medios a mi alcance, echando mano de mi experiencia, que estas clases fueran especialmente prácticas, que pudieran aplicarlas a los problemas reales que los adolescentes tienen en esta difícil etapa y que, cual equipaje útil, pudieran hacer servir más tarde en su caminar por esta vida.

Les he presentado a un Dios real y cercano, amante y comprensivo, que está pendiente de nuestras necesidades, aunque algunas veces no nos lo parezca.

He de confesar que los jovencitos a estas edades son muy agudos y sinceros, y en ocasiones han presentado argumentos y razonamientos fantásticos que me han hecho reflexionar y entender que enseñando también se aprende.

¡Cómo hemos disfrutado! Fueron momentos inolvidables que los alumnos querían siempre prolongar más y más. Sí, ya sé que pensaréis que era porque detrás venía una clase de Matemáticas que posiblemente querían saltarse. Conozco perfectamente esa clase de trucos tan propios de los alumnos, pero en esta ocasión no era solamente eso, les gustaba realmente hablar de las cosas de Dios y de lo que está escrito en su Palabra. Lo he percibido en sus miradas, en su atención, en sus preguntas tanto como en su silencio y en su emoción, que ha llegado incluso a humedecer o a enrojecer sus ojos. Hemos compartido día tras día una experiencia llena de paz y de gozo, y hemos experimentado la satisfacción que llena nuestro

ser cuando con sinceridad deseamos y pedimos que Dios nos hable.

Todos estos sentimientos los he vivido y también los tengo escritos en multitud de postales y cartas, que al final de los cursos me entregaban como recuerdo, que daban testimonio de lo mucho que agradecían los consejos recibidos. Como el de unos alumnos que me escribieron –y cito textualmente sus palabras–:

«Violeta, me has presentado a un Dios en el que yo no creía –pues tenía un concepto equivocado de Él– gracias porque ahora creo.» (Carlos)

Y aquel otro:

«Querida profesora Violeta, gracias por tus clases, en especial, las de Biblia porque nos las has impartido con todo el ardor de tu corazón y en las que hemos podido percibir tu fe real en un Dios que es maravilloso.» (Mariona)

También quiero dejar constancia de la siguiente experiencia.

En cierta ocasión, a primeros de curso vino una madre con su hija para hablar conmigo, ya que iba a ser su tutora, y me dijo:

– Mire señorita, le quiero indicar que nosotros no somos creyentes. No tengo ningún inconveniente en que mi hija asista a las clases de Biblia, pero le voy a hacer una petición.

La observé atentamente y respondí:

– Usted dirá, para eso tenemos esta entrevista, para ponernos de acuerdo en cómo formar a su hija.

La señora prosiguió:

– Le agradecería que no le inculcara a la niña su religión ni que ejerciera presión alguna en este aspecto.

– Nunca ha sido esta mi intención –le contesté–, ni es por supuesto mi forma de actuar, pero lo que ya no le puedo asegurar es que mi forma de ser influya sobre ella, ya que pasaremos muchas horas del día juntas.

Quedamos así al despedirnos y pasado el curso, cual no sería mi sorpresa cuando en la fiesta de clausura se acercó a mi y me dijo:

– Gracias por todo lo que ha hecho por mi hija. Perdóne lo que le dije al principio del curso, pues nunca llegué a imaginar lo que la Biblia puede hacer por las personas. Cada día llegaba mi niña entusiasmada por todo lo que usted había contado y explicado en clase, y nos lo repetía a nosotros, así es como hemos seguido uno a uno todos los temas. No se parece en nada el Dios que usted le ha presentado al Dios que me habían presentado a mí. No me extraña que yo hubiera perdido la fe. Le estamos muy agradecidos.

En mi interior, y así se lo dije también a ella, di gracias al Señor, pues es a Él a quien le correspondía todo el mérito, porque una vez más había hecho fructificar la semilla en la vida de aquellas personas.

Son éstas y otras cosas parecidas las que llenan una vida y que en más de una ocasión me han hecho decir que si volviera a nacer, volvería a ser maestra.

CAPÍTULO XII

Ilustraciones

No es mi intención en este libro desarrollar de una forma completa los temas que he dado en las clases de Biblia. En primer lugar porque el libro se haría demasiado largo y, posiblemente, no se ajustaría a la intencionalidad con la que ha sido escrito; y en segundo lugar, porque muchos temas han surgido de las propias preguntas de los alumnos y como respuesta a sus inquietudes y para ello necesitaría tenerlos de nuevo delante de mí, cosa que en estos momentos mientras escribo resultaría imposible.

Lo que sí que voy a escribir –porque me lo han solicitado muchas personas–, son algunas de las ilustraciones que he empleado para hacerles más cercana la Biblia, para darles una enseñanza más amena y práctica de las verdades que ella encierra, de los principios éticos y morales que les quería inculcar, del deseo de mostrar aquellos valores espirituales que pudieran dirigir sus pasos a lo largo de la vida por el camino del bien hacer, y que les sirvieran para tomar posición, cuando presionados por los amigos del grupo, tuvieran que escoger una determinada actitud.

Al principio de cada curso, me ha gustado entusiasmar a mis alumnos con las materias que íbamos a compartir, con el propósito de que estudiaran con más interés. Las preguntas de los jóvenes siempre han sido las mismas: «¿Y para qué sirve esto que estamos estudiando?» Siempre les daba una pequeña explicación de cómo podían aplicar los conocimientos adquiridos, tanto en Matemáticas o en Ciencias Naturales, pero sobre todo en el estudio de la Biblia. Pues, para que la estudiaran con alegría y satisfacción, tenían que comprender que no era un libro como cualquier otro, que era un libro lleno de tesoros que valía la pena buscar y que les invitaba a profundizar en sus páginas y a encontrarlos.

Hablando de tesoros les contaba la siguiente historia:

De la antigua Grecia nos llega la historia del granjero rico, que en su lecho de muerte, dijo a sus hijos: «El tesoro que tengo está enterrado en mis campos. Si queréis ser ricos, cavad por él.»

Al morir el anciano, sus dos hijos se pusieron inmediatamente a buscar el dinero, suponiendo que su padre lo había enterrado en algún lugar de la granja, dentro de un cofre metálico.

Equipados con palas y azadas, cavaron con gran entusiasmo y perseverancia, pero aparentemente sin éxito. Con todo cuidado fueron removiendo la tierra, en cada una de las parcelas de la propiedad, cavando hasta una profundidad mayor que la que alguna vez había alcanzado el arado. Sin embargo, no descubrieron siquiera rastros del cofre del tesoro.

Al llegar la primavera, los jóvenes abandonaron la búsqueda para poder sembrar los campos. Luego llegó el verano y la cosecha. ¡Y qué cosecha tuvieron! Jamás habían obtenido tanto grano.

Al remover la tierra en forma tan cuidadosa, los chicos habían obtenido, sin saberlo, las riquezas que buscaban. Así, el plan de su anciano padre había tenido éxito.

Un hombre tenía tres hijos, los dos mayores se casaron y marcharon de casa pero el más pequeño se quedó con él y lo cuidó con cariño y esmero hasta sus últimos días.

Cuando el padre falleció se leyó el testamento, para ver cómo había distribuido su herencia, y cuál no sería la sorpresa del hermano menor cuando vio que frente a la casa que le había dejado a su hermano mayor y las tierras al mediano, a él sólo le había legado el viejo sillón en donde le había visto sentado toda la vida, con una frase que decía: «No lo tires, en él está tu mejor recompensa.» No comprendió aquella extraña frase y mucho menos aquella injusta decisión pero, aunque dolido, quiso cumplir con la última voluntad del anciano y no tiró el sillón, que dejó olvidado en su desván.

Con el tiempo, que como se dice hace cicatrizar todas las heridas, se le fue pasando el disgusto y la decepción, y pensó que mejorando la tapicería aquel viejo sillón podría decorar un lugar de su casa. Lo fue a buscar para restaurarlo, pero cuando levantó la tela encontró que en su interior habían, escondidas un montón de monedas de oro, cuyo valor era superior a la herencia que habían recibido sus hermanos. Había tenido muy cerca un verdadero tesoro, pero no se había percatado de ello.

El tesoro que nosotros hemos recibido no está enterrado ni en un campo ni en un viejo sillón sino en un libro, y su verdadero valor reside en el cambio que puede operar en nuestras vidas. En efecto, cuando nos adentramos en la Biblia con reverencia y deseo de aprender encontramos paz, fortaleza y sabiduría, pues es un verdadero río de vida que fluye del cielo mismo.

En 1931 dos hombres jóvenes desembarcaron en la playa arenosa de Mussau, una islita situada en el Pacífico Sur. Ambos habían emprendido el viaje hacia ese lugar plenamente conscientes de que los habitantes de la isla se caracterizaban por su salvajismo.

Los jóvenes habían nacido y se habían criado en una isla vecina, donde tampoco existía ninguna de las ventajas de la cultura occidental. Su idioma era el pidgin english –una lengua que se habla en las islas del Pacífico y que surgió como resultado de la simplificación del inglés– y el único libro con el que estaban familiarizados era la Biblia.

Todo lo que estos dos jóvenes podían ofrecer era el mensaje que contiene este libro. En tan sólo diez meses la población adoraba a Dios. Se construyeron escuelas, abandonaron sus malos hábitos, y una pasión por la limpieza y el orden se apoderó del pueblo.

No mucho después de esto un oficial del gobierno británico visitó la isla, y en una carta enviada a sus superiores decía lo siguiente: «No puedo comprender cómo ha sido posible un cambio tan notable. Están transformados. Parecen estar vi-

viendo ahora con un propósito que yo no comprendo totalmente.»

Sí, aquéello lo había realizado el poder de la Palabra de Dios. Un poder que había obrado a pesar de la escasa calidad del idioma y de la reducida cultura de los mensajeros.

Corría el año 1790 cuando el velero inglés Bounty había zarpado de Tahití, bajo el mando del capitán Bligh.

El velero era indudablemente un navío de línea y aunque era un barco mercante estaba armado, ya que hacía la travesía desde Inglaterra a las Indias Orientales.

A las órdenes del capitán Bligh estaban dos oficiales y varios soldados de la Real Marina de Su Majestad Británica. El resto del personal lo componían marineros reclutados en los puertos ingleses antes de zarpar.

Estos marinos eran hombres rudos, pendencieros, bravucones, faltos de instrucción, por lo que el capitán y sus asistentes debían mantener una férrea disciplina.

Con motivo de un cambio de ruta, que molestó a los marineros y posiblemente provocados por algún cabecilla, se rebelaron y después de una refriega redujeron al capitán y los oficiales y los pusieron en un bote a la deriva. Esto hizo que el velero quedara en manos de hombres que, según las leyes, no se les permitía desembarcar en Inglaterra o en sus dominios, pues serían apresados y ahorcados.

El Bounty siguió navegando hasta que avistaron tierra y disminuyendo la velocidad se acercaron a una isla, en la cual desembarcaron. Una vez inspeccionada, vieron que no era muy grande, pues apenas tenía 3,5 km de largo por 1,5 km de ancho. Bajaron a tierra todo lo que necesitaban del velero y, por miedo a que lo descubrieran los ingleses, le prendieron fuego y lo destruyeron.

No tenían posibilidad de salir de aquella isla. Los diez primeros años de colonización estuvieron plagados de una serie de crímenes, desórdenes y arbitrariedades que, junto con las

enfermedades tropicales, hicieron que en 1808 sólo quedaran en la isla el inglés Alejandro Smith, llamado después John, ocho o nueve mujeres y algunos niños.

Este hombre pasó un tiempo abatido y desmoralizado, y se veía impotente para mantener y educar debidamente a las escasas personas con las que convivía.

Cierto día, entre los matorrales cercanos a su choza, vio un baúl que abrió y comenzó a extraer las ropas que contenía. Reconoció sus prendas, muchas de las cuales las había confeccionado su madre. Al llegar al fondo rozó con sus dedos un libro, que se apresuró a examinar. Sí, lo recordaba perfectamente, era la Biblia, el libro sagrado que su madre le puso en el baúl antes de partir, pero que apenas, en tantos años de marino, había leído.

Desde aquel día, inició una lectura exhaustiva de aquel libro y comprendió que para la buena convivencia entre las personas Dios había dado normas y preceptos que se debían cumplir.

Poco a poco introdujo entre las personas de aquella isla, principios y actitudes que entresacaba de dicha lectura. Sintió además en su corazón el escalofrío por el mal que había originado y, en aquella soledad selvática, se arrepintió por no haber hecho lo correcto en su vida, reconociendo la suprema bondad y el inmenso amor que Dios le había manifestado.

Poco a poco y día tras día los habitantes de aquella isla fueron cambiando y en el año 1815 cuando el buque inglés Britain visitó aquel lugar encontró una pequeña comunidad donde reinaba la paz y el orden.

No eran muchos los habitantes de Pitcairn, pero todos ellos eran conocedores de los principios bíblicos y del plan redentor de Jesús, porque un hombre dedicó un tiempo a estudiar, meditar y desarrollar el concepto de vida y de sociedad que Dios desea para la humanidad.

Posteriormente, un buque que recaló allí les llevó un paquete de revistas de la Iglesia Adventista y se dieron cuenta de que habían otras personas que creían y practicaban los mismos prin-

cipios bíblicos que ellos. Solicitaron la presencia de un ministro, para ser bautizados y de esta forma pertenecer a dicha iglesia.

La siguiente historia la he escuchado de los propios labios del hombre que la vivió. La contaba con los ojos llenos de lágrimas, por la emoción que le producía recordar los hechos y las circunstancias en que ocurrieron.

Había nacido en Mieres (Asturias) y antes de la Guerra Civil tenía una buena posición económica, pues como era sastre de profesión, había montado un taller en donde trabajaban varios operarios.

Pertenecía al Partido Comunista, en donde llegó a ser un miembro destacado, ya que era un hombre culto, de fácil oratoria, con gran afición a la lectura y un alto interés por el estudio.

Casado y con cuatro hijos disfrutaba en su hogar de una agradable vida familiar.

Llegó la Guerra Civil española y con ella le cambiaron todas las cosas.

Pero cuando más empeoró su situación fue al concluir la contienda bélica. Se quedó viudo y además fue encarcelado dados sus antecedentes políticos. Sus hijos habían sido llevados a Francia y allí fueron adoptados por otras familias, perdiendo de esta forma todo contacto con ellos.

Pasó muchos años encarcelado y su única distracción fueron los libros. En su interior iba haciendo acopio de rencor y desprecio hacia una sociedad que lo trataba tan injustamente. El odio se apropió de su pensamiento y su lenguaje se llenó de improperios hacia todo lo que le rodeaba. Se convirtió en un hombre duro y vengativo.

Por fin le concedieron la libertad, después de muchos años. En la propia ciudad de Oviedo fue a solicitar trabajo, pero en cada caso le era denegado o le daban largas al asunto.

Pensó que tal vez en Barcelona, donde la industria textil era mayor, pudiera encontrar empleo, así que se trasladó a esta capital.

En un principio el resultado fue el mismo no había ningún patrono que le quisiera emplear, ya que lo primero que pedían eran los antecedentes penales. Luego, más tarde, encontró un puesto de trabajo.

Pasaba el tiempo, pero él no se encontraba feliz con su vida. El resentimiento, la soledad, el no saber nada de sus hijos, iba empeorando su situación hasta tal punto que, un día, sentado en un banco de la plaza de Cataluña, tan solo, frustrado, desmoralizado y totalmente desesperado, sintiendo que las circunstancias le habían vencido, tomó una decisión: se iría al puerto de la ciudad y se acabarían para siempre sus sufrimientos, pues se quitaría la vida tirándose a sus aguas.

Cansinamente, con lentitud, emprendió el fatídico trayecto, empezando por la rambla de Canaletas. Allí hay muchos quioscos con prensa y libros que aún sin quererlo llamaron su atención. Al dirigir su mirada hacia uno de ellos vio que el título era La conquista de la vida. Aquel título le pareció una burla que la misma vida le hacía a él y se preguntó: ¿es que merece la pena conquistarla?, ¿qué es lo que el autor querrá decir en este libro?.

Pasó de largo y continuó su camino. Aquel título seguía martilleando en su mente: «La conquista de la vida, de la vida...»

Volvió tras sus pasos y, de nuevo en el quiosco, miró el libro, luego en sus bolsillos y decidió de nuevo seguir su trayecto.

La palabra «vida» resonó en su cerebro en contraposición a la palabra «muerte». Él estaba decidido a quitársela en breves momentos y aquel libro pretendía que se la podía conquistar. ¿Para qué?

Volvió de nuevo al lugar y el vendedor, que sin lugar a dudas se había dado cuenta del ir y venir de aquel hombre, le preguntó:

- ¿Qué le ocurre buen hombre? ¿No se decide por ninguno?*
- Me gustaría comprar éste –respondió.*

Así fue como el libro pasó a sus manos y empezó a ser leído con gran avidez por su parte.

Iba bajando por las diferentes ramblas, la de las flores, la de los pájaros y leía, leía, entusiasmado sin darse cuenta de lo

que le rodeaba, hasta tal punto que, al llegar a la estatua de Colón, se sentó al pie de ella y continuó leyendo hasta que lo terminó.

Aquel libro contenía una filosofía de la vida que él no había leído en ningún otro. Pensó que el autor debía ser un hombre de un intelecto especial, de un conocimiento y comprensión de la naturaleza humana excepcional. Allí, en aquellas páginas, estaba en parte y a grandes rasgos lo que él hubiera deseado para su vida y que no encontró en todo cuanto había leído.

Llegado a este punto, el deseo de suicidarse se había transformado en deseo por conocer al autor de aquel libro.

Averiguó a través de la editorial y llegó a entrevistarse con él, que no era otro que mi tío Salvador Iserte, pastor de la Iglesia Adventista por aquel entonces destinado en Barcelona.

El libro, aunque no era de tipo religioso, estaba lleno de valores espirituales, todos fundamentados en las Sagradas Escrituras que, a través de su lectura, transformaron y dulcificaron los terribles pensamientos de aquel hombre desesperado.

El autor le regaló otros libros como Despierte a la vida, El arte de ser feliz, etc. Trató de ayudarle en otros aspectos y la buena amistad surgió entre ellos.

Más tarde empezó a estudiar la Biblia y pasó a formar parte de la Iglesia Adventista, que es en donde yo le conocí.

Su odio contra la humanidad, su rebelión contra Dios, se esfumaron de su pensamiento. Ahora su libro preferido eran las Sagradas Escrituras, donde había aprendido el amor de Dios y la redención a una nueva vida por el sacrificio de Jesús.

Luego se ocupó en buscar a sus hijos por Francia y tuvo la satisfacción de encontrarlos.

Es cierto que tenían otros hogares y otros padres, pero los dos mayores todavía se acordaban de él y tuvieron mucha alegría de volver abrazarle.

Les habló de todo lo que había encontrado gracias al estudio de la Palabra de Dios y les explicó ampliamente las verdades que en la Biblia se encuentran. Pasado un largo tiem-

po en compañía de ellos se volvió a Barcelona, en donde pudo trabajar de su profesión hasta su muerte.

Cuando abordábamos el tema sobre el origen del mal, comentábamos los textos que encontramos en el libro de Ezequiel 28:14-15 en las Sagradas Escrituras, que dicen así: «Tú, querubín grande, [...] perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad.»

Entonces, les decía a mis alumnos que este ángel fue una vez una de las criaturas más privilegiadas, ocupando un puesto inmediatamente inferior al del Hijo de Dios. Aquí es sin duda en donde radica la causa de su orgullo: quiso ser semejante a Dios. No se sentía satisfecho, la soberbia lo llevó sucesivamente a albergar la envidia, los celos, el odio, la rebelión y por fin lo arrastró a la ruina.

El orgullo es la raíz de todos los males, lo fue para Lucifer y lo sigue siendo en nuestros días. ¡Cuántas desgracias se evitarían, si los hombres erradicáramos de nuestras vidas todas esas cosas negativas y las sustituyéramos por la humildad, la comprensión el deseo de compartir y ayudar. En una palabra, poner en lugar del odio el amor.

Para ilustrar hasta qué punto es capaz de llegar el egoísmo y la envidia, les contaba la siguiente ilustración:

En cierto lugar vivían dos familias, en sus correspondientes casitas de campo, entre las cuales no había una muy buena relación. Los maridos respectivos siempre estaban en franca competencia por ver cuál de ellos tenía más posesiones, podía alcanzar mejor nivel económico y tener mayor poder adquisitivo.

Estaban llenos de orgullo y de avaricia y se miraban mutuamente con envidia, hasta tal punto, que si uno se compraba algo, el otro lo adquiriría mejor y mayor o de más elevado precio. Cada uno paseaba por delante del otro todo lo que se puede comprar con dinero, pensando que en eso reside la grandeza de los hombres. Por eso sufrían intensamente pues se

sentían desgraciados cuando veían que, en esa desenfrenada carrera, ninguno podía llegar a ser el vencedor.

Un buen día, cuenta la leyenda, uno de ellos se encontró en el camino con un extraño personaje, que le hizo una todavía más extraña proposición:

– Todo cuanto quieras te daré, tan sólo con que me lo pidas.

Los ojos de aquel hombre se abrieron como platos pensando que, por fin, había llegado el momento de ser más poderoso y más rico que su vecino, y preguntó:

– ¿Es cierto lo que me dices? ¿Todo, sin medida ni condición?

A lo que el personaje contestó:

– Sí, todo sin medida, pero sí con una condición.

El hombre respondió de inmediato, cada vez más interesado en el asunto:

– No importa, sea cual fuere la condición yo la cumpliré con tal que tú cumplas con lo que me has prometido.

Aquel extraño hombre continuó diciendo:

– La condición es que todo lo que tu pidas se le dará también a tu vecino pero en doble medida.

El rostro de aquel hombre cambió de color; primero blanco como el papel dada la sorpresa y desilusión que se había llevado, pero luego rojo por la cólera y la rabia que se había apoderado de él, pues sólo con pensar que su vecino, al cual tanto odiaba, pudiera poseer el doble de sus pertenencias, le corroía intensamente y le llenaba de tal envidia que le producía un intenso malestar.

Pensó en todo lo que le gustaría tener, pero las quería para él solo; no las quería compartir con nadie y mucho menos proporcionarle el doble a su odiado vecino.

Por fin se decidió a formular su petición.

Llegado a este punto de la historia, yo siempre hacía una pausa en la narración y preguntaba a mis alumnos que escuchaban con gran atención:

– ¿Qué pensáis vosotros que pidió?

Cada niño decía una cosa, pero nunca acertaron la que correspondía a lo que el hombre dijo, pues las mentes de los niños no eran tan perversas como lo fue la del hombre de la ilustración.

Odiaba tanto, tenía tanta envidia en su corazón que su cerebro quedó totalmente cegado –lógico resultado de lo que pasa cuando albergamos en él sentimientos tan negativos– y no vio las ventajas que podía obtener, sino el bien que le estaría proporcionando al otro y en un arranque de ira y de ofuscación, sin percatarse de lo que perdía, pronunció la siguiente petición:

– Quiero quedarme ciego de un ojo.

En su interior pensó que de esta forma su vecino al recibir el doble, quedaría totalmente ciego.

Al principio del curso contaba a mis alumnos, la siguiente parábola, advirtiéndoles desde el principio que pusieran mucha atención, pues luego me tendrían que decir el título que le pondrían y a qué me estaba refiriendo.

Había una vez un rey, bueno mejor dicho tres reyes, muy poderosos. Un cierto día, se dieron cuenta de que tenían un trozo de tierra en la que no habían plantado nada y decidieron hacer un maravilloso jardín y un frondoso bosque.

Se pusieron manos a la obra, y fue tanto el cariño que pusieron en ello que realmente cuando estuvo terminado se recrearon en su obra y lo encontraron todo maravilloso.

Los árboles eran grandes, frondosos y en sus ramas revoloteaban un sinfín de variados pájaros, que con sus trinos alegraban aquel lugar. El suelo estaba cubierto de toda clase de plantas y de hermosas flores de todas las formas y colores, dando al paisaje un encanto especial difícil de describir.

Todo era armonioso, perfecto hasta tal punto que, cada día, los reyes iban a este bosque y se paseaban regocijándose en todo lo que allí se encontraba.

Un día, al igual que tantos otros, decidieron hacer su acostumbrado paseo y cual no sería su sorpresa cuando se dieron cuenta de que todo el paisaje había cambiado. Las hojas de los árboles, antes verdes, eran amarillas; las flores, antes lozanas, se presentaban marchitas y los troncos se retorcieron como aquejados de una terrible enfermedad. ¿Qué había sucedido? Sin duda, algo muy grave.

Una profunda tristeza se apoderó de sus corazones. Algo extraño, devastador, había ocurrido. Seguramente algún enemigo había ido durante la noche y había extendido un terrible virus que había producido tan mortales efectos.

Los reyes se volvieron a su palacio y decidieron que no podían dejar abandonado, a su terrible suerte, a aquel bosque que con tanto amor habían plantado. Tenían que buscar un antídoto para ese malvado veneno que tanto daño había hecho.

Tenía que ser la savia especial de un árbol, que no estuviera contaminado y que contrarrestara tan maléfica acción.

Uno de los reyes se ofreció voluntario para hacer esto posible: llegado el momento oportuno se convertiría en semilla de árbol, se plantaría en la tierra, crecería entre ellos. Tenía que librarse del contagio de virus y crecer hasta que fuera tan alto que sus ramas pudieran extenderse y cubrir a todos los árboles enfermos y, dejando caer sus gotas de sana savia, los curara de sus terribles llagas.

Era muy arriesgado y tenía que permanecer alejado del virus, pues de lo contrario enfermaría y todo resultaría un fracaso.

Esperaban a que llegara el momento más idóneo para hacer semejante transformación, pero viendo que los árboles se retorcieron de dolor y que las lamentaciones y quejidos no cesaban, para llevarles esperanza, mandaron emisarios que les anunciaban que tuvieran paciencia, que les llegaría la liberación, que pronto nacería un árbol, en un principio pequeño, pero que sería el que los sanaría de todas sus dolencias.

Pasó el tiempo y llegado el momento que los reyes creyeron oportuno, buscaron en aquel bosque una tierra virgen, fértil, en

donde no se había plantado nada todavía y uno de ellos, convertido en semilla de árbol, se introdujo en ella.

Pasado un tiempo, nació el arbolito al que nadie dio importancia, dada su humilde condición. Bueno nadie no, pues el enemigo que había lanzado el dañino veneno, sí que se dio cuenta y quiso arrancarlo, pero de una forma misteriosa le fue escondido a su vista.

Más tarde, pasado el tiempo cuando ya el árbol había crecido, trató de contagiarle el virus, pero el árbol era fuerte y muy sano y resistió todos los ataques que este enemigo le preparaba.

Llegó un momento, cuando ya había crecido lo suficiente, que extendió sus ramas por encima de los pobres y dolientes árboles del bosque y de sus hojas cayeron las gotas de savia que fueron curando y restaurando todas las dolencias. Aquel jardín y aquellos árboles volvieron de nuevo a ser tan hermosos como lo habían sido en un principio.

Los niños daban diferentes títulos a esta parábola, pero siempre había alguno que casi acertaba con el título correcto: «El plan de la Salvación», el tema central de toda la Biblia.

El alumno lo titulaba «Lo que Jesús hizo por nosotros». Realmente a eso se refería la parábola. Dios creó un mundo perfecto, pero el terrible virus del pecado entró en él y con el pecado el dolor, la muerte y la destrucción. Pero tal como nos dice en su Palabra en el libro de Juan 3:16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no se pierda mas tenga vida eterna», de esta forma todo llegará a ser de nuevo hermoso tal como Él lo creó.

Cuando comentábamos el tema sobre los Mandamientos de la Ley de Dios, trataba de explicarles que no era una pesada carga llena de privaciones y obligaciones que Dios nos imponía; por el contrario, eran una ayuda puesta a nuestro alcance para nuestro bien. Para ello les contaba la siguiente ilustración:

En cierta ocasión un padre le encargó a su hijo la supervisión de todo lo relacionado con la construcción de una hermosa casa, pues él tenía que marchar a un largo viaje y no lo podía hacer personalmente.

Para ello le dejó diseñados con todo detalle los planos en los que se podía apreciar claramente todo lo que quería construir y, sobre todo, el lugar exacto de su ubicación. Le recomendó que lo hiciera tal como estaba, sin cambiar nada en absoluto.

El hijo, el cual se consideraba obediente a su padre, estuvo conforme y cuando se quedó solo se puso manos a la obra.

Vio que la casa era perfecta, le encantaba la distribución de cada una de sus dependencias y también el lugar en donde se las había ubicado.

Fue revisando minuciosamente todos los aspectos, realmente lo encontró todo perfecto y empezó a ordenar que se construyera.

Solamente había una cosa que no era de su total complacencia. No, no le gustaba en absoluto el lugar en donde su padre había colocado el pozo. Estaba demasiado alejado, y en ese lugar no contribuiría en nada a la decoración de la casa y resultaría muy cansado ir a por el agua que se necesitara. No comprendía porqué su padre lo había colocado en semejante lugar, por lo tanto él lo cambiaría. Había sido obediente en todo, total por un pequeño detalle que no cumpliera, pensó que no tendría importancia y que su padre lo comprendería.

El problema fue que, cuando perforaron la tierra para hacer el pozo, por más que ahondaron y ahondaron no pudieron encontrar ni una sola gota de agua, pues realmente la veta de tan preciado líquido se encontraba en el lugar que le había indicado su padre.

El hijo aprendió la lección. Sólo había obedecido en lo que a él le había parecido bien y era conforme con sus gustos, y tenía que haber cumplido la voluntad de su padre en todo, pues era el que realmente conocía palmo a palmo el terreno en donde iba a edificar.

El Señor nos conoce perfectamente y nos marca las pautas a seguir para nuestro buen funcionamiento, cual maravilloso artífice que conoce con exactitud nuestras necesidades.

Eso sí, cual escalera en donde no puede faltar ningún pedazo, tenemos que obedecer cada uno de sus mandamientos, sin modificar ni anular alguno de ellos según nuestra conveniencia o nuestro propio criterio. De lo contrario no nos podremos beneficiar de sus múltiples bendiciones.

Para ilustrar lo importante que es ser íntegros y consecuentes con nuestras decisiones, les contaba la siguiente ilustración:

En cierta ocasión, los habitantes de un pueblo decidieron recibir a uno de sus gobernantes con un hecho insólito: construirían en la plaza principal de la población una gran fuente que por sus surtidores en lugar de agua proporcionara leche. Con tal fin, cada uno de ellos debería poner en el gran depósito que tenía dicha fuente un cántaro de leche, para que de esta forma se hiciera realidad un acontecimiento tan poco usual.

Todos los vecinos estuvieron conformes con tal decisión y, una vez construida la famosa fuente, se dispusieron a cumplir con su parte.

Una familia, más bien avara que pobre, pensó que ella no iba a desperdiciar su tan preciada leche en un acontecimiento como aquél. Aunque en su momento, habían votado afirmativamente a favor de la idea, pensaron que entre tanta leche de los cántaros de los otros vecinos no se notaría si ellos ponían agua en su lugar, y así lo hicieron.

Llegó el día tan esperado, y cuando todos estaban reunidos en la plaza y el señor alcalde manipuló los mandos que darían paso a tan ansiado milagro, cual no sería la sorpresa de todos los presentes al ver que de la fuente sólo salía agua.

Todos habían pensado lo mismo: camuflar su engaño entre la lealtad de los demás.

Cuando nuestros actos son consecuencia de una simple apariencia y que no coinciden con lo que sentimos en nuestro interior, tarde o temprano quedarán desenmascarados produciendo en nosotros y en los demás una terrible frustración. Tenemos que ser honestos y consecuentes con nosotros mismos y con los que nos rodean, firmes en nuestras decisiones si es que queremos alcanzar algo en esta vida que merezca la pena conseguir.

Para ilustrar que es necesario estudiar y trabajar con perseverancia y ahínco a pesar de las dificultades y, sobre todo, las pocas ganas que se tienen en algunos momentos, les contaba la historia de las dos ranas.

En cierta ocasión, un niño atrapó una rana de una charca abundante en la que nunca faltaba agua, ni tan siquiera en los momentos de más calor. Estaba rodeada de altas hierbas y unas hermosas piedras, en donde la rana se colocaba y tomaba tranquilamente el sol. Tenía tantos insectos a su alrededor que tan, solo abriendo su boca, conseguía el alimento sin tener que trabajar, pues todo se lo daba la naturaleza.

Luego atrapó también una segunda rana, pero ésta no era tan afortunada. La pobrecita había vivido en una charca pequeña y escasa de agua, la cual se quedaba casi seca en temporada de verano, así que se las veía y se las deseaba para poder humedecer un poco su piel rozándola con el barro que quedaba.

Al llegar a su casa puso a las dos ranas en una palangana con agua en la que puso unas piedras para que las ranas se encontraran cómodas y pensaran que estaban en su habitat natural. En cuanto el niño se alejó para realizar sus tareas cotidianas, las ranas aprovecharon las piedras para tomar impulso y saltar fuera del recipiente buscando su libertad, con tan mala fortuna que fueron a parar dentro de un balde de leche recién ordeñada. ¡Pobres, en un líquido elemento que no era el suyo! Sólo les esperaba la muerte.

Se entabló una conversación entre ellas y la rolliza rana, sin recursos a dónde acudir, se lamentaba y decía que no ha-

bía nada que hacer, que sólo les esperaba la muerte y se quedó quieta esperándola, la cual no tardó en llegar. Por el contrario la otra, que estaba acostumbrada a batallar duro para sobrevivir, no se rindió ante su suerte y empezó a mover sus patas y a luchar, a luchar hasta tal punto que consiguió con su movimiento batir la leche y, con ello, formar una pequeña bola de mantequilla, la cual le sirvió como punto de apoyo para dar un salto que le permitió salir y, por lo tanto, salvarse.

Al concluir, les aconsejaba ir marcando en sus vidas diferentes metas para alcanzar; primero pequeñas, pues luego, al conseguirlas éstas les servirían de apoyo para lograr otras más importantes, pero siempre sin desfallecer, para esta forma con trabajo y perseverancia poder obtener retos mayores.

Para hacer comprender a mis alumnos la necesidad de aprovechar hasta el máximo el tiempo que se nos concede en nuestras vidas, especialmente en la juventud, les contaba la siguiente ilustración:

Ciertos beduinos del desierto, estaban descansando a la puerta de sus tiendas lamentándose de lo dura que era su vida, siempre viajando en un medio tan inhóspito para obtener tan escasos beneficios.

De pronto se les presentó un extraño personaje que les dijo:

– No os lamentéis más, si hacéis lo que yo os diga seréis los hombres más ricos de este mundo.

Entre la incredulidad y el asombro le contestaron:

– Estamos dispuestos, haremos lo que tú nos digas, con tal de dejar esta miserable vida que llevamos.

– Es fácil –prosiguió–, sólo tenéis que coger un saco cuanto más grande mejor y cargarlo a vuestras espaldas. Mientras camináis por el desierto tendréis que ir metiendo en él cuantas piedras encontréis, cuanto mayores mejor. Cuando lleguéis a vuestro destino, sólo tenéis que contarlas y, con esto, seréis ricos.

El personaje desapareció dejando perplejos y un tanto desconcertados a los beduinos, los cuales marcharon a sus respectivas tiendas para descansar sin entender absolutamente nada.

Al amanecer, algunos se prepararon con un gran saco para cumplir con aquella extraña orden que se les había dado, pero otros ya ni se acordaban de tan absurdo hecho, pues pensaron que sólo les faltaba eso, cargar con un montón de inútiles piedras para colmo de sus desgracias.

En un principio todo marchaba bien, pero, a medida que el día avanzaba y aumentaba el terrible calor, algunos empezaron a desanimarse y abandonaron el saco. Otros seguían cogiendo piedras, pero del tamaño más pequeño que encontraban para no llevar tanto peso. Sólo unos pocos siguieron con el proyecto y al llegar al lugar de destino, sin aliento, agotados hasta el máximo pero con mucha expectación, abrieron sus respectivos sacos para contar las piedras, tal como les había dicho aquel extraño hombre, y cual no sería su asombro al ver que cada piedra se había convertido en reluciente oro.

Por supuesto, aquéllos que no habían cogido los sacos desde un principio, los que se habían desanimado y no habían sido constantes y lo habían abandonado en el camino, y aquéllos que sólo se habían fijado en lo pesado de la tarea, se quedaron muertos de envidia al ver que habían desperdiciado una excelente ocasión.

Cuando estamos en los colegios o escuelas nos parece muy pesada la tarea del estudio y pensamos que no sirve para nada. Algunos se desaniman y abandonan; otros, al igual que aquellos que cogían piedras pero del tamaño más pequeño, practican la «ley del mínimo esfuerzo», sólo para ir pasando. Pensemos que todo lo que ahora almacenemos, puede convertirse en un futuro, al igual que las piedras, en verdadero oro.

Recordemos las sabias palabras de las Sagradas Escrituras que dicen: «Hay un tiempo para cada cosa» y aprovechemos al máximo nuestro momento de hoy.

Estas son unas pequeñas muestras de las muchas ilustraciones que les he contado a mis alumnos y que nos han hecho pasar juntos momentos extraordinarios, que han sido el punto de partida de conversaciones y coloquios enriquecedores tratando de dar contestación, de la forma más amena y pedagógica, a las múltiples preguntas que en estas edades se les plantean.

CAPÍTULO XIII

¡Hacia adelante!

Cuando se ha visto nacer a un colegio y luego concluyes tus años de docencia en él, se termina queriéndolo como si de un hijo se tratara. Tal como hacemos los padres con los nuestros, nos agrada mencionar aquellos hechos que han sido importantes en su vida y los relatas con gozo, satisfacción y orgullo.

Es por lo que en este capítulo me gustaría dejar constancia de logros que hemos alcanzado como institución al igual que ciertos acontecimientos importantes que hemos celebrado a lo largo de la trayectoria del Colegio Urgel.

Ya he relatado cómo fue su nacimiento, cual niño indefenso, con una precaria economía, con recursos aportados única y exclusivamente por padres y demás personas que tenían fe en la educación cristiana adventista. Luego, el colegio fue creciendo



Agradecimiento de los ex-alumnos Pere Llorca y Jaume Llopis con motivo del 25 aniversario del Colegio Urgel.

y llegó a su adolescencia. Se nos concedió la subvención que nos permitió pasar de ser un colegio privado a uno concertado en el año 1984, siendo todavía Director el Sr. Avelino Sáez.

Este acontecimiento favoreció en mucho su crecimiento y en el año 1985 pudimos celebrar su 25 aniversario.

Para tal acontecimiento se preparó una gran fiesta que celebramos en el comedor del mismo colegio. Alumnos de las primeras promociones acudieron con el fin de revivir momentos inolvidables y anécdotas graciosas que ellos recordaron con simpatía.

Un gran pastel coronó la cena, que fue la delicia de todos los paladares de los allí presentes.

En el año 1991 dijimos adiós al Sr. Avelino. Había llegado el momento de su jubilación.

Había permanecido todos los años dirigiendo la institución sin dar la mínima muestra de cansancio, con el mismo entusiasmo e ilusión que había en él aquel primer año de su fundación. Promociones y más promociones de alumnos habían pasado por sus aulas y ahora venían a manifestarle, con su presencia, el mucho cariño que le tenían y lo mucho que le recordaban.

Constituyó una entrañable fiesta, un homenaje cálido, sentimental y bien merecido que se le ofreció al igual que a su esposa Carmen Rovira.

Desde estas líneas rindo homenaje a tal entregado hombre que supo gastar su vida en una de las más nobles tareas, la de educar.

El tiempo pasa, la escuela evoluciona, las generaciones se suceden, las costumbres se transforman, pero hay algo que siempre se mantiene: la huella que deja una persona dedicada a realizar una buena educación.

¡Un cariñoso abrazo, Avelino!

En un principio le sustituyó como Director el Sr. José Luis De la Fuente. Luego, más tarde, en el año 1992 llegó para ocupar el cargo el Sr. Antonio Polo, actual Director del centro.

Recuerdo cuáles fueron sus palabras, escritas en el editorial de la revista escolar de ese año:



Con «mama Fina» y el Sr. Avelino.

Luchamos y lucharemos por una educación cristiana, moderna, innovadora y competitiva, con calidad para alcanzar el éxito escolar como elemento que impregne de satisfacción el esfuerzo individual y colectivo al servicio de la formación de todos los protagonistas: alumnos, profesores, padres y todas las personas implicadas en el hecho escolar.

El Colegio Urgel, os invita a compartir con ilusión, imaginación y creatividad un proyecto de escuela cristiana que integre de forma respetuosa el espíritu del Evangelio en todo su programa de enseñanza.

El tiempo transcurría y la actividad en el colegio continuaba: trasiego de niños por los pasillos, clases y más clases, fiestas escolares, salidas culturales, visitas a diferentes lugares, colonias, etc.; todas esas cosas que hacen viva a una institución y que sólo con recordarlo me hacen estremecer de nostalgia.

El 26 de junio del año 1995 tuvo lugar un acontecimiento digno de ser mencionado. El Sr. Avelino fue altamente distinguido

por el Gobierno de la Generalitat al otorgarle la medalla «President Macià» al mérito al trabajo, como reconocimiento de su contribución, esfuerzo y dedicación a fundar, mantener e impulsar de una manera extraordinaria una institución educativa única en toda Cataluña. El acto de la entrega fue presidido por el Presidente Honorable Jordi Pujol y se celebró en el Salón de «Sant Jordi» del Palau de la Generalitat.

El colegio crecía y el número de alumnos iba aumentando por lo que se hizo necesario ampliar las instalaciones. Es por lo que en el año 1997 se inauguraron dos nuevas aulas y un nuevo patio de juegos en la última planta del edificio. Habíamos crecido un poco más, cosa necesaria e imprescindible para poder adaptar el colegio a la reforma educativa y dar un importantísimo paso para consolidar las tres etapas que queríamos ofrecer: educación infantil, primaria y secundaria.

Un segundo acontecimiento marcó la crónica de este año: la entrega del premio «Barcelona Solidaritat» al Dr. Ferran Sabaté i Caselles, ex-alumno de la primera promoción y miembro del Consejo Escolar del Centro. Este premio se le concedió en virtud de su trayectoria personal en el ámbito de la cooperación y la solidaridad con la infancia, en diversas zonas del mundo. El acto se celebró el día 26 de noviembre en el histórico «Saló de Cent» del Ayuntamiento de Barcelona, presidido por la Segunda Teniente de Alcalde, Excelentísima Dña. Eulalia Vintró.

El colegio, como organismo vivo, necesitaba formarse y adaptarse progresivamente en función de sus necesidades de espacio, de instalaciones, de recursos didácticos y de nuevos planes de estudio. Para tal efecto, en el año 1998, se ocupó un local contiguo al colegio y se inauguraron nuevas aulas y dependencias con lo que se pudo ofrecer una nueva imagen más atractiva y unos resultados académicos óptimos.



Homenaje de despedida al señor Avelino Sáez con motivo de su jubilación.



El profesor Avelino Sáez recibiendo de manos del entonces Presidente de la Generalitat, Honorable Jordi Pujol, la medalla «President Macià» al mérito al trabajo.

El curso 1999-2000 lo recuerdo con gratitud. En este año inauguramos la emisora escolar «Urgell Ràdio». Con este nuevo taller ampliábamos nuestra oferta educativa.

Celebramos también el 40 aniversario del colegio, en cuyo acto se ofreció un homenaje a los padres de los alumnos de la primera promoción, en los salones del Hotel President de Barcelona. Se recordó por medio de algunos parlamentos toda la trayectoria del colegio, que se puede resumir en tres palabras: compromiso, experiencia e ilusión.

Compromiso por parte de todos: padres, alumnos, profesores y demás personas vinculadas al proyecto educativo. Experiencia avalada por los cuarenta años de un trabajo serio hecho en equipo, con valor, fe y esperanza para seguir haciendo las cosas mejor. Ilusión en un proyecto de educación coherente con los principios del Evangelio.

Me gustaría dejar constancia de una de las intervenciones, realizada por uno de los ex-alumnos de la primera promoción, el Sr. Jordi Abad: que relata su experiencia personal a través de sus ojos de niño.

En 1960 yo tenía 6 años. De lo que pasaba en el mundo, no me daba cuenta.

Los años 60 fueron tiempos de esfuerzos ímprobos. Las consecuencias de las contiendas bélicas empezaban a desaparecer y daba la sensación de que el triunfalismo defendido por el Régimen con su política de autarquía, nos abocaba en un tobogán interminable de trabajo y prosperidad. Pero, yo... no me daba cuenta.

España se seguía llenando de pantanos. Los extranjeros comenzaban a llegar en riadas interminables. El 600 se adueñaba de las carreteras del país. La Seguridad Social acogía a todos los trabajadores. Los botes de leche en polvo y los colchones del plan Marshall empezaban a ser historia.

Pero, yo... no me daba cuenta.

Severo Ochoa y Juan Ramón Jiménez aún tenían recién entregados sus respectivos Premios Nobel. Manolo Santana

empezaba a destacar como deportista internacional. El 17 de abril el Barça se proclama campeón de liga por octava vez y el 18 de mayo el Madrid consigue su quinta copa europea.

Parecía que la libertad y la prosperidad estaban llamando a nuestras puertas con ansias de ser recibidas.

Pero, yo... no me daba cuenta.

Como dice el refrán: no es oro todo lo que reluce. Todavía se podía leer en algunos lugares la frase de «Prohibido hablar en lengua vernácula». Todavía se miraba con desdén a quien no simpatizaba con el Régimen. Todavía se despreciaba a quien no estuviera afiliado a las acciones promovidas por el Nacionalcatolicismo.

Pero, yo era pequeño y no me daba cuenta.

Todavía se nos helaban las piernas en las colas para conseguir petróleo para nuestras estufas. Todavía los trenes, repletos de vagones de tercera, surcaban los raíles españoles conduciendo la emigración. Todavía convivían varias familias en habitaciones de alquiler.

Pero, de eso tampoco me daba cuenta.

Eran tiempos en los que nos tachaban de protestantes. A nuestros pastores los seguía la policía porque «eran rojos». A nuestras iglesias se asomaba la policía secreta para cerciorarse de nuestras actividades: nos tenían por «masones». Nuestros templos no obtenían autorización legal para ser construidos y tenían que camuflarse como almacenes de madera o patatas. Teníamos que estudiar la Biblia en hojas copiadas en multicopista, porque no podíamos imprimir nuestras lecciones de la Escuela Sabática. Nuestros jóvenes eran sometidos a encarcelamientos y consejos de guerra por ser fieles a sus convicciones religiosas. Incluso a nuestros muertos les estorbaban su último descanso: debían ser enterrados en el lugar reservado a gente de mal vivir.

La apariencia de libertad no era más que un maquillaje que el régimen se encargaba de extender cuando las relacio-

nes públicas lo indicaban oportuno. La única libertad posible en aquellos momentos era la de la conciencia, la de los propósitos, la del espíritu, la de los sueños. Eran tiempos duros, en los que todo costaba un doble esfuerzo.

Pero mi mente infantil aún era muy tierna... y ni se daba cuenta. 1960 nos trajo un verano intenso. Se fraguaba el Concilio Vaticano II, con sus aperturas y comprensiones. Pero aún no había llegado ese espíritu a nuestras autoridades. Pastores, padres y miembros de iglesia no cejaban en sus esfuerzos para conseguir abrir un centro docente. Pero tampoco de eso me daba cuenta.

El otoño asomó trayendo consigo un nuevo curso escolar. Mi madre me acompañó al colegio. En aquel tiempo, los padres sólo podían trabajar muchas horas al día para poder ganar la subsistencia y eran las madres quienes llevaban a los hijos hasta la escuela.

No todos los niños que yo conocía estaban en aquel colegio, pero los que estaban me eran conocidos. Recuerdo que inauguramos el curso en el hogar de jóvenes de la Iglesia de Urgell. Se dijeron palabras que no recuerdo, pero sí recuerdo que se terminó el acto con una oración. Yo era demasiado pequeño para darme cuenta de lo que aquellas palabras de agradecimiento a Dios significaban.

Nos asignaron las aulas. Recuerdo la voz y la expresión de la señorita. Daba la sensación de habernos conocido de siempre. Yo me sentía querido por esa persona.

Y de eso... sí me daba cuenta.

Nos entregaba una cartulina cada día, en la que debíamos reflejar un pensamiento que ella escribía en la pizarra. Yo, apenas sabía hacer palotes y me limitaba a repasar con lápices de colores las tenues líneas que previamente la señorita había dibujado:

«No digas nunca palabras feas, es como si tuvieras basura en la boca.»

«Lo mejor que tienes en el mundo es tu mamá, ayúdala y no la hagas sufrir.»

«¡Cuánta gratitud debes a tu padre! Con su trabajo gana tu sustento. Respétale y obedécele.»

Esas líneas que yo repasaba con mis lápices de colores, llevaban consigo horas de esfuerzo y desvelo de aquella señorita entregada.

Pero yo... no me daba cuenta.

Llegó el curso 1961-1962 y había adquirido la suficiente destreza manual como para calcar las láminas que Don Avelino dibujaba para nosotros, sacando tiempo del sueño.

Pero, tampoco de eso me daba cuenta.

Tampoco me percataba entonces de las noches que mamá Fina quedaba acurrucada entre las cacerolas para poder preparar la comida del día siguiente.

Tampoco mi mente infantil era capaz de valorar los esfuerzos de nuestros padres para que nuestra educación transcurriera por caminos cristianos.

Hoy, con la perspectiva que ofrece el tiempo, me doy cuenta.

Me doy cuenta del esfuerzo y la fe que llevaba consigo aquel acto inaugural en el hogar de jóvenes.

Me doy cuenta de la abnegación con que aquellos hombres y mujeres se lanzaron a una singladura de difícil travesía.

Me doy cuenta de los riesgos que afrontaron en un ambiente privado de libertad.

Me doy cuenta de los desvelos que por nosotros tuvieron los miembros del equipo docente.

Me doy cuenta de los cuidados que Dios ha prodigado a la labor educativa de este colegio.

Y por ello, siendo portador de las voces de mis compañeros de curso, deseo agradecer:

En primer lugar a nuestro buen Dios, por su guía y su cuidado.

A nuestros padres, por su abnegación hacia nosotros.

A nuestros profesores por sus desvelos.

A nuestros pastores por sus gestiones.

A nuestras autoridades por administrar la libertad en la que hoy nuestros hijos pueden gozar de una educación cristiana.

Por ello deseo que estas palabras, más que un recuerdo, sean nuestro agradecimiento, nuestro homenaje y nuestra disposición a seguir sirviendo a las nuevas generaciones.

Uno de los hechos más significativos del curso 2000-2001 fue la firma del Convenio de Cooperación entre la Universidad Adventista de Bolivia y el Colegio Urgel. Este convenio representaba un punto de partida para fomentar las relaciones de cooperación e intercambio entre las dos instituciones: facilitar cursos de formación y reciclaje del personal docente, editar conjuntamente material didáctico, fomentar la integración de la fe en el aprendizaje, compartir material, promover intercambios de profesores y estudiantes.

Para poder llevar a cabo este compromiso tuvimos la visita del profesor don Guido Medina, presidente de la Universidad Adventista de Bolivia.

Cada año transcurrido ha sido como un peldaño más que nos ha ido acercando poco a poco al ideal de colegio que con ilusión nos habíamos forjado. Siempre hemos tenido motivos para estar contentos y agradecidos hacia Dios y en el curso 2001-2002 todavía los tuvimos más al recibir la autorización definitiva para impartir la Educación Secundaria Obligatoria (E.S.O.), que juntamente con la autorización de la Educación Infantil y Primaria, completaba la oferta del colegio con una capacidad de 340 puestos escolares. Tal como decía nuestro Director Don Antonio Polo en la revista escolar de ese año:

«Queremos agradecer a todas las instituciones y personas que han hecho posible esta realidad.

Al Departamento de Enseñanza por su reconocimiento oficial, a nuestras instituciones superiores (División Euroafricana, Unión Española, Departamento de Educación) por



Cuarenta años después con la la primera promoción.

su apoyo humano y económico; a las Iglesias Adventistas del Distrito de Barcelona y de una forma especial a la Iglesia de Urgell por su tan demostrada generosidad.

Como institución también nos sentimos deudores con las personas que nos han regalado el don de su tiempo, de su ilusión y su esperanza.

Gracias a todos los componentes de los consejos directivos, de los consejos escolares y de los claustros de profesores.

También nuestro agradecimiento a todos los padres y madres de los alumnos que con su confianza y sus aportaciones económicas han contribuido decisivamente a la culminación de este proyecto.



Con mis alumnas Miriam y Rodessa en junio del año 2000.

Hasta aquí nos ayudó el Señor y, aunque por motivos de mi edad tengo que dejar mi tarea docente, ¡siempre la conservaré en mi corazón!

Me despido con las palabras de una canción del cantautor Lluís Llach, que dice:

*«Enterrem la nit, enterrem la por,
apartem els núvols que ens amaguen la claror.
Hem de veure-hi clar.
El camí es llarg i ja no tenim temps d'equivocar-nos.
Cal anar endavant, sense perdre el pas,
cal regar la terra amb suor del dur treball,
cal que neixin flors a cada instant...»*

«Enterremos la noche, enterremos el miedo,
apartemos las nubes que nos ocultan la luz.
Hemos de verlo claro.
El camino es largo y ya no tenemos tiempo de equivocarnos.
Hemos de ir adelante, sin perder el ritmo,
ha de regarse la tierra con el sudor del duro trabajo,
han de nacer flores a cada paso...»

CAPÍTULO XIV

... Y fui maestra como Tú

No creo que merezca un reconocimiento especial, pues sencillamente y durante toda mi vida lo único que he hecho ha sido trabajar en aquéllo que me ha gustado: es decir, en lo que ha sido mi vocación, y me parece que eso es de lo más normal y que no tiene merito alguno.

No obstante, a pesar de todo, el día 9 de noviembre del año 2002 me sentí como si fuera «Violeta en el país de las maravillas».

Se me estaba ofreciendo un sentido y caluroso homenaje, arropada con la presencia de toda mi familia, mis amigos, compañeros de profesión, padres y alumnos de diferentes promociones. Me sentía orgullosa, pero no de mí, sino de haber podido dedicar mi vida a la docencia. El Duo Baget-Bañados, dos músicos de talla internacional, estaban interpretando un concierto a violín y piano. ¡Casi no me lo podía creer! ¡Era como si lo estuviera soñando! Me di cuenta de que era realidad cuando, al contemplar a aquella magistral y virtuosa violinista, vino a mi mente una niña de cinco años con sus coletas sentada en un pupitre de mi aula. Sí, era Anna Baget y yo fui su primera maestra. Estaba ofreciéndome lo mejor que me podía entregar: su arte y su cariño. Un nudo se me hizo en la garganta y reconozco que fui feliz.

De pronto me vi sentada en el estrado de la sala de actos en una hermosa silla, la emoción embargaba todo mi ser. Un tanto aturdida por los aplausos que me prodigaban, fui escuchando las palabras que me eran ofrecidas. Reconozco que no sabía qué hacer, si llorar o reír. ¡Era todo tan maravilloso e inesperado! Jordi Abad, ex-alumno de la primera promoción, agradecía mi actuación como docente junto con algunos recuerdos de su infancia vividos en el colegio.

El Sr. Avelino, recordando acontecimientos que habíamos compartido, me estaba invitando a entrar al «club de los que no distinguen el lunes del domingo»; esto último me hizo reír y, como si me hubieran puesto un resorte, salté de la silla y poniéndome en pie me acerqué y le di un abrazo con todo el cariño de mi ser.

¡Era demasiado! Las emociones aceleraban por momentos el ritmo de mi corazón, a la vez que mi mente me aconsejaba un poco de tranquilidad, para poder seguir escuchando las palabras del Director que en esos momentos tomaba la palabra.

Visiblemente emocionado, el Sr. Antonio Polo hizo mención a las palabras que estaban escritas en la pared que se encontraba a mi espalda, que al ser doradas me parecieron en aquellos momentos como troqueladas en oro. Se referían al texto que se encuentra en las Sagradas Escrituras, en el libro de Proverbios 3:35, que dice: «*Los sabios recibirán honor por herencia.*»

Mientras le estaba escuchando no pude evitar un sentimiento de agradecimiento a Dios, que es el único que merece todo el honor y la honra.

Las cariñosas palabras del Director de educación adventista en España, Sr. Joan Llorca, me hicieron reflexionar, pues me dijo que yo había tenido el placer de colaborar con Dios y con las familias en el ministerio más dulce que hay en esta Tierra y cuya dilatada trascendencia sólo a la luz de la eternidad acabaremos de entender: la redención de nuestros hijos. Pues educar y redimir son una misma cosa.

La satisfacción llenaba todo mi ser; creo que si se hubiera podido materializar, hubiera podido compararse al estallido de las carcasas en los fuegos artificiales. Era como un verdadero volcán cuya lava removiendo las entrañas de la Tierra, pugna por salir a la superficie llenándolo todo de colorido y calor. Sin poder contenerme me levanté de nuevo, le abracé y él, cogiéndome de la mano en un acto de fraternal cariño, solicitó que todos juntos hiciéramos una oración.



Un instante de mi homenaje.

Cada una de las palabras que me fueron dirigidas las recuerdo como si hubieran sido grabadas en mi memoria con fuego, porque realmente sentí que era el calor del cariño el que las inspiraba. Las guardaré en mi corazón como mi mayor tesoro.

Emocionada me levanté y pronuncié las siguientes palabras que salieron de una forma espontánea del fondo de mi corazón y que, gracias a que quedaron registradas, las puedo transcribir exactamente a continuación:

«Gracias en primer lugar a Dios, porque sin su ayuda y bendición ni las personas ni las instituciones seríamos nada ni nadie.

»Gracias a cada uno de vosotros queridos alumnos que estáis aquí representando a cada una de las promociones que desde el año 1960 hasta hoy han pasado por las aulas de este colegio.



El actual Director del colegio Antonio Polo, junto a Joan Llorca, Director de Educación Adventista en España, el Sr. Avelino Sáez, ex-Director del colegio, y Jordi Abad, ex-alumno.

»Gracias al Colegio Urgel al cual vi nacer como un niño pequeño e indefenso y que ahora dejo robusto, fuerte y vigoroso.

»Gracias a vosotros queridos padres por haber confiado a vuestros hijos, el don más preciado que el cielo nos puede conceder en esta Tierra, a nuestra educación cristiana adventista, la cual todos los profesores hemos impartido de la mejor forma que hemos sabido.

»Gracias a la directiva del colegio, tanto la anterior con el Sr. Avelino como a la actual formada por Antonio Polo y Manel López. Juntos hemos trabajado y luchado por llevar a cabo cada uno de los proyectos que con ilusión nos hemos forjado.

»Gracias a mis queridos compañeros, a los cuales llevaré siempre en mi corazón.

»Gracias a mi querida familia, que tengo aquí presente, y que en tantas ocasiones me ha apoyado y me ha dado su compañía y amor.

»Gracias a vosotros mis amigos, que habéis venido a dar ese calor humano el cual es tan necesario en todas las ocasiones importantes de nuestra vida.

»Gracias al Director de Educación Adventista en España por su presencia y su cariño.

»En esta tarde quisiera rendir un homenaje especial a la hermosa profesión de maestra de la que he estado toda mi vida enamorada y en la que he sido inmensamente feliz. Profesión que encierra el elixir de la juventud. Cuando trabajas con los más pequeñitos te llenan de ternura. Cuando trabajas con los alumnos de primaria te contagian el deseo de vivir y cuando estas con los jóvenes de secundaria te hacen rejuvenecer. Aunque los años pasen y dejen su huella en tu cuerpo siempre eres una "señorita". Es por lo que en más de una ocasión he dicho que si volviera a nacer volvería a ser maestra.



Entrega por el Presidente de la Generalitat el Honorable Pascual Maragall, de la medalla «President Macià» a Violeta Balué Iserte, como reconocimiento a su profesionalidad y espíritu de servicio en el campo de la docencia.

»Tres sueños tuve en mi infancia, muy difíciles de alcanzar, por las circunstancias que me rodeaban. El primero poder ser maestra, el segundo trabajar en un colegio en el que no existiera discriminación alguna y el tercero ser «maestra de maestros». Los tres los he visto realizados. ¿Qué más puedo pedir?

»Un sueño me queda por ver cumplido y es el momento en el que vea a mi Salvador y Redentor cara a cara poder decirle:

– Rindo con brevedad la cuenta de mis días, en una sola frase: Gracias Señor porque yo fui maestra como Tú.»

A VIOLETA

*Naciste siendo amada
Mimada, cobijada
Creciste bajo el alero
De enseñanzas divinas y preciadas
Rodeada de árboles, montes y cascadas
Cascadas llenas de amor que caían de lo alto
Para cuidarte como hasta hoy cada mañana
Cuando joven decidiste que la enseñanza sería tu aliada
Para educar, crear, moldear
Y también devolver tantas horas a ti dadas
Y las devolviste con creces
Nunca lo dudes
Mujer de profunda mirada
Quién no recordará tus palabras y andanzas
Y añorará aquellos días
En que deslumbrabas con historias llenas
De fe, de paz y alma
Alma llena de sabia experiencia
Atesoradas en tu infancia y adolescencia
Y que has ido sembrando a lo largo
De tu bien cuidado camino
En tus hijos, en otros, en nosotros
Hoy te marchas
Después de tantos años de dar con amor,
Dedicación, regocijo
Porqué no decirlo también, con sacrificio
Hoy te marchas
Después de dar con esperanza
Esperanza puesta en tantas vidas
Que pasaron por tus aulas
Hoy te marchas
Y se quedarán tus pisadas
Que pisarán otros
Que como tú de enseñar nunca se cansan*

*Gracias querida maestra
Gracias querida Violeta
Por todo el tiempo que nos has dado
Pero sobre todo perdón
Por todo el tiempo que no tuvimos
Para recoger algunas lágrimas buenas o malas
Que yo, él o ella
En ti hemos provocado
Una vez más gracias por tu paciencia y perseverancia
Porque muchas plantas
Regadas con vocación y enseñanza
Hoy son árboles dando fruto al cien por uno
Y los que quedamos seguro que también triunfaremos
¿Sabes?
Muchos llegamos a tus clases
Sin gustar nada de las Matemáticas
Pero tus oraciones y esfuerzos
Han hecho que terminemos amándolas
Una vez más gracias
Ahora al Divino Maestro
Por todos aquellos que siguen sus pisadas
Y que como tú Violeta
Seguirán sembrando en las vidas esperanza.*

*Los alumnos de 4.º de E.S.O.
(promoción 2002) a su profesora Violeta*



La profesora Violeta Balué Iserte nació en Valencia, en el año 1937, en el seno de una familia cristiana adventista de cuarta generación. Ya desde pequeña manifestó a sus padres el deseo de ser una buena maestra. Anheló que se fue intensificando al ver la intransigencia religiosa desde su infancia. Ella misma relata que cuando tenía 8 años tuvo dos sueños, los dos difíciles de conseguir porque era tiempo de posguerra y porque era mujer: ser maestra y ejercer en una escuela donde todo el mundo fuese respetado, sin discriminación religiosa ni de ningún otro tipo.

Pero con la ayuda de Dios estos dos sueños se hicieron realidad. Uno en el año 1956, cuando obtuvo el título de maestra. Y el otro en 1960, cuando tuvo el honor, juntamente con el Sr. Avelino Sáez, de inaugurar el Colegio Urgel en Barcelona, con el apoyo de familias que depositaron toda su confianza en este modelo de educación cristiana.

Al término de los años, los frutos de su dedicación incondicional han sido abundantes. Este libro autobiográfico, explica sus experiencias, sus vivencias y la dificultad de una mujer cristiana adventista, en una época sin libertad religiosa, para conseguir su sueño, ser maestra, como un día lo fue el más grande de los Maestros, Jesús de Nazaret.